

Frederick B. Meyer

**Abraham:
la obediencia de la fe**

CLIE

ÍNDICE

Capítulo 1	El socavón en la cantera	3
Capítulo 2	El llamamiento divino	8
Capítulo 3	Obedeció	14
Capítulo 4	El primero de los padres peregrinos	20
Capítulo 5	Descendió a Egipto	25
Capítulo 6	Separado de Lot	31
Capítulo 7	Las dos sendas	35
Capítulo 8	Refrigerio entre las batallas	41
Capítulo 9	Melquisedec	47
Capítulo 10	Firmeza de la fe de Abraham	52
Capítulo 11	Vigilando con Dios	58
Capítulo 12	Agar, la esclava	63
Capítulo 13	Sé perfecto	68
Capítulo 14	La señal del pacto	73
Capítulo 15	El huésped divino	79
Capítulo 16	Rogando por Sodoma	84
Capítulo 17	La obra de los ángeles en una población mala	90
Capítulo 18	Un poco de la naturaleza antigua	98
Capítulo 19	Agar e Ismael echados fuera	104
Capítulo 20	Un lugar quieto de descanso	110
Capítulo 21	La más grande prueba de todas	116
Capítulo 22	Macpela y su primer habitante	124
Capítulo 23	La respuesta del alma al llamamiento divino	129
Capítulo 24	Agregado a su pueblo	135

Capítulo 1

El socavón en la cantera

En el crepúsculo de la historia, el primer gran carácter que nos llama la atención por algún tiempo es el de Abraham, quien se haría notar, si no por otra cosa, por ser llamado el «amigo de Dios». Ojalá que nosotros también, en nuestra escasa medida, podamos llegar a ser, no siervos solamente, sino «amigos» de Dios...

Muchos rayos de interés tienen su foco en la historia de Abraham. Su retrato está hecho con tales detalles, que vive delante de nuestra vista, con las mismas esperanzas y temores, horas áureas y horas de depresión, que son factores familiares en nuestras propias vidas. También, se hace tan constante referencia a su vida en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo, que parecería ser necesario entenderlo bien para tener la clave de muchos pasajes difíciles y muchas doctrinas sagradas en las páginas siguientes de la Biblia. Todos, orientales o europeos, podemos hallar en la tienda del primer hebreo un lugar común de reunión, y en él mismo, un origen común.

Nuestra historia nos hace retroceder a dos mil años antes del nacimiento de Cristo, y hasta la antigua ciudad de Ur. Y puede ser que hagamos bien, con la ayuda de los descubrimientos modernos, en considerar las primeras condiciones entre las cuales fue mecida la cuna de esta vida. Nos gusta detenernos en aquel sitio solitario entre los cerros, donde, en medio de los helechos y el argomón, o de un hoyo en medio de rocas cubiertas de musgo, tiene su origen el río que desagua un continente, y fluye, cargado de navíos hasta el mar. Suplicamos al biógrafo que nos diga algo de las escenas en las que una gran vida fue nutrida; porque nos parece que podemos entender mejor su color, corriente y dirección.

Por esto agradecemos al descubrimiento moderno el haber arrojado su luz sobre las ruinas de aquella ciudad del mundo antiguo, que estaba llena de la vida y su bullicio cuando apacentaban rebaños sobre las siete colinas de Roma; y cuando rojos venados de ligeros pies, pastaban en el sitio de la Catedral de San Pablo, o bajaban para beber las aguas limpias y diáfanas del Támesis.

Debemos buscar Ur, no en la Mesopotamia Septentrional, donde una tradición equivocada la ha situado, sino en las ruinas de Mugheir, cerca del

Golfo Pérsico. Cuarenta siglos, depositando aluvión en la playa, han hecho retirarse el mar como cien millas. Pero en el tiempo de que hablamos es probable que la ciudad natal de Abraham estuviera sobre la playa cerca del lugar donde el Eufrates vaciaba el volumen de sus aguas en las olas del océano.

Las ruinas actuales de la población consisten de una serie de montones bajos, dispuestos en forma ovalada, que tienen como dos millas de extensión, y dominados por un montón más grande de setenta pies de altura, sobre el cual hay ruinas de lo que debió haber sido antes un vasto templo, dedicado a la luna. En el tiempo antiguo era una ciudad grande y floreciente, situada en la playa del mar, y poseedora de flotas de navíos, que navegaban a lo largo de las costas del océano Indico, cargados de los productos del suelo rico y fértil.

Sería ajeno a nuestro propósito describir el lujo de aquella tierra Caldea, regada por sus dos grandes ríos, donde la cosecha de granos era maravillosamente abundante, y la palmera llegaba a un tamaño extraordinario, remunerando ricamente las escasas labores del pueblo; y donde las granadas, manzanas, uvas y tamariscos se daban sin cultivo. Baste decir que era un trecho largo y verde, adecuado para la horticultura; suficiente para atraer y sostener grandes poblaciones de hombres, y especialmente propio para el establecimiento de aquellas tribus pastoriles que necesitaban extensos pastos para sus ganados y rebaños.

Estos hijos de Cam eran idólatras groseros. En aquella atmósfera clara y transparente, los cuerpos celestiales brillaban con una refulgencia extraordinaria, llevando a los caldeos primitivos a un sistema de culto a la naturaleza, que no tardó en identificarse con ritos de indulgencia e impureza, tales como aquellos en que la humanidad siempre cae, cuando rehúsa retener a Dios en su conocimiento, y se entrega a los dictados de sus propias concupiscencias carnales.

La raza parecía tender de nuevo a aquellos crímenes horribles y antinaturales que ya habían necesitado su casi total destrucción; y era evidente que debiera adoptarse algún expediente para detener el progreso de la contaminación moral, y salvar a la humanidad. Esta obra fue emprendida por Aquel, cuyos deleites han sido siempre con los hijos de los hombres, y que en días posteriores pudo decir con énfasis majestuoso: «Antes de que Abraham fuese, Yo soy» (Jn. 8:58).

Y logró su propósito entonces como lo ha hecho con tanta frecuencia después, separando para Sí un solo hombre, a fin de que por él y por sus descendientes, cuando hubieran sido completamente purificados y preparados, pudiera obrar sobre la raza caída de los hombres, reclamándola para Sí por medio de una palanca moral moviéndose sobre un pivote fuera de sí misma.

Cuatro siglos habían pasado desde el diluvio; y deben haber sido siglos abundantes en migraciones. La población abundaba entonces más que ahora, y todo el mundo les estaba abierto para escoger. Dejando los primeros sitios de vida, enjambre tras enjambre partió en todas direcciones. Oleajes de hombres, empujados por el hambre, el amor a la conquista, u hordas más fuertes que los seguían, se extendieron por todos rumbos de la Tierra.

Así, los hijos de Jafet se extendieron hacia el norte para colonizar Europa y Asia, y para fundar la gran familia Indoeuropea. Los hijos de Cam se extendieron hacia el sur, sobre las llanuras fértiles de Caldea, donde bajo la dirección del poderoso Nimrod, edificaron poblaciones de barro cocido, levantaron templos, cuyas ruinas permanecen hasta el día de hoy; y cultivaron las artes de la vida civilizada hasta un grado no conocido en otra parte. Se dice que eran sabios en las matemáticas y astronomía, en el tejido, en el trabajo de los metales, en el grabado de joyas, y en el arte de conservar sus pensamientos, escribiéndolos en tablas de barro.

Sucedió pues que en medio de estos colonos descendientes de Cam había venido una familia de los hijos de Sem. Esta tribu, bajo la dirección de Tera, se había establecido en los ricos pastos fuera de la ciudad de Ur. Las ciudades amuralladas, las artes civilizadas y el tráfico de los comerciantes, les atraían poco; puesto que eran más bien una raza de pastores, que vivían en tiendas, o en chozas ligeramente construidas. Y si la predicción de Noé se verificó (véase Gn. 9:26), podemos creer que su vida religiosa era más dulce y pura que la del pueblo entre el cual los encontramos.

Pero el veneno moral pronto comenzó su trabajo. Y la asociación íntima de esta familia de semitas con las prácticas idolátricas y abominables de los hijos de Cam contaminó la pureza y sencillez de su fe primitiva; y es seguro que un procedimiento en descenso obró sutilmente, rebajando su carácter hasta el de sus vecinos. Josué dice claramente que los padres de los hijos de Israel, que moraban al otro lado del río Eufrates, sirvieron a otros dioses (véase Jos. 24:15). Y hay indicaciones del mal en la casa de Labán, de donde

Raquel hurtó las imágenes (*terafim*), cuya pérdida encendió la ira de su Padre (véase Gn. 31:19-35).

Ciertamente, es una pesada responsabilidad para la gente piadosa vivir en medio de las escenas de impiedad y pecado notorio. Si ellos se escapan de la red es probable que sus hijos sean cogidos en ella. Y si por las demandas del deber somos compelidos a vivir en semejante ambiente funesto, supliquemos que el fuego de la pureza divina se extienda como un cordón de defensa alrededor de nuestra casa; y que los seres queridos de nosotros moren en el lugar secreto del Todopoderoso.

En medio de semejantes escenas, Abraham nació, y creció desde la juventud hasta la virilidad. Pero, desde el principio, si hemos de creer las tradiciones que han quedado en las pláticas del Oriente inmutable, poseía un carácter nada ordinario. Conforme a aquellas historias, que, si no eran literalmente veraces, sin duda están basadas sobre el extracto fundamental del hecho, el joven Abraham ofrecía una firme oposición a las prácticas malas que prevalecían, no sólo en la Tierra, sino en la casa de su padre. Empleaba el arma del sarcasmo usada tan efectivamente después por los profetas con sus propios descendientes. Hacía pedazos las imágenes indefensas. Rehusó arrodillarse delante del elemento sutil del fuego por el mandato del monarca, y bajo pena de martirio. Así, temprano, estaba siendo separado de la cantera del paganismo, desenterrado del «socavón de la cantera», preparado para ser modelado en columna, en la casa del Señor.

No hay nada de todo esto en la Escritura; pero tampoco nada inconsecuente con ello. Al contrario, así como los movimientos peculiares de los planetas sugieren la presencia de algún cuerpo celestial de un tamaño definido, que no obstante está oculto a la vista en las profundidades del espacio, así el carácter maduro, la fe, y la pronta obediencia de este hombre, cuando se presenta por primera vez a nuestra observación, nos convencen de que debió padecer un largo período de pruebas severas. El hongo es hijo de una sola noche, pero la encina que puede resistir las tempestades: es el resultado de largos años de sol y aire, de brisas y tempestades.

Al fin, El Dios de Gloria le apareció. La luz había estado aumentando ante su vista; y finalmente el sol salió de en medio de las oscuras nubes. En qué forma de gloria Jehová se reveló, no podemos imaginar; pero tenemos que creer que hubo una manifestación exterior que hizo época en la vida de Abraham, y le suministró una base de fe inequívoca para todo su futuro.

Probablemente el Hijo, quien desde toda la eternidad ha sido el Verbo de Dios, se revistiera, como después en la llanura de Mamre, en forma de ángel, o le hablara, como después a Isaías, en medio de los ardientes serafines (véase Is. 6). En todo caso, la visión celestial fue acompañada por un llamamiento, como aquel que en todo período del mundo, se ha hecho oír en corazones leales, haciéndoles despertar a la realización de su verdadero destino, y tomar su lugar en la regeneración del mundo:

«Vete de tu tierra, y del lugar de tu nacimiento, y de la casa de tu padre, al lugar que Yo te mostraré» (Gn. 12:1).

Si vivimos conforme a la luz que tenemos, recibiremos más luz. Si somos fieles en muy poco, puede ser que tengamos la oportunidad de ser fieles en mucho. Si somos firmes en Caldea, puede ser que lo seamos también fuera de ella para hacer un gran papel en la historia del mundo. La elección de Dios nunca es arbitraria; sino que se basa en algunos rasgos previos de aquellos a quienes llama de entre sus compañeros para ser sus ayudantes: «A los que conoció en su presciencia, los predestinó».

¡Qué se animen los tales! Están pisando una senda bien conocida, en la que los más nobles de la humanidad les han precedido; y que era mucho más difícil en los días cuando pocos se hallaban en ella, y especialmente en aquel día, cuando aquel hombre solitario, el «padre de muchas naciones», anduvo en ella. Un síntoma de que se está en aquella senda, es la soledad: «Cuando no era más que uno solo, le llamé» (Is. 51:2).

Fue una soledad la que oprimió mucho el corazón de Jesús. Pero es una soledad que tiene la seguridad del compañerismo divino (véase Jn. 8: 16, 29; 16:32). Y aunque parece que ningún ojo se fija en las luchas, protestas y esfuerzos del espíritu solitario, merecen la simpatía de todo el Cielo; y antes de mucho se oirá un llamamiento, como el que sobrecogió a Abraham como peregrino, y abrió delante de sus pasos el camino para una maravillosa bendición. No nos desesperemos, pues, por el futuro del mundo. De su corazón saldrán los que lo elevarán a un nuevo nivel. Saulos están siendo educados en medio del Sanedrín; Luteros en los claustros de la Iglesia Papal; Abrahames bajo las sombras de grandes templos paganos. Dios sabe dónde encontrarlos. Y cuando los tiempos sean más oscuros, ellos sacarán una multitud de espíritus peregrinos, innumerables como la arena de la playa del mar, o como el titileo de las estrellas, que llena la expansión ilimitada del espacio...

Capítulo 2

El llamamiento divino

Mientras Abraham vivía sosegadamente en Ur, protestando contra la idolatría de sus tiempos, con todos sus malos acompañantes y, según la tradición, sufriendo amarga persecución a causa de la conciencia, «El Dios de gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán; y le dijo: *Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que Yo te mostraré*» (Hch. 7: 2 y 3).

Esta fue la primera de aquellas maravillosas apariciones que anticiparon la Encarnación y señalaron los grados sucesivos de la manifestación de Dios a los hombres.

Cuándo vino esta aparición divina, no lo sabemos; pudo haber sido en la noche quieta y solemne o en la hora de meditación al final del día o en medio de los deberes de su puesto... Pero de repente brilló desde el cielo una gran luz en su derredor: una forma visible se presentó en medio de la gloria, y una voz habló el mensaje del cielo a su oído. No así nos aparece ahora Dios; y, no obstante, es cierto que todavía habla en el silencio del espíritu atento, imprimiendo su voluntad, y diciendo: «¡Sal!». Escucha aquella voz en el santuario íntimo de tu corazón.

La misma voz ha hablado con frecuencia desde entonces. Llamó a Elías de Thiste y a Amós de Tekoa; a Pedro de sus redes de pescar, y a Mateo de su banco de tributos; a Cromwell de su hacienda en Huntingdon, y a Lutero de su claustro en Erfurt. Siempre suena el mandato perpetuo de Dios: «Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados, y para que no recibáis de sus plagas».

¿No te ha llegado a ti? Es extraño si no te ha llegado. Pero, si te llega, no permitas que nada estorbe tu obediencia; levanta las tiendas, y sigue a donde te llama el Dios de la gloria; y entiende que Él esta andando delante, y que si quieres tenerle como compañero, tienes que seguirle.

Abraham no tenía hijos, sentía pues un hondo afecto para los que estaban unidos a él con los vínculos de una común naturaleza. No era cosa pequeña

para él, levantar su campamento; separarse de los que le eran más cercanos y más caros, y ponerse en camino hacia una tierra que le era desconocida.

Y así tiene que ser siempre: el llamamiento de Dios siempre encierra un desarraigo de lo que la naturaleza tiene por caro. Debemos estar preparados para tomar diariamente nuestra cruz, si queremos seguir en el camino que Él señala. Cada paso de verdadero adelanto en la vida divina envuelve un altar en el que algún caro fragmento del egoísmo ha sido ofrecido; o un montón debajo del cual algún ídolo querido ha sido sepultado.

Es verdad que las bendiciones que nos esperan harán más que compensarnos por los sacrificios que tengamos que hacer. Y la perspectiva del futuro puede muy bien atraernos hacia adelante; no obstante esto, cuando llega la hora, no deja de haber angustias cuando se rompe el último eslabón, cuando se pronuncia el último adiós y se echa la última mirada sobre el hogar de años felices que ya va alejándose. Y este es el aventador de Dios que claramente separa el tamo del trigo.

Muchos no pueden soportar una prueba tan severa y escrutadora en sus demandas. Como Flexible, salen del pantano por el lado más cerca de su casa. Como el joven, se separan tristes de Aquel a quien habían venido apresuradamente. ¿Y ha de ser éste nuestro caso?

Especialmente en estos días críticos, Dios está llamando a toda la Iglesia a un gran adelanto, no sólo en conocimiento y en experiencia espiritual, sino también en la evangelización del mundo. ¡Bienaventurados los que tengan el privilegio de participar en esta sublime hazaña!

Nada nos esfuerza tanto como el aislamiento y el trasplante. Si un joven sale de su hogar y no tiene con quien contar sino consigo mismo, desarrollará potencias de las cuales no habría dado antes indicios, si siempre hubiera quedado en casa, dependiendo de otros y rodeado de lujo. Bajo esta demanda benéfica, su alma manifestará todo su vigor natural.

Lo mismo ocurre con la fe: mientras estamos viviendo sosegadamente en medio de circunstancias favorables y sin perturbación, la fe duerme como un tendón no desarrollado en nuestro cuerpo, un hilo, un germen, una idea, pero cuando somos empujados en medio de todas estas circunstancias y no tenemos de quien depender, sino de Dios, entonces la fe se aumenta repentinamente hasta hacerse un cable, una encina reina del bosque, un principio dominante de la vida.

Mientras el avecilla quede en el nido, no conocerá el deleite de volar. Mientras el niño tembloroso se ase de la costa, o pise el fondo, no probará el éxtasis de batallar con las olas del océano. Mientras los hombres se aferren a lo material, no podrán apreciar la realidad de las promesas de Dios. Abraham nunca habría llegado a ser el padre de los fieles, el ejemplo de la fe, si hubiera siempre vivido en Ur. No; le era preciso dejar su feliz hogar y salir para lo no probado ni conocido, a fin de que la fe tomara todas sus proporciones gloriosas, en su alma.

Puede ser que no sea necesario para nosotros retirarnos del hogar y amigos; pero tendremos que retirar la más profunda dependencia de nuestro corazón, de todos los apoyos y sostenes terrenales, si alguna vez hemos de aprender lo que es confiar sencilla y absolutamente en el Dios eterno. Puede ser que justamente ahora Dios esté rompiendo las playas en que hemos estado aferrados, para que el buque se deslice hasta las olas del océano.

Sobre este solo hombre, Abraham, descansaba la esperanza del futuro del mundo. Si se hubiera quedado en Ur, es imposible saber si hubiese quedado fiel; o si no podría haber sido seriamente contagiado por la idolatría en su derredor. Y, aún cuando hubiera sido fortalecido para resistir las influencias adversas, su familia, y sobre todo, sus hijos, podrían haber faltado bajo la terrible prueba. ¿No fue pues, sabio por amor al mundo, y a causa de los propósitos divinos, que Abraham fuese quitado del todo de su hogar y primeras asociaciones, para hallar un nuevo punto de partida en un nuevo suelo y bajo nuevas condiciones?

Es imposible cambiar nuestros tiempos, mientras vivamos bajo su encanto; pero una vez que nos hemos levantado, e ido al llamamiento de Dios, fuera de la influencia de ellos, podemos reaccionar en ellos con una potencia irresistible. Arquímedes se jactó de que podía levantar el mundo si tan sólo hallaba un pivote sobre el cual descansara su palanca. No os sorprendáis pues si Dios os hace salir para ser un pueblo suyo, para que por medio de vosotros pueda reaccionar con bendito poder sobre el gran mundo de los hombres.

A veces, por cierto, nos manda quedarnos donde estamos, para glorificarle allí. Pero con frecuencia nos manda separarnos de compañeros impíos, asociaciones irreligiosas, fraternidades y consorcios malos y, a gran costo, trasladarnos al aislamiento de una tierra que Él promete revelar.

Los llamamientos de Dios no van siempre acompañados de razones, sino siempre con promesas, expresadas o sobreentendidas. Acaso dar razones suscitaría discusiones, pero dar una promesa demuestra que la razón, aunque oculta, es toda suficiente. Podemos entender la promesa aunque la razón pudiera meternos en perplejidad y confusión. La razón es intelectual, metafísica, espiritual; pero una promesa es práctica, positiva, literal. Así como una cáscara encierra la pepita, así los mandatos divinos ocultan promesas en su corazón. De ahí que al mandato: «Cree en el Señor Jesús», le siga la promesa: «y serás salvo».

A veces, pues, parece más fácil meditar no en el sacrificio que se exige, sino en el contenido de la promesa divina y bondadosa. Si se manda a uno que tome, dejará de su propia voluntad. Si los hombres hallan en Jesús el agua viva, como la mujer samaritana, dejarán su cántaro. Haced arder los corazones de los jóvenes con toda la hermosura y la bendición del servicio de Jesús, y no hallarán tan difícil abandonar redes y botes de pescar, y amigos para seguirle...

El sabio Francisco de Sales solía decir:

«Cuando está incendiada la casa, los hombres están prontos a echar todo por la ventana; y cuando el corazón está lleno del verdadero amor de Dios, los hombres están seguros de contar todo lo demás como sin valor».

En todas partes encontramos seres y cosas más altamente dotados que otros de la misma clase. Esto es señaladamente claro en la esfera religiosa. Y al principio sentimos una admiración desasosegada acerca del arreglo divino; hasta que llegamos a entender que la dotación superior de los pocos tiene por objeto capacitarlos para ayudar y bendecir mejor a los demás: «Te bendeciré, y tú serás una bendición».

Un gran pensador siente que se acerca a su fin; ha hecho grandes descubrimientos, pero todavía no los ha revelado al mundo. Escoge a uno de sus discípulos más prometedores, y cuidadosamente le enseña su sistema; trata con mucha severidad toda inexactitud y equivocación; tiene mucho cuidado de enseñar línea sobre línea. ¿Por qué tiene tanto cuidado? ¿Por amor al joven? No explícitamente por el bien del discípulo, sino para que pueda dar al mundo los pensamientos que su maestro moribundo ha confiado a su cuidado. El joven discípulo es bendecido para que comunique a otros la bendición.

¿No columbramos en esto la intención de Dios, al escoger a Abraham, y en él toda la familia de Israel? No fue tanto por su salvación personal, aunque esta fue incluida, sino para que comunicaran las santas enseñanzas y oráculos que le habían sido confiados. Habría sido peor que inútil, dar semejantes joyas directamente a la humanidad. Sería como poner un banquete opíparo delante de un recién nacido hambriento. De todos modos no existía un lenguaje en el que pudieran expresarse debidamente los sagrados pensamientos de Dios. El genio de la verdad exige que las mentes de los hombres sean preparadas para comprender sus sagradas lecciones. Se necesitaba que definiciones y métodos de expresión fuesen aprendidos primero por el pueblo, y que cuando los hubiera aprendido pudiera llegar a ser el maestro de la humanidad.

La profunda cuestión es si no es verdad que la elección tenga más que ver con el ministerio, que con nuestra salvación personal. Trae menos de descanso y paz y gozo que lo que trae de angustia y amargura y pesar de corazón. No necesitamos envidiar a los escogidos de Dios. Son los desterrados los que llevan la cruz, los mártires entre los hombres; pero descuidándose de sí mismos, todo el tiempo están aprendiendo las lecciones más profundas de Dios, lejos de las habitaciones ordinarias de los hombres; y después vuelven a ellos con descubrimientos que sobrepujan a todo pensamiento y son inapreciables para la vida humana.

Finalmente, la clave de la vida de Abraham es la palabra «separación». Desde el principio hasta el fin fue un hombre separado. A saber, separado de la patria de sus padres y de su parentela, separado de Lot, separado, como un peregrino y extranjero del pueblo de la Tierra, separado de sus propios métodos de asegurar un cumplimiento de las promesas de Dios, separado del resto de la humanidad por pesares especiales, que le pusieron en una comunión más cercana con Dios, que la que alguna vez haya sido alcanzada por el hombre...

Y fue, sobre todo, una separación de fe, no de obras. En otras palabras, la separación de Abraham no es como la de los que desean ser salvos; sino antes bien, como la de los que son salvos. No hacia la cruz, sino desde la cruz. No para merecer nada, sino porque el corazón ha visto la visión de Dios, y no puede ya contentarse con las cosas que antes lo fascinaban y extasiaban; de modo que, dejándolas atrás, extiende las manos anhelosamente para asirse de las realidades eternas, y así es conducido

paulatina e insensiblemente fuera de lo visto y lejos de ello, a lo invisible; y de lo temporario a lo eterno.

¡Que sea nuestra semejante separación! ¡Que oigamos la vocación divina irradiada por la promesa divina! Y oyendo hablar de la hermosa tierra, de aquella ciudad gloriosa, de aquellos deleites divinos que nos esperan, dejemos y soltemos aquellas cosas perniciosas y más insignificantes que nos han detenido demasiado tiempo, contrarrestando nuestra paz y minando nuestro poder; y levantando nuestras tiendas, obedezcamos el mandato de nuestro Dios, aunque nos conduzca a una tierra que no conocemos.

Capítulo 3

Obedeció

¡Cuánto hay en estas palabras!«Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para que saliera al lugar que había de recibir como herencia» (He. 11:8).

Bendición en el corazón, en el hogar y en la vida, promesas cumplidas, grandes oportunidades de hacer bien, se hallan a lo largo de la senda angosta y dificultosa de la obediencia a la Palabra y la voluntad de Dios. Si Abraham hubiera rehusado permanentemente la obediencia a la voz que le llamó para salir fuera a emprender su peregrinación larga y solitaria, habría caído en la oscuridad de un sepulcro desconocido en la tierra de Ur, como ha sucedido antes y después a otros muchos jeques orientales. Así la ola fosforescente brilla por un momento detrás del buque que va surcando su camino en la noche, por los mares meridionales; y después, se pierde para siempre de la vista. Pero, gracias a Dios, Abraham obedeció, y en aquel acto puso la piedra fundamental para el noble edificio de su vida.

Puede ser que lean estas palabras algunos cuya vida ha sido un fracaso, y una triste sorpresa; como algún árbol frutal de pocos años, cubierto en la primavera de flores, pero que, en el dorado otoño está desnudo y solitario en medio de la abundante cosecha del huerto. No has hecho lo que esperabas hacer. No has cumplido los pronósticos de tus amigos. Y has dejado de realizar la temprana promesa de tu vida. ¿Y no puede hallarse la razón en esto, que muy temprano en tu vida, se dejó oír un mandato que te llamó a hacer un sacrificio que rehusaste obedecer? Y esto te ha sido tu única y fatal falta: el gusano en la raíz de la calabaza, la pequeña podredumbre de la madera, el paso falso que desvió el curso de tu vida desde el camino del Rey a un callejón sin salida...

¿No harías bien en indagar si esto sea la verdad, y apresurarte a corregirlo? No pienses que es tarde para corregir el error del pasado, o que el Dios Todopoderoso rehusará ahora, a causa de tu dilación, aquello a que antes te llamó en los gozosos años de tu juventud, que han volado para siempre. Acaso es Dios «un Dios perdonador, clemente y misericordioso, lento en iras y abundante en bondad». No te valgas de tu larga dilación haciéndola excusa para más dilación, sino como razón de obrar inmediatamente.

Sin embargo, como muestra la historia, Abraham dio al mandato de Dios una obediencia parcial; y después, por largos años, lo descuidó del todo. Pero la puerta quedó todavía abierta para que él entrara, y aquella Mano bondadosa todavía le llamaba; hasta que levantó su campamento y emprendió su viaje a través del gran desierto con todos los que le servían: «Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abram su hijo, y salió con ellos de Ur de los Caldeos» (Gn. 11:31).

Cómo Taré fue inducido a dejar la tierra que había escogido y el sepulcro donde dormía su hijo Harán, no lo sabemos. ¿Sería Abraham su hijo favorito de quien no podía separarse? ¿Estaría descontento con el terreno donde acampaba? ¿O había sido inducido a desear una oportunidad de desechar sus ídolos, y empezar una mejor vida en medio de mejores circunstancias? No lo sabemos... Esto al menos es claro, que no era del todo sincero, ni fueron sus motivos sin mezcla; y su presencia en la marcha tuvo el efecto desastroso de retardar el paso de Abraham y de poner un paréntesis de años en una obediencia que al principio prometió ser tan completa. Días que comienzan con sol no son siempre brillantes por todas sus horas. Nieblas, nacidas en la tierra, suben y velan el cielo; pero al fin el sol sale de nuevo, y durante las restantes horas del día, resplandece en un cielo sin nubes. Así sucedió con Abraham.

La tribu marchó pausadamente a lo largo del valle del Eufrates, hallando abundancia de pastos en las anchas llanuras aluviales, hasta que al fin llegaron a Harán; el punto donde las caravanas dejan el Eufrates para emprender el viaje a través del desierto. Allí se detuvieron y allí se quedaron hasta que murió Taré. ¿Sería que el anciano ya no se sentía con fuerzas para viajar más? ¿Le gustaba tanto Harán que no podía dejarlo? ¿Desfallecía su corazón, al mirar aquella expansión llena de arena detrás de la cual el sol se ponía cada noche? De todas maneras no quiso ir más lejos en la peregrinación, y por quince años tal vez, la obediencia de Abraham fue detenida; y durante ese período, no recibió otros mandatos, ni promesas adicionales, ni sagradas comuniones de Dios.

Nos conviene tener mucho cuidado en cuanto a quiénes llevamos con nosotros en peregrinación. Podemos salir bien de nuestro Ur; pero si llevamos con nosotros a Taré, no iremos lejos. Cuida, joven peregrino para la eternidad con quién te unes en el vínculo del matrimonio. Percátate, hombre de negocios, no sea que halles tu Taré en el hombre a quien estás

admitiendo como socio. Guardémonos todos de aquel espíritu fatal de compromiso, que nos tienta a quedarnos donde los seres amados nos tientan a estar. Esto es difícil de soportar; mucho más que la oposición abierta. La debilidad y la enfermedad nos conmueven contra nuestro mejor juicio. Las llanuras de Capua hacen para los guerreros lo que dejan de hacer las armas de Roma. Y tentados por los alicientes encantadores, que nos presentan como sirenas sus atractivos, imitamos a los marineros de Ulises, y declaramos que no seguiremos más lejos hacia nuestra meta lejana.

«Y de allí, muerto su Padre, Dios le trasladó a esta tierra» (Hch. 7:4).

La muerte tuvo que intervenir para librarle de la pesadilla fatal que le sujetaba. Taré tenía que morir antes de que Abraham emprendiera de nuevo el viaje abandonado. De ahí podemos entender por qué se han marchitado nuestras esperanzas, nuestros planes han fracasado: todas estas cosas estaban estorbando nuestro verdadero desarrollo y, por piedad a nuestros mejores intereses, Dios ha tenido que tomar el cuchillo y ponernos en libertad. Nos ama tanto que se atreve a soportar la pena de infligir pena. Y así la muerte abre la puerta para la vida, y por el sepulcro entramos en el mundo glorioso de esperanza y promesa que está por el otro lado.

De nuevo, debemos insistir en que la obediencia de Abraham fue hecha posible por su fe: «Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán; y salieron para ir a tierra de Canaán» (Gn. 12:5).

¡Esto no fue fácil! Era amargo dejar a los parientes que le habían rodeado; porque parece que Nacor había seguido a su anciano padre y a su hermano a lo largo del valle a su nueva colonia en Harán, y más tarde hallamos a su familia viviendo allí (véase Gn. 22: 20-23; 24:10; 27:43). Aquellos pastos eran amplios para sus ganados. Y para colmo de todo, el peregrino realmente no sabía su destino, cuando se propuso volver la espalda al Eufrates, y su rostro hacia el gran desierto. Podemos suponer que Nacor pondría todo su énfasis en este asunto:

- ¿Qué quieres más, hermano mío, sobre lo que tienes aquí?»

- No deseo nada sino hacer la voluntad de Dios, en donde quiera que me conduzca.

- Mira los peligros: no puedes cruzar el desierto, ni ir a un país nuevo sin despertar los celos de algunos y la avaricia de otros. No podrías defenderte contra una tropa de ladrones o un ejército de salteadores.

- Pero el que me manda que vaya, tiene que tornar sobre sí toda la responsabilidad de esto. Él nos cuidará.
- Dime tan sólo a dónde vas, y dónde te propones establecerte.
- Esa es una pregunta que no puedo contestar; porque en verdad tú sabes tanto acerca de ello, como yo mismo. Pero estoy seguro de que al hacer la marcha de un día, todo se me aclarará, hasta que al fin podré establecerme en el país que Dios ha escogido para mí en alguna parte.

Esta seguramente fue la índole de muchas conversaciones que debieron verificarse en vísperas de aquella memorable partida. Y los equivalentes de las palabras «entusiasta», «fanático», «insensato», se pronunciarían libremente por muchos. Pero Abraham contestaría tranquilamente: «Dios ha hablado, Dios ha prometido, Dios hará mejor para mí de lo que alguna vez ha dicho».

En la noche, al pasearse de aquí para allá debajo de las estrellas, puede ser que a veces se inclinara a desesperarse; pero entonces la segura promesa de Dios venía a su memoria, y se esforzaba para obedecer...

«Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia» (He. 11:8).

A dónde iba, no lo sabía; le bastaba saber que iba con Dios. Dependía no tanto de la promesa como del Prometedor; no miraba las dificultades de su suerte, sino al Rey eterno, inmortal, invisible, el único sabio Dios, quien se había dignado señalar su curso, y ciertamente se vindicaría.

Y así la caravana salió... Los camellos, pesadamente cargados, atendidos por los que les conducían, los grandes rebaños mezclando sus baladas con los gritos de sus pastores, el pesar demostrativo de las mujeres orientales, mezclado con las graves despedidas de los hombres, los recelos de peligros y de desastres inminentes. Puede ser que aún Sara estuviese rendida de amargo dolor. Pero Abraham no vaciló. Acaso conocía a quién había creído y estaba seguro de que Él era poderoso para guardar su depósito hasta aquel día. Estaba plenamente persuadido de que lo que Dios había prometido, era poderoso para cumplirlo.

Además de esto, el escritor sagrado nos dice que ya había tenido algunos vislumbres de la «ciudad que tiene cimientos», y de la mejor patria; esto es, la celestial; y aquella hermosa visión había disminuido su afecto por mucho de lo que de otro modo le habría atraído y sujetado.

¡Ah, gloriosa fe! Esta es tu obra, estas son tus posibilidades: el contentamiento para navegar con órdenes cerradas, a causa de la confianza imperturbable en el amor y la sabiduría del Señor, la voluntad de levantarse y dejarlo todo, y seguir a Cristo, a causa de la gozosa seguridad de que lo mejor de la Tierra no puede compararse con lo más insignificante del Cielo. La obediencia de Abraham fue al fin muy completa: «Salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron» (Gn. 12:5).

Por muchos días después de la partida de Harán, se presentaría a la vista un vasto y monótono desierto, variado por la vegetación más escasa; pisando los camellos la suave arena con sus pies extendidos y esponjosos, y no hallando los rebaños sino mezquina nutrición en el zacate escaso y áspero.

En un solo punto los viajeros se detendrían en su curso, en el oasis donde está ahora Damasco, proveyendo un grato lugar de reposo para los cansados viajeros por el desierto. Una villa cercana a Damasco, tiene todavía el nombre del patriarca. Y Josefo nos dice que en su tiempo, un suburbio de Damasco era llamado «la habitación de Abraham».

Pero Abraham no quiso quedarse allí. La lozanía y la hermosura del lugar le atraían, pero no pudo sentir que eso era lo que Dios había escogido para él. Y, por esto, antes de mucho, se puso de nuevo en camino hacia el sur, para llegar a Canaán lo más pronto posible.

Muchos oasis como el de Damasco, donde aguas frías como el hielo descienden de las montañas esparciendo por el aire caluroso una frescura deliciosa, y moderando el calor ardiente con abundante verdura, nos tientan a quedarnos. Muchos Pedros, con buena intención, pero equivocados, nos echan la mano al hombro diciendo: «Ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mt. 16:22).

Muchos conspiradores, dentro del corazón, aconsejan una sublevación en contra de la voluntad solitaria y desolada. Y hace bien el peregrino, hacia la eternidad, en rehusar quedar corto en cualquier detalle, de la perfecta consagración y la obediencia a las demandas extremas de Dios. Cuando salgas para ir a la tierra de Canaán, no te permitas descanso hasta que hayas entrado en ella. Lo que falte de la completa obediencia, anula cuanto se ha hecho. El Señor Jesús tiene que tener todo o nada; y sus demandas tienen que cumplirse hasta lo sumo. Pero no son gravosas.

Qué testimonio tan glorioso fue aquel de nuestro Maestro cuando dijo:
«El Padre no me ha dejado solo; porque yo hago siempre las cosas que le complacen».

¡Ojalá que esto fuese cierto de cada uno de nosotros! Demos desde ahora nuestra obediencia pronta y sin límites; seguros de que, si nos manda arrojarnos al valle de la muerte, no es por ninguna equivocación, sino por alguna necesidad apremiante, que le prohíbe tratarnos de otro modo, y que antes de mucho, explicará de un modo satisfactorio.

Capítulo 4

El primero de los padres peregrinos

Por toda la historia de la humanidad ha habido una pequeña compañía de hombres, en una sucesión sagrada e ininterrumpida, que han confesado que eran peregrinos y extranjeros en la Tierra...

A veces se les encuentra lejos de las habitaciones de los hombres, vagando en los desiertos y en las montañas, abrigándose en las cuevas y en las cavernas de la Tierra, a donde habían sido empujados por los que no simpatizaban con su devoción a las cosas celestiales y se disgustaban de que se les arrojara una luz tan fuerte sobre su apego a las cosas del mundo, del tiempo y los sentidos.

Pero con mucha frecuencia se hallan en las plazas, y en los hogares de los hombres, distinguidos solamente por su vestido más sencillo, sus lomos ceñidos, su apetito refrenado y sobrio, su desapego al oro, su indiferencia a las opiniones, máximas y aplausos del mundo en su derredor y la mirada lejana que de vez en cuando se nota en sus ojos, como evidencia segura de que los afectos no están fijos en las cosas del tiempo y de la Tierra, sino en aquellas realidades eternas que, ocultas bajo el velo de lo visible, no son revelados sino a la fe.

Tales son los peregrinos. Para ellos las molestias y pruebas de la vida no son tan difíciles de soportar; porque no pueden tocar su verdadero tesoro o afectar su verdadero interés. Son hijos de un reino más sublime, miembros de una república más grande, burgueses de una ciudad más noble que ninguna que el sol haya mirado jamás.

El peregrino no tiene otro deseo sino el de pasar pronto sobre el camino señalado y llegar a su hogar -un camino bien pisado por todos los siglos-, cumpliendo con los deberes, desempeñando las demandas, haciendo frente fielmente a las responsabilidades que le incumben, pero acordándose de que aquí no tiene ciudad permanente, y de que busca una venidera.

El soñador inmortal, que ha relatado la historia de los peregrinos en palabras que el mundo nunca dejará morir, da tres señales de su apariencia:

«Viadores iban vestidos de una manera diversa de la que usaban los que estaban ocupados en la feria; lo cual excitaba la admiración y curiosidad, y hacía que unos les tuvieran por necios, otros por locos y otros por extranjeros (...) Así como su vestido era diferente del de los feriantes, así lo era también su modo de hablar y su lenguaje, el cual podían entender pocos; siendo como era él de Canaán, y los compradores como de gente de este mundo, de modo que desde un cabo de la feria hasta el otro, parecían bárbaros los unos a los otros (...) Causaba gran admiración a los traficantes el que estos Viadores hiciesen tan poco aprecio de sus géneros; pues no sólo apartaban la vista de ellos, sino que cuando les invitaban a comprar, se ponían las manos en los oídos, y decían en voz alta: *Aparta mis ojos, para que no vean vanidades*; y en seguida miraban hacia arriba, dando a entender que su comercio y sus tratos estaban en el Cielo».

Dejamos al patriarca viajando pausadamente hacia el sur; y así continuó viajando hacia adelante por la tierra de promisión, sin establecerse en ninguna parte, hasta llegar al sitio de Siquem, o Shechem, en el mero corazón de la Tierra, donde nuestro Señor en años posteriores se sentó cansado, junto al pozo. No había ninguna ciudad ni aldea allí entonces. El país estaba escasamente habitado. La única cosa que señalaba el sitio era una encina venerable, cuyas largas ramas en años posteriores habrían de sombrear los excesos de una idolatría vergonzosa (véase Jue. 9:27-46; 1 R. 12:25). Debajo de esta encina en la llanura de Siquem, hicieron el campamento; y allí al fin se interrumpió el largo silencio, que había durado desde que el primer mandato fue dado en Caldea: «Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: *A tu descendencia daré esta tierra*. Y edificó un altar allí a Jehová, quien le había aparecido» (Gn. 12:7).

Sin embargo, no permaneció allí, sino que se cambió un poco hacia el sur, a un lugar entre Bethel y Hai; donde, según el Dr. Robinson, hay ahora una llanura alta y hermosa, que presenta una de los mejores reglones de pastos en todo el país.

Cuando Abraham partió de Harán tenía setenta y cinco años de edad; cuando murió tenía ciento setenta y cinco. Y pasó el siglo intermedio cambiándose de acá para allá, morando en una tienda frágil y endeble, probablemente tejida de pelo oscuro de camello. Aquella tienda sería un símbolo oportuno del espíritu de su vida: una tienda que no tenía cimientos... A saber, se quedó separado del pueblo de los cananeos. Estuvo entre ellos, pero no fue uno de ellos. No presenciaba las reuniones de sus tribus. Se guardó cuidadosamente

de que sus hijos no se casaran con los hijos de ellos, pues envió a su propia patria para obtener una esposa para su hijo. No quiso tomar de los cananeos ni un hilo ni una correa de sandalia. Insistió en pagar el precio completo de todo lo que recibía. No se quedó en ningún sitio permanente, sino que de continuo se cambiaba.

Puede ser que con frecuencia la tentación se presentara a su mente, de volver a Harán, donde podía establecerse en la población, e identificarse con su familia. Ni le faltaban oportunidades de volver (véase He. 11:15). Pero deliberadamente prefirió la vida errante de Canaán antes que el hogar establecido de Harán; y hasta el fin siguió morando en una tienda. Fue de una tienda de donde fue llevado a dormir su último sueño al lado de Sara, en la cueva rocosa de Macpela. ¿Y por qué? La pregunta se contesta plenamente en aquel capítulo majestuoso que narra los triunfos de la fe: Abraham moró en tiendas porque esperaba la Ciudad que tiene los cimientos (véase He. 11:10). Y la vida de tienda es la natural para los que reconocen que su patria natal está más allá de las estrellas.

Pintemos con brillantes colores aquella Ciudad que Juan vio. Descubramos las glorias de aquel mundo a donde nos dirigimos. Enseñemos que aún aquí, el espíritu abnegado, resuelto y creyente puede pisar diariamente el pavimento de oro, y aún oír las sinfonías de las harpas de los ángeles; y seguramente vendrá a muchas vidas una separación de corazón y conducta que imprimirá en los hombres la realidad de lo invisible, como no podría hacerlo ningún sermón, por más erudito o elocuente que fuese.

En donde quiera que Abraham levantaba su tienda, construía un altar. Así los padres peregrinos, en las playas del Nuevo Mundo, levantaron sus altares de culto, aún antes de edificar sus hogares. Y mucho tiempo después de quitada la tienda, el altar se quedaba para mostrar dónde había estado el hombre de Dios.

Sería una buena señal de nuestro fervor religioso si pudiéramos levantar altares en toda casa donde pasamos la noche, y en toda localidad donde nuestra suerte nos da que vivamos, poniendo el ejemplo de la oración privada y de familia, que viviría mucho tiempo después de fallecidos nosotros. Si tan sólo nos atreviéramos a hacerlo, los mismos cananeos vendrían a venerar el sitio dónde nos habíamos arrodillado, y transmitirían la sagrada tradición, incitando a generaciones venideras a arrodillarse allí también, e invocar el Nombre del Señor.

Acordémonos de que el altar significa también sacrificio, holocausto, abnegación, y rendición. En este sentido, el altar y la tienda deben estar asociados siempre. No podemos vivir la vida de tienda sin sentir algo de pena y padecimientos, tales como los que el altar representa. Pero de semejante vida resulta la devoción más intensa, el más íntimo compañerismo, la más gozosa comunión.

Además, el altar de Abraham no servía para él solo. En ciertos períodos toda la tribu se reunía allí para un culto general. Un grupo abigarrado aquel, en el que esclavos comprados en Egipto o en Ur se mezclaban con los que habían nacido en el campo; en el que hijos y padres, jóvenes y ancianos, se ponían de pie con veneración silenciosa alrededor del altar, donde el patriarca se ponía en pie para ofrecer el sacrificio y culto por todos... «Porque Yo sé que mandaré a sus hijos y a su casa después de sí» (Gn. 18:19).

Aquel, en quien todas las familias de la Tierra habían de ser benditas, practicaba la religión de familia; y en esto pone un ejemplo notable para muchos cristianos cuyas casas carecen de altar. Ojalá que los cristianos fuesen animados por el ejemplo del patriarca a levantar el altar de familia y a reunir en su derredor diariamente el círculo de sus hijos y dependientes, para endulzar y ennoblecer su vida familiar.

Luego que Abraham hubo obedecido plenamente, esta nueva promesa hirió su oído: «A tu descendencia daré esta tierra» (Gn. 12:7).

Así es siempre. Si desobedeces, seguirás una senda no alumbrada por alguna estrella; si obedeces, si cumples con las demandas de Dios, brillan sucesivamente entonces en el cielo promesas que iluminan tus pasos, cada una más rica y más plena que la anterior. Hasta ahora Dios sólo había prometido mostrarle la Tierra: ahora se obligó a dársela. Y es que la vida separada del peregrino siempre obtiene promesas.

No había probabilidad natural de que aquella promesa se cumpliera: «El cananeo estuvo entonces en la tierra».

Poderosos jefes como Mamre y Escol, poblaciones florecientes como Sodoma, Salem y Hebrón, los elementos de la civilización: todo estaba allí. Los cananeos no eran tribus errantes. Se habían establecido y arraigado. Construyeron poblaciones y cultivaron la tierra. Conocían el uso del dinero y la escritura; y administraban justicia en la puerta.

Pero Dios lo dijo; y así aconteció: «El consejo de Jehová permanece para siempre; los propósitos de su corazón hasta la postrera generación».

No sé qué promesa esté irradiando de tu vida, lector mío, como un arco iris de esperanza, pero esto es cierto, que si tú cumples con sus condiciones y sus demandas, será literal y gloriosamente cumplida. No mires las dificultades e imposibilidades que estorban el camino, sino el poder y la fidelidad del que hizo la promesa: «El Cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Ni una jota ni un tilde faltará (véase Mr. 13:31; Lc. 16:17). Y promesa tras promesa, iluminarán tu vida, como faros que brillan en la noche, a lo largo de la costa rocosa, hasta que al fin los rayos del sol naciente brillan plenamente sobre el puerto donde el marinero quiere estar.

Capítulo 5

Descendió a Egipto

La senda del hombre separado nunca puede ser fácil. Debe estar dispuesto a estar solo, a salir fuera del campamento y a vivir sin muchas de las cosas que otros hombres tienen libremente. Es una vida, pues, que no es posible sino para los que tienen fe.

Así, cuando la fe es fuerte, osamos arrancar los cables que nos ataban a la costa, y navegar a lo profundo, no dependiendo de otra cosa sino del carácter y de la palabra de Aquel por cuyo mandato vamos. Pero cuando la fe es débil, no nos atrevemos a hacerlo, y, dejando la senda por tierra elevada, nos reunimos con los hombres del mundo, quienes tienen su porción en esta vida, y nos contentamos con esto sólo. ¡Cómo podemos ensalzar suficientemente la tierna misericordia de Aquel, quien, en semejantes ocasiones, se inclina sobre nosotros, esperando levantarnos de nuevo a la vida heroica de otros días!«Mas hubo hambre en la Tierra».

¿Hambre en la tierra de promisión? Sí; como después, así entonces, las lluvias que por lo regular caen en la última parte del año, habían faltado; las cosechas se habían quemado con el calor del sol antes de la siega, y la vegetación que debía haber alfombrado las tierras elevadas, con pastos para los rebaños, era escasa, o del todo ausente. Si nos aconteciera ahora una calamidad semejante, podríamos sacar de otros países suficientes provisiones. Pero Abraham no tenía tal recurso. Era extranjero en una tierra foránea, rodeada de pueblos sospechosos y hostiles, cargado con la responsabilidad de grandes ganados y rebaños; no era cosa liviana tener que arrostrar la devastación repentina del hambre.

Afortunadamente la promesa que últimamente le había sido dada le prohibió albergar dudas acerca de su cumplimiento. Y esta podría ser, de hecho, una de las razones principales por la que le fue dada. Vino, no sólo como una recompensa por el pasado, sino como una preparación para el futuro, para que el hombre de Dios no fuese tentado más allá de lo que podía soportar.

Nuestro Salvador tiene su ojo sobre nuestro futuro y ve desde lejos al enemigo que está reuniendo sus fuerzas para atacarnos, o está haciendo sus planes para desviar y atrapar nuestros pies. Su corazón no es menos cuidadoso acerca de nosotros que, bajo semejantes circunstancias, lo estuvo

de Pedro, en la hora que se iba oscureciendo de su tentación, cuando oró por él para que su fe no faltara, y lavó sus pies con una solemnidad inexpresable. Así sucede con frecuencia que un tiempo de prueba especial es precedido por el resplandor de la presencia divina y la declaración de una promesa nueva. Felices aquellos que se ciñen con estos preparativos divinos, y así pasan ilesos por circunstancias que de otro modo los destruirían.

¡Con cuánta frecuencia adoptan los que profesan ser cristianos un tono quejumbroso al hablar de los tratos de Dios con ellos! Ven atrás una senda alegre, y se quejan de que era mejor para ellos antes de entrar por la puerta estrecha y comenzaran a viajar en el camino angosto. Desde ese momento no han encontrado nada sino desastre. No tuvieron hambre en Ur o Harán; pero ahora, en la tierra de promisión están muy apenados hasta no saber qué hacer. El comerciante ha encontrado deudas pesadas, que le embarazan mucho; el capitalista ha sido decepcionado en varias de sus inversiones que prometían más, el agricultor ha sido descorazonado por una serie de malas estaciones. Y se quejan de que el servicio de Dios les ha traído infortunios, en lugar de bendiciones.

¿Pero no es éste el punto del que debemos acordarnos por otra parte? Estos infortunios probablemente les habrían sobrevenido en todo caso; y cuánto menos tolerables habrían sido a no haber tenido la dulce conciencia de que Dios había llegado a ser el refugio de su alma. Además de esto, Dios, nuestro Padre, no promete premiar a sus hijos con la moneda despreciable de este mundo. La gracia espiritual siempre será su propio galardón. La pureza, la verdad, la dulzura, la devoción, no tienen equivalente en el metal sacado de las minas de Perú, ni en las perlas del mar, sino en la feliz conciencia del corazón en paz con Dios, y que se regocija por su sonrisa. Si Dios prometiera dar a sus siervos un curso no interrumpido de prosperidad, cuántos más cristianos hipócritas habría. Bien es que Dios no ha hecho semejante promesa, aunque es cierto que la piedad tiene promesa de la vida que ahora es y de la venidera.

«Y Abram descendió a Egipto para habitar temporalmente allí». Qué historia tan maravillosa es aquella de Egipto, uniendo siglos sucesivos, llenos de misterio, admiración y profundos pensamientos acerca del destino del hombre, la tierra de pirámides y esfinges, de dinastías poderosas y del glorioso Nilo... No es admirable que Egipto haya sido siempre uno de los graneros del mundo, cuando nos acordamos de la inundación periódica de aquel maravilloso río, que conserva el trecho largo y angosto de verdura,

entre grandes extensiones de arena. Hasta allí en todas las edades, todas las naciones han llegado, como lo hicieron los hermanos de José, para comprar granos. El buque en el que el apóstol Pablo fue llevado a Roma era un buque de trigo de Alejandría, que llevaba un flete de trigo para la alimentación de Roma.

En el lenguaje figurado de la Escritura, Egipto representa la alianza con el mundo, y la dependencia de un brazo de carne: «¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos, y su confianza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque son valientes; y no miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová!» (Is. 31:1).

Hubo ocasiones en la historia de los judíos cuando Dios mismo mandó a sus siervos que buscaran un asilo temporal en Egipto. Mientras Jacob vacilaba indeciso en los límites de Canaán, anhelando ir a José, y sin embargo repugnándole repetir las equivocaciones del pasado, Jehová le dijo: «Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas descender a Egipto, porque allí Yo haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto» (Gn. 46: 3 y 4).

Y, en días posteriores, el ángel del Señor apareció a José, diciendo: «Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto» (Mt. 2:13).

Puede haber ocasiones en la vida de todos nosotros cuando Dios indique claramente que es su voluntad que salgamos al mundo, con la mira de desempeñar algún propósito divino con respecto a Él. «Id, resplandeced como luces», parece decir. «Detened la corrupción así como lo hace la sal. Sed testigos a mi favor donde mi Nombre es blasfemado diariamente» Y cuando Dios nos manda con el llamamiento indubitable de su providencia, será tan seguro que nos guardará y librárá como lo hizo con Jacob y sus descendientes, y con el Niño Santo.

Pero no parece que Abraham recibiera semejante dirección divina. Obró sencillamente por su propio juicio. Miró sus dificultades. Se paralizó de miedo. Se asió del primer medio para librarse que se le sugirió; algo así como un hombre que se está ahogando se ase de una paja. Y así, sin pedir consejo a su protector celestial, descendió a Egipto.

¡Equivocación fatal! Pero cuántos la hacen todavía. Puede ser que sean verdaderos hijos de Dios; y, sin embargo, en un momento de pánico adoptarán métodos de librarse que, por decir lo menos, son dudosos; y siembran las semillas del pesar y el desastre para los años venideros, por

salvarse de algún embarazo menor. Mujeres cristianas se arrojan en el vínculo del matrimonio, con los que son enemigos de Dios, a fin de ser libradas de alguna dificultad financiera. Comerciantes cristianos reciben en sus negocios socios impíos por el capital que introducen. Para habilitarse, evitar dificultades y mantener su respetabilidad, la gente cristiana de todos los grados busca la ayuda del mundo. ¿Qué es todo eso sino descender a Egipto para buscar ayuda?

Cuánto mejor habría sido para Abraham echar la responsabilidad sobre Dios diciendo: «Tú me has traído aquí; y debes cargar con toda la responsabilidad de proveer para mí y los míos. Aquí me quedaré hasta saber lo que Tú quieres que haga».

Si algunos de los que leen estos renglones se han metido en posiciones de extremada dificultad por seguir la senda sencilla de la obediencia, no miren a Dios a través de dificultades, como vemos el sol al través de una bruma, despojada de su resplandor; sino al contrario, miren las dificultades a través de Dios. Pongan a Dios entre ellos y los desastres que los amenazan. Arrojen sobre Él toda la responsabilidad. ¿No te ha metido así en dificultades, para tener oportunidad de fortalecer tu fe, dando alguna prueba notable de su poder? Espera en el Señor, confía también en Él: su Nombre es *Jehová-jireh* («Él proveerá»).

Véase ahora cómo un pecado conduce a otro... Cuando Abraham perdió su fe, y descendió a Egipto, también perdió su valor, y persuadió a su mujer a llamarse su hermana. Había oído hablar del libertinaje de los egipcios, y temió que le quitaran la vida para posesionarse de Sara, quien, aún a su edad, poseía bastantes encantos.

Había un elemento de verdad en la declaración de que Sara era su «media» hermana; pero fue dicha como mentira; y ciertamente engañó a los egipcios, «porque fue llevada a la casa de Faraón». Fue un acto indigno y cobarde por parte de Abraham, que ciertamente no puede defenderse. Fue una injusticia cruel hecha a una mujer que había participado de sus circunstancias buenas y malas por tanto tiempo. Y ponía en peligro la simiente prometida. Sin embargo, así nos sucede cuando perdemos nuestra fe, y estamos llenos de pánico por nosotros mismos; llegamos a descuidarnos de todo vínculo, y estamos listos a sacrificar a los que nos son más cercanos y caros, con tal que podamos nosotros escapar.

El mundo puede tratarnos bien (véase Gn. 12:16), pero eso será una mezquina recompensa por nuestras pérdidas. No hay altar en Egipto, ni comunión con Dios, ni nuevas promesas; sino un hogar desolado, y un sentido miserable de haber hecho mal. Cuando el pródigo deja la casa de su padre, aunque alcanza una temporada breve de placer prohibido, sin embargo, pierde todo cuanto da valor a la vida, y se pone al nivel de los cerdos. En semejante caso no hay recurso, sino desandar el camino por donde hemos venido; «hacer las primeras obras», y como Abraham, subir de Egipto al lugar del altar donde estuvimos anteriormente (véase Gn. 13:4).

El fracaso de Abraham en Egipto nos permite vislumbrar la naturaleza original del patriarca, que no era de manera alguna heroica; y revela una veta de doblez y engaño, semejante a la que con tanta frecuencia se ha notado en su posteridad. La fe que un día iba a poder dominar las olas del océano, no podía nadar en un riachuelo...

Es difícil imaginar que un hombre como Abraham iba a alcanzar alguna vez la estatura de grandeza moral tan dominadora que superó a todos sus contemporáneos, y miró a través de las edades para ver el día de Cristo. Sin embargo, así sucedió. Y con ese pensamiento podemos animarnos.

Y es que nuestro Dios no necesita caracteres nobles, como base de sus obras maestras. Puede trocar espinos en cedros, y zarzos en mirtos. Puede tomar pescadores de sus redes, y publicanos de sus bancos de tributo, y hacer de ellos evangelistas, apóstoles y mártires. Por naturaleza no somos gran cosa, pero Dios será más ensalzado si de semejantes piedras puede levantar hijos a Abraham. El milagro de su gracia y poder dará mas conspicua gloria a su santo Nombre, mientras menos promesa haya en los materiales de que se vale.

«Abraham pues subió de Egipto, él y su mujer, con todo lo que tenía, y Lot con él, a la tierra del mediodía». ¡Esto es muy maravilloso! Juzgando como hombres, podríamos haber pensado que nunca iba a recobrase de aquel triste yerro, de aquel fracaso y pecado desastroso. Nunca volvería a ver a su fiel mujer, sino que tendría que llevar siempre en su conciencia la marca de la cobarde traición. O si en verdad, le volvía a serle dada, nunca se libraría de las redes en que se había metido. ¡Qué irritado y engañado, seguramente Faraón hallaría algún modo para vengarse del mal con que el extranjero había recompensado su generosa hospitalidad!

Pero no, al contrario de toda la anticipación humana, Jehová se presenta a favorecer a su siervo muy indigno. En años posteriores, el salmista nos dice las mismas palabras que pronunció en el corazón del rey: «¡No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas!» (Sal. 105:15).

¡Qué maravilla de ternura! Dios no nos desecha por un solo pecado: «No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen» (Sal. 103: 10 y 11). Y así, no obstante repetidas caídas y deficiencias, amorosamente sigue promoviendo su propósito divino con el alma en que es hallada la «raíz del asunto» (Job 19:28), hasta que la libra de los males que la enredan, y la levanta a la vida de fe, poder y amistad familiar consigo: «Tú, enemiga mía, no te alegres de mí, porque aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz» (Mi. 7:8).

Amonestado por esta voz divina, y restringido por un poder que no le permitió hacer mal al siervo de Dios, Faraón había mandado a sus hombres acerca de él, y le habían despedido «a él y a su mujer, con todo lo que tenía». Así sucede que le hallamos de nuevo atravesando las tierras elevadas de la Palestina meridional en camino para Bethel, al llegar donde habían hecho un alto en su primera entrada en Palestina. Tan completo fue el poder libertador de Dios, que el monarca egipcio ni siquiera recobró los regalos que le había dado a Sara como su dote. Los «rebaños, vacadas, asnos, siervos y siervas, asnas y camellos», todavía quedaron en posesión de Abraham. Y por eso, estamos preparados para saber que «Abram era rico en ganado y en plata y en oro». Aquella visita a Egipto, sin duda puso el fundamento de la riqueza de la familia en días posteriores, y de esto resultó la siguiente desgracia...

¡Cuánto debemos regocijarnos de que la Biblia no rehúse narrar los pecados de sus más nobles santos! ¡Qué prueba de su veracidad se ve aquí, y cuánto hay para animarnos nosotros! ¿Por qué si Dios pudo hacerse amigo de un hombre de tal naturaleza como Abram, no podremos nosotros aspirar a un privilegio semejante, aunque nosotros, también hemos violado gravemente la alta vocación de la fe? La única cosa que Dios exige de sus santos es la obediencia implícita, la rendición completa. Donde éstas están presentes, puede hacer Abrahames de nosotros, no obstante que, el suelo de nuestra naturaleza tiende a la aridez y a la hierba nociva.

Capítulo 6

Separado de Lot

¿Quién era Lot? El hijo de Harán, el hermano muerto de Abraham. Probablemente había recibido la herencia de su padre. Puede ser que viniese con su tío a través del desierto, con la esperanza secreta de mejorar su estado, pero esperemos que fuera movido por motivos más dignos. Parece ser uno de aquellos hombres que dan pasos buenos no por obediencia a Dios, sino porque sus amigos están dándolos. Alrededor de él estaba la inspiración de una fe heroica, el encanto de lo no probado y lo no conocido; la excitación de un gran movimiento religioso. Y Lot fue cogido en la corriente, y se resolvió a ir también. Era el *facsimile* del primer progreso del peregrino. Puede ser que pensara que tenía tanto celo como Abraham, pero se equivocaba mucho. No era sino un eco, un débil crepúsculo, una astilla sobre una inmensa corriente.

En todo gran movimiento religioso, siempre ha habido, y siempre habrá, algunos individuos que echan su suerte con él, sin saber el poder que lo inspira. ¡Guárdate de ellos! No pueden soportar la prueba de la separación para Dios. La mera excitación pronto acabará y, no teniendo principio para que tome su lugar, vendrán a ser estorbos y perturbadores de la paz. Tan seguramente como se les permita en el campamento, o se consienta que sus principios estén en el corazón, rebajarán el tono espiritual, atraerán a una política mundana, sugerirán métodos que de otro modo nunca se nos ocurrirían y nos estirarían hacia los pecados de Egipto.

Nada sino un principio puede llevar a uno a través de la verdadera vida separada y rendida del hijo de Dios. Si estás movido por otra cosa inferior, tal como la excitación, el entusiasmo, la moda, el ejemplo contagioso, primero serás un estorbo, y al fin serás un fracaso. Examinaos a vosotros mismos, y ved si estáis en la fe. Probaos a vosotros mismos. Y si estás obrando conscientemente por un motivo bajo y egoísta, suplica a Dios que infunda dentro de ti su propio amor puro. Mejor es obrar por un motivo inferior, si tan sólo se dirige rectamente, pero codiciando ardientemente lo mejor.

Aquel fracaso reciente en conexión con Egipto, puede haber sido el resultado, más de lo que suponemos, de la influencia perniciosa de Lot. A haber tenido Abraham que resolver él solo la cuestión, puede ser que nunca

hubiera pensado en descender a Egipto. Y, en ese caso, habría habido otro párrafo, o pasaje en la Biblia, describiendo las hazañas de una fe que osaba apoyarse en la promesa de Dios, aunque amenazada por el desastre y estorbada por el hambre, esperando hasta que Dios le mandara moverse, o hiciera posible su permanencia. Hay algo en aquella visita a Egipto que huele al espíritu de la vida posterior de Lot. En todo caso, había llegado el tiempo, en la providencia de Dios, cuando este espíritu inferior y mundano debería ir por su propio camino, dejando a Abraham solo, sin apoyo, o consejero, o aliado; arrojado sobre los consejos y la ayuda de Dios solamente.

La separación exterior del cuerpo, del mundo de los impíos, no es completa, a menos que esté acompañada y suplementada por la separación del espíritu. No basta dejar Ur, Harán y Egipto. Tenemos que deshacernos también de Lot. Aunque viviéramos en un monasterio, separados de los hogares y los lugares frecuentados por los hombres, donde no se oyera sonido alguno sino la campana llamando a la oración, y el solemne canto, sin embargo, mientras hubiera en nuestro pecho un principio ajeno, un Lot en la vida de nuestro corazón, no podría existir aquella separación para Dios, que es la condición del crecimiento de la fe, y de todas las formas superiores de la verdadera vida, que obran para que la Tierra sea más semejante al Cielo. Es preciso, pues, que se vaya Lot...

«Sabad, pues, que Jehová ha escogido al piadoso para Sí» (Sal. 4:3).
Acaso ningún otro pie debe introducirse dentro de la cerca de la divina propiedad.

¡Oh, almas, que suspiráis por la santidad como braman los siervos por las corrientes de las aguas! ¿Habéis contado el costo? ¿Podéis soportar la fiera prueba? La formación de los santos no es un juego de niños. El bloque tiene que separarse completamente de la cantera de la montaña, antes de que el cincel divino pueda comenzar a perfeccionarlo. El oro tiene que ser metido en el fuego purificador, antes de que pueda ser moldeado o martillado en un ornamento de belleza para el Rey.

Así como Abraham fue separado sucesivamente de todos los recursos naturales, así tiene que ser con todos los que aspiran a entrar en las recámaras interiores del palacio de Dios. Debemos estar preparados para morir a las censuras y alabanzas del mundo, a las ambiciones y ardides de la carne, a los deleites de una amistad que está rebajando insidiosamente la

temperatura del espíritu, a la vida egoísta, con todas sus innumerables manifestaciones sutiles y patentes; y aún, si es la voluntad de Dios, a los goces y consuelos de la religión.

Todo esto es imposible para nosotros, dependiendo de nuestras propias fuerzas. Pero si queremos rendirnos a Dios, permitiendo que Él obre en nosotros y para nosotros lo que nosotros solos no podemos hacer, hallaremos que Él comenzará a quitar paulatina y efectivamente, y con tanta ternura como sea posible, los zarcillos trepadores de la enredadera venenosa, y nos pondrá en una unión de corazón consigo mismo.

Los valles alrededor de Betel, que habían sido muy suficientes para sus necesidades cuando vinieron por primera vez a Canaán, ya no les bastaban ahora. Los pastores estaban siempre disputando acerca del primer lugar para el uso de los pozos y de los pastos. Los ganados de continuo se mezclaban... «Y la Tierra no podía sostenerlos, de manera que habitasen juntos»

Las querellas entre criados suelen embrollar a sus amos. De este modo, Abraham y Lot fueron informados por sus mayordomos de lo que sucedía, y cada uno estaría tentado a irritarse con el otro.

Abraham vio de una vez que semejante estado de cosas no debía consentirse, especialmente porque el cananeo y el pereseo moraban entonces en la tierra. Porque si aquellos vecinos belicosos oían hablar de disensiones en el campamento, se aprovecharían pronto de una oportunidad de caer sobre él. Unidos, estaban en pie; divididos tenían que caer. Además de esto, había de considerar el escándalo de la situación que podría crear una preocupación en contra de aquel Dios ante quien se sabía que Abraham doblaba la rodilla. Y así llamó Abraham a Lot y le dijo: «No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos; porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a mano izquierda, yo iré a la derecha, y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda» (Gn. 13: 8 y 9).

La proposición fue muy sabia. Vio que había una causa de disturbio que conduciría de continuo a semejantes molestias. Si él hablaba acremente a Lot, Lot contestaría en el mismo espíritu, y se haría desde luego una brecha. Por esto consideró desde luego la raíz del asunto, y propuso su separación.

Su línea de conducta fue muy magnánima. Como el más anciano y el jefe de la expedición, indubitadamente tenía el derecho de la primera elección. Pero sacrificó su derecho en interés de la reconciliación.

Pero, sobre todo, estuvo basado en la fe. Su fe comenzaba a realizar su verdadera posición y, como un pajarito, a extender sus alas para vuelos cada vez más largos. ¿No había Dios prometido cuidarle a él y darle una herencia? Por consiguiente, no tenía que temer que Lot pudiera alguna vez robarle de lo que le estaba garantizado por la fidelidad de Dios. Y prefirió mil veces mejor que Dios escogiera para él, que no él por sí mismo.

En definitiva, el hombre que está seguro de Dios puede soportar tener en poco las cosas de este mundo. Dios mismo es su herencia inalienable, y, teniendo a Dios, tiene todo. Y, como veremos, el hombre que «escoge» por sí mismo, no es tan afortunado al fin como el hombre que, teniendo el derecho de escoger, lo devuelve a Dios diciendo: «Que escojan otros por sí mismos si gustan; pero en cuanto a mí, Tú escogerás mi herencia».

Capítulo 7

Las dos sendas

Abraham y Lot estaban de pie juntos en la tierra elevada de Betel. La tierra de promisión se extendía delante de ellos como un mapa. Por tres lados al menos, había poco para atraer la mirada de un pastor. Los ojos vagaban sobre los contornos de los cerros que ocultaban a la vista los valles fértiles que estaban abrigados por ellos. Había, sin embargo, una excepción en esta monotonía de cerros, hacia el sudeste, donde las aguas del Jordán se extendían en un ancho valle, antes de entrar en el mar de la llanura.

Aún desde esa distancia, los dos hombres pudieron descubrir la rica lozanía, que podría haberles recordado tradiciones del jardín plantado antes por el Señor Dios en Edén. Y también les hizo acordarse de escenas que últimamente habían visitado en la tierra del Nilo. Esto llamó especialmente la atención de Lot; ansioso de hacer lo mejor posible para sí mismo y resuelto a usar plenamente la oportunidad que la magnanimidad inesperada de su tío le había presentado.

¿Consideraba él a su pariente como un tonto, por darle a él el derecho de escoger? ¿Pensaba que no debía permitir que ningún sentimiento falto de delicadeza estorbara que él hiciera lo que pudiera, para sí mismo? ¿Se sentía fuerte por la agudeza de su vista y la perspicacia de su juicio? Tal vez fuera así; porque tenía poca simpatía por el espíritu de peregrinación. Pero vendría el tiempo cuando se arrepentiría amargamente de su elección, y lo debería todo al hombre de quien estaba ahora preparado para aprovecharse...

«Lot entonces alzó los ojos, y vio la llanura del Jordán, que toda ella era de regadío, como el jardín de Jehová (...) Entonces Lot eligió para sí toda la llanura del Jordán» (vs. 10 y 11).

No preguntó lo que Dios había elegido para él. No consideró el efecto que la iniquidad del lugar podría tener sobre sus descendientes y sobre sí. Su elección estuvo determinada en todo por la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida. Porque los hombres de Sodoma eran «pecadores en gran manera contra Jehová».

¡Cuántos se han parado sobre aquella tierra elevada de Betel, por el mismo motivo que llevó a Lot allí! Siglo tras siglo, multitud de corazones jóvenes se han parado sobre un monte alto, con el objeto de ver extendidos delante

de ellos todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, mientras el tentador les decía al oído que por un acto de homenaje todo sería suyo. Con seguridad y confianza en sí mismos, preparados para considerar la moralidad sólo cuando ésta no afecta a lo que ellos consideran ser la oportunidad principal de la vida. Así han mirado generaciones sucesivas hacia las llanuras de Sodoma desde lejos. Y, como Lot, han procurado trocar piedras en pan, se han echado abajo del lado precipitoso de la montaña, para que los ángeles los cojan; se han arrodillado delante del tentador, y han hallado sus promesas rotas, perdida la visión de poder e ilusión y el alma reducida a la pobreza eterna. Mientras el tentador, con una risa burlona, ha desaparecido, dejando a su víctima parada sola en medio del desierto...

No condenemos demasiado a Lot, ya que lo que él hizo es hecho hoy por muchísimos cristianos todos los días. El mundo está lleno de corazones despedazados y vidas miserables, porque muchos persisten en levantar los ojos para escoger por sí mismos y con referencia solamente a las consideraciones más sórdidas.

Si Abraham hubiera reconvenido a Lot, señalándole la equivocación que hacía, seguramente Lot le habría contestado con impaciencia: «¿No te parece que tengo tantos anhelos como tú para servir al Señor? Sodoma necesita exactamente el testimonio que nosotros podemos darle. ¿No conviene que la luz brille en las tinieblas, y que la sal se esparza donde hay putrefacción?».

Tal vez Abraham no podía contestar estos asertos, sin embargo tendría una convicción íntima de que éstos no eran los motivos que determinaban la elección de su sobrino. Por supuesto, si Dios envía un hombre a Sodoma, le cuidará allí, como Daniel fue cuidado en Babilonia. Y nada le perjudicará de manera alguna. Será guardado como se guarda el ojo, protegido en su cuenca de hueso, de toda violencia, y con su delicado párpado como con un velo abrigador, del polvo. Pero si Dios no te envía claramente a Sodoma, es un desatino, un crimen, un peligro, ir.

Nótese con cuánta rapidez Lot se adaptó al lugar... Viajó para el oriente, y siguió moviendo sus tiendas para Sodoma; entonces habitó allí. Luego llegó a ser incluso alcalde de la ciudad, y se sentaba en la puerta. Sus hijas se casaron con dos de los hombres de Sodoma, y probablemente se destacaban entre las familias más respetables e influyentes de la sociedad. Pero su poder de dar testimonio se había acabado. Si levantaba su voz condenando los vicios desvergonzados, sólo se reían de él, o le amenazaban con violencia.

Podría afligir su alma justa, pero no encontró simpatía. Fue llevado cautivo por Kedorlaomer. Sus bienes fueron destruidos con la destrucción de las ciudades. Su mujer fue vuelta estatua de sal. Y el tizón de Sodoma dejó una marca demasiado evidente en sus hijas. Miserables, en verdad, deben haber sido los últimos días de aquel hombre infeliz, abrigado en una cueva, desnudo por completo, cara a cara con los resultados de su propio pecado vergonzoso.

Es, en verdad, un cuadro terrible; y, no obstante, semejante retribución espera a todo aquel cuya elección de hogar, de amigos, y circunstancias, es dictado por el deseo de ganancias mundanas, o modas, o placeres, antes bien que por la voluntad de Dios. Si los tales son salvos de manera alguna, lo serán como fue salvado Lot: así como por fuego.

Ahora, volvamos a un tema más agradable, para considerar más el trato del Dios Todopoderoso con Abraham, el único hombre que estaba siendo educado para tener comunión con Dios, como amigo. Dios siempre se acerca a los que son separados para Él: «Y Jehová dijo a Abram, después de separarse Lot de él...».

Puede ser que Abraham se sintiera muy solitario. Lot y él habían sido compañeros constantes e íntimos, y cuando los últimos de la compañía de Lot desaparecieron en la lejana distancia, probablemente un calor frío le envolviera, como una niebla de noviembre envuelve al hombre que se ha levantado antes de la salida del sol, para acompañar a su amigo al primer tren del día. Entonces fue cuando Dios le habló.

Todos sentimos ser separados de compañeros y amigos. Es duro verlos mantenerse apartados, y dejarnos uno por uno, y ser compelidos a seguir un curso solitario. Sin embargo, si realmente deseamos vivir solamente para Dios, es inevitable que se rompan muchos vínculos, que se abandonen muchos compañeros, que se dejen muchos hábitos y convencionalismos. Pero no nos detengamos mirando este aspecto del asunto, el lado oscuro de la nube. Antes bien, vislumbremos el otro lado de ella que es iluminado por la promesa de Dios. Y entendamos esto: una vez que el espíritu ha osado emprender aquella vida de consagración a la voluntad de Dios a que somos llamados, se le conceden visiones, voces, palabras consoladoras, de las cuales el corazón no podría haberse formado una idea previa. En lugar de bronce trae oro, y en lugar de hierro, plata, y en lugar de madera bronce, y en lugar de piedra hierro. El sol ya no se necesita para el día ni la luna para

la noche. Porque el Señor ha llegado a ser la luz eterna del corazón rendido y separado, y los días de su luto han pasado para siempre: *«Salid de en medio de ellos, y separaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmundas; y Yo os recibiré, y seré vuestro Padre. Y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso. Teniendo pues tales promesas, amados míos, limpiémonos de toda inmundicia de la carne y del espíritu»* (2 Co. 6:17-7:1).

Dios hará más por los que confían en Él, de lo que pueden hacer por sí mismos. Ciertamente, Lot alzó los ojos al dictamen de la prudencia humana, para mirar por su propia ventaja, mientras que Abraham alzó los ojos, no para descubrir lo que mejor promovería sus propios intereses, sino para mirar lo que Dios había preparado para él. Cuánto mejor es guardar los ojos fijos en Dios, hasta que Él nos diga: *«Alza los ojos y mira desde el lugar donde estás, hacia el norte y hacia el sur, y hacia el oriente y hacia el occidente; porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu simiente para siempre»* (Gn. 13: 14 y 15).

Igualmente, Dios honra a los que le honran. No niega ninguna cosa buena a los que andan rectamente. Viene al encuentro de aquel que se regocija y obra justicia. Si tan sólo seguimos haciendo lo que es recto, dando lo mejor a nuestro vecino para evitar disputas, poniendo primero los intereses de Dios, y los nuestros al final, gastándonos para la venida y la gloria del Cielo, hallaremos que Dios cuidará de nuestros intereses. Y hará infinitamente más para nosotros de lo que nosotros podríamos hacer: *«Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad»* (Mt. 5:5).

Lot tuvo que preguntar a los hombres de Sodoma si le permitían habitar entre ellos, y no poseyó nada del terreno; pero todo le fue dado a Abraham sin que lo pidiera, incluyendo aquel círculo verde en que Lot había puesto su corazón.

Es difícil leer estas palabras ardientes, hacia el norte, y hacia el sur, y hacia el oriente, y hacia el occidente, sin acordarnos de *«la anchura y la longitud, y la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que sobrepuja el conocimiento»* Gran parte de la tierra de Canaán estaba escondida detrás de los baluartes de las montañas, pero se veía lo suficiente para encantar a aquel espíritu fiel. Del mismo modo, puede ser que nosotros no podamos comprender el amor de Dios en Cristo, pero mientras más alto subimos, más miramos. Las cimas altas de la vida separada suministran la vista más plena de aquella expansión ilimitada.

En algunas partes de las Montañas Occidentales, el ojo del viajero se deleita en las aguas límpidas y bañadas por el sol, de un lago, un brazo del mar que entra mucho entre los cerros, pero cuando sube las verdes faldas y llega a ver las aguas del Atlántico bañadas en la luz del sol poniente, casi se olvida de la hermosa visión que acababa de llamar su atención. Así, creciendo la elevación y la separación de carácter, se descubren conceptos cada vez más preciosos del amor y carácter infinitos de Cristo.

Y es que las promesas de Dios van siempre haciéndose más preciosas. Una conduce a otra, más plena y más gloriosa que la anterior. En Mesopotamia, Dios dijo: «Te mostraré la tierra».

En Betel, «esta es la tierra». Aquí, Dios nos dará toda la tierra, e hijos tan innumerables como los granos de arena. Y hallaremos que aún éstas son eclipsadas. Es así como Dios nos atrae, a fin de probarnos. No dándonos todo al principio, para que no nos abruma, y siempre guardando a la mano una reserva infinita de bendición. ¡Oh, los restos no descubiertos que tiene Dios! ¿Quién ha visto su última estrella?

Y Dios nos manda apropiarnos de sus dones: «Levántate, anda por la tierra, a lo largo y a lo ancho de ella».

Esto seguramente significa que Dios deseaba que Abraham se sintiera tan libre en la tierra, como si realmente tuviera a mano las escrituras legales. Había de gozarse en ella; viajar por todas partes, mirarla como suya propia. Por fe había de obrar en cuanto a ella como si ya la poseyera. Hay una lección profunda aquí, en cuanto a la apropiación de la fe. «Ten fortaleza y buen ánimo», fue dicho seis veces distintas a Josué. «Esfuérzate», se refiere a la fuerza de las muñecas para asir. «Ten buen ánimo», se refiere a la tenacidad de los tobillos para mantener su puesto. Que sea nuestra fe fuerte en cada una de estas particularidades: fuertes para asir, y fuertes para tener.

La diferencia entre cristianos consiste en esto. Para todos nosotros igualmente están atesoradas bendiciones espirituales guardadas en nuestro Señor, pero algunos de nosotros hemos aprendido a apropiarnos más de continuo y más plenamente que otros. Andamos por la tierra por su anchura y su longitud. Nos aprovechamos de la plenitud de Jesús. No contentos con lo que Él es para nosotros en el consejo de Dios, nuestra constante apelación es a Él en todo momento de necesidad.

No debemos sorprendernos de que Abraham se cambiara para Hebrón (que significa «comuni3n»), y construyera all3 un altar para el Se1or. Nuevas misericordias nos convidan a m3s profunda comuni3n con nuestro Amigo Todopoderoso, quien nunca deja ni abandona a los suyos. Tambi3n nosotros, construyamos nuevos altares, y consagremos todo cuanto tenemos y somos a su bendito servicio.

Capítulo 8

Refrigerio entre las batallas

La lucha narrada en el capítulo 14 de Génesis no fue una mera batalla de guerrilleros. Fue una expedición para castigar y conquistar. Kedorlaomer era el Atila, el Napoleón de su período. Susa su ciudad capital, estaba más allá del desierto, al otro lado del Tigris, en Elam. Años antes de que Abraham entrara en Cansán como un emigrante pacífico, este temible conquistador había marchado para el sur, sojuzgando las ciudades que estaban en el valle del Jordán, y posesionándose así de la llave maestra del camino entre Damasco y Menfis. Cuando Lot movió sus tiendas hacia Sodoma, las ciudades de la llanura pagaban tributo a este poderoso monarca.

Al fin, los hombres de Sodoma y Gomorra, de Admah y Zeboim, se fastidieron del yugo de Elamite y se rebelaron, y Kedorlaomer se vio obligado a hacer una segunda expedición para castigar su rebelión y reconquistar su poder. Combinando sus propias fuerzas con las de tres gobernantes vasallos y amigos en el valle del Eufrates, que estaba en su camino, cruzó apresuradamente el desierto, y cayó sobre las tribus salvajes que se albergaban en las montañas de Basán y Moab. Evidentemente su plan era despojar todo el país contiguo a las poblaciones del Jordán, antes de realmente sitiárselas.

Al fin las fuerzas aliadas se reunieron en las cercanías de Sodoma, donde encontraron fiera resistencia. Animados por la naturaleza del suelo que estaba lleno de betún -por lo que los jinetes y carros se moverían dificultosamente-, los hombres de la ciudad se arriesgaron a trabar batalla en el campo abierto. Pero a pesar de los pozos de betún, los hombres afeminados y disolutos de la llanura perdieron la batalla. En el caso de ellos, como en otros muchos, la corrupción social mostró ser el presagio de la derrota política. La derrota de las tropas fue seguida por la captura y el saqueo de aquellas ricas poblaciones; y todos los que no pudieron escapar fueron maniatados como esclavos, y llevados en pos del ejército victorioso. Satisfecho al fin con su éxito, embargada su atención por su rico botín y su gran número de cautivos, la hueste extranjera comenzó su lenta marcha a lo largo del valle del Jordán para su propio país...

«Tomaron también a Lot, hijo del hermano de Abraham, y sus bienes, y se fueron». Entonces uno de los supervivientes de aquel día fatal, subió las colinas, y se dirigió al campamento de Abraham, al que habría conocido en días anteriores, cuando, uno de los muchos siervos de Lot, vivió allí: «Y como oyese Abram que su hermano había sido hecho cautivo, sacó sus siervos amaestrados (...) y se repartieron contra ellos» (Gn. 14: 14 y 15).

Aquí se ve la interposición abnegada y feliz de un hombre separado a favor de otro. Oculto en la configuración del país, y confederado con sus amigos, Abraham había observado desde lejos los movimientos de los devastadores. Pero no se le habían acercado, tan sólo con los ojos había mirado y visto la recompensa de los impíos (véase Sal. 91:8). La prudencia común le habría aconsejado no mezclarse en ello.

Pero la verdadera separación nunca arguye así. Concedido que el separado es así apartado para Dios, sin embargo, es apartado para que pueda influir más eficazmente sobre el gran mundo por el cual Dios tiene grandes anhelos, y hacia el cual ha mantenido grandes propósitos de misericordia, en la elección de los pocos.

La genuina separación -el estado de no vivir unido a las cosas del tiempo y del sentido, a causa de una devoción ardiente a lo invisible y eterno - es el resultado de la fe, que siempre obra por amor; y este amor anhela tiernamente la conversión de los que están enredados en la mundanidad y el pecado. La fe nos hace independientes, pero no indiferentes. Basta que tenga noticias de que su hermano ha sido llevado en cautiverio, para que tome armas al momento para salir en persecución.

Ah, hermanos y hermanas, ¿nunca os ha llegado la noticia de que vuestros hermanos han sido hechos cautivos? ¿Cómo es, pues, que no habéis salido hace mucho para rescatarlos? ¿Será genuina esta separación, que se mantiene incommovible mientras hay tanta necesidad de acción inmediata y abnegada?

Pero la interposición de Abraham fue tan feliz como abnegada y pronta. La compañía con que se puso en camino era muy pequeña, pero sus refuerzos indisciplinados marcharon aprisa, y así en cuatro o cinco días alcanzaron a la hueste confiada en sí misma y cargada de batín entre las colinas donde el Jordán tiene su origen. Adoptando la táctica de un ataque nocturno, cayó repentinamente sobre la hueste desapercibida, y los persiguió, huyendo ellos

con pánico hasta la antigua ciudad de Damasco: «Y volvió a traer todos los bienes; asimismo volvió a traer a su hermano Lot y sus bienes; y también a las mujeres y al pueblo» (Gn. 14:16).

¿No es así siempre? Los hombres que viven la vida de separación y devoción para con Dios son los que obran con más prontitud y éxito cuando llega el tiempo de la acción. Lot estando en Sodoma, no podía elevar su carácter moral ni salvarlo de ser atacado. Abraham viviendo entre las colinas es el único que puede trabar con éxito la batalla con el tirano. No prestes atención a los que dicen que debes vivir al nivel, y en medio de los mundanos, a fin de elevarlos y salvarlos; ¿acaso salvó Lot a Sodoma? Ni tendrá mejor suerte cualquier hombre que, no mandado por Dios, se establece en el mundo por su propio antojo y placer. Si quieres elevarme tienes que estar en un nivel más alto que el mío. Si Arquímedes ha de mover el mundo, tiene que descansar su palanca en un punto de apoyo fuera del mundo y bastante lejos de él.

Un gran éxito es con frecuencia la señal de una gran tentación. El Rey de Sodoma no había sido tomado prisionero entre los demás. Probablemente se había salvado del campo de batalla, huyendo oportunamente a los cerros. Cuando pues recibió noticias de la expedición osada y feliz del patriarca, salió a encontrarle y darle la bienvenida. Ascendería desde el valle del Jordán por una de las gargantas hasta los cerros, y llegaría el gran camino central, por donde Abraham y sus confederados dirigían su marcha hacia Hebrón.

Los dos se encontraron en el Valle del Rey, un lugar que debía hacerse cada vez más memorable, pasando los años; y situado cerca de la ciudad de Salem, un título que estaba destinado a desarrollarse en la palabra *Jerusalén*. Este fue un encuentro memorable: entre los representantes de dos razas, una de las cuales estaba destinada a hacerse cada vez más débil, hasta que fuese destituida por los hijos del mismo hombre, cuya espada ahora la salvó de la completa extinción.

Pero más memorable que el lugar es la historia del encuentro espiritual que tuvo lugar allí. Agradecido por la liberación efectuada por Abraham, el rey de Sodoma le propuso que no le entregara sino las personas de los cautivos, quedándose él con todos los despojos para sí mismo y sus aliados.

Debe haber sido una oferta muy tentadora. No era cosa pequeña que un pastor tuviera la oportunidad de apropiarse de todos los despojos de ciudades que habían llegado a ser tan grandes y opulentas; especialmente cuando parecía tener algún derecho a ello.

Pero Abraham no quiso considerar la oferta ni por un momento. En verdad, parecía ya haber resuelto el negocio en su propia mente, porque hablando como de una transacción pasada, dijo: «He levantado mi mano a Jehová, Dios altísimo, poseedor de los Cielos y de la Tierra, jurando que desde un hilo hasta la correa de un zapato, nada tomaré de lo que es tuyo; para que nunca digas: *Yo enriquecí a Abraham*».

¡Qué menosprecio tan magnífico a una oferta tan atractiva! ¡Qué expresión tan gloriosa de la independencia de una fe viva!

Hay un cercano paralelo entre la sugestión del rey de Sodoma y la tentación de nuestro Señor en el desierto cuando Satanás le ofreció todos los reinos de la Tierra por un acto de homenaje. ¿Y no nos asalta esta tentación a todos nosotros? ¿No somos todos nosotros tentados a aceptar el pago dorado del mundo, que tiene tantos anhelos de ponernos bajo obligación con él mismo, y sentir que estamos pagados por él y en su poder? El mundo bien sabe que, si tan sólo aceptamos sus subsidios, habremos abandonado nuestra posición de independencia, nos habremos bajado hasta su nivel, no siendo ya capaces de dar testimonio contra él; que seremos despojados de las gudejas de nuestra fuerza, y nos habremos hecho débiles como otros hombres.

En teoría podemos argüir que podremos usar bien las riquezas mal adquiridas. Pero, prácticamente no lo hallaremos así. Las riquezas de Sodoma chamuscarán la mano que las maneja y perjudicarán toda empresa justa a que puedan ser aplicadas. Además de esto, ¿qué derecho tenemos nosotros de depender de los créditos del mundo? Nosotros, que somos herederos de Aquel que posee los Cielos y la Tierra; los hijos del Gran Rey, a los que, al darnos a su Hijo, también se ha obligado a darnos todas las cosas... ¡Mil veces mejor ser pobres, hasta que Él nos haga ricos con el oro que ha pasado por su horno purificador! Felices aquellos que prefieren ser pensionistas de la providencia diaria de Dios, a ser independientes poseyendo el oro de Sodoma, los gajes de la iniquidad.

Puede ser, empero, que Abraham no hubiera salido tan grandiosamente en el segundo conflicto, a no haber estado preparado para él, por el maravilloso

encuentro con un rey más grande que cualquiera de los que hemos nombrado. Después de su derrota de Kedorlaomer, y antes del advenimiento del rey de Sodoma, el hebreo había encontrado a Melquisedec, el Rey-Sacerdote de Salem.

No podemos detenernos ahora para hablar de todo el interés que nos inspira esta sagrada figura, sagrada como el tipo de nuestro bendito Señor. De esto hablaremos más en otra ocasión. Estaremos satisfechos ahora con observar que trajo pan y vino, y bendijo al cansado conquistador, y forjó en su presencia un nuevo Nombre para Dios. A saber, por primera vez Dios recibió el título de «Poseedor de los Cielos y de la Tierra», cosa que parece haber hecho una impresión honda en Abraham; porque le hallamos usándolo en su encuentro con el rey de Sodoma. Y fue el talismán de la victoria. ¿Por qué necesitaría recibir cosa alguna del hombre, cuando su nueva revelación de Dios había acabado de oírse, y había enriquecido para siempre su corazón?

¿No es ésta aún la obra del Señor Jesús? Viene a nuestro encuentro al volver nosotros cansados de la lucha. Viene a nuestro encuentro cuando sabe que estamos en vísperas de una gran tentación. No sólo ora por nosotros, como lo hizo por Pedro, sino que nos prepara para el conflicto. Alguna nueva revelación, algún nuevo vislumbre de su carácter, algún pensamiento santo, esto se nos da para llenar la memoria y el corazón contra el asalto del enemigo. ¡Oh, misericordia incomparable! Nos amonesta con anticipación, y con anticipación nos arma. Nos previene con la bendición de su bondad.

La próxima vez que seamos tentados con los cohechos de un mundo inicuo, acordémonos de aquel hombre de Dios, que, en el caso de Abraham, fue el talismán de victoria. Y pensemos en Él como el Poseedor de los Cielos y la Tierra. ¿Por qué hemos de ensuciar nuestros dedos con ganancias mal adquiridas aún cuando parecen ser necesarias para nuestra existencia, cuando nuestro Padre es el Poseedor de todo cuanto vuela en el aire, anda en la Tierra, nada en el agua, o yace oculto entre las rocas?

No con mucha rareza hemos sido dulces y fuertes, o hemos pasado por alguna señalada experiencia espiritual, sin mas propósito que el de prepararnos para otro peligro. Aprovechémonos siempre de semejantes ocasiones, cuando nos sucedan, y seamos siempre agradecidos con nuestro Señor por prevenir sus castillos antes de que sean atacados, y por darnos su

propio Nombre nuevo, por el cual podemos vencer todas las asechanzas de los hombres y los demonios.

¡Oh, Rey de corazones leales, quisiéramos encontrarte con más frecuencia en el camino de la vida, especialmente cuando algún tentador esta preparándose para enredarnos en las redes del mal, e inclinándonos para recibir tu bendición, estar preparados por tu gracia para todo lo que nos espere en el futuro desconocido!

Capítulo 9

Melquisedec

¡Cristo está aquí! Este pasaje está fragante con el ungüento de su Nombre: «Este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo» (He. 7:1).

Gotean mirra nuestras manos, y nuestros dedos, mirra líquida, sobre las manecillas del cerrojo (véase Cnt. 5:5). Retirémonos del bullicio de la vida, y meditemos larga y profundamente en Aquel que es el Alfa y la Omega de la Escritura, y de los corazones santos. Y saquemos de las profundidades inescrutables de su naturaleza en esta narración misteriosa tocante a Melquisedec, Rey de Salem.

Hay un sentido en que Cristo fue hecho según el orden de Melquisedec, pero hay otro más profundo en que Melquisedec fue hecho según la orden del Hijo de Dios. El que escribió a los Hebreos nos dice que Melquisedec fue hecho «semejante al Hijo de Dios» (He. 7:3). Cristo es el Arquetipo de todos, y desde la eternidad ha tenido aquellas cualidades que le han hecho a Él tanto para nosotros. Parecería que no podían esperar para ser manifestadas en la plenitud de las edades: luchaban para expresarse. Desde la antigüedad era su delicia estar con los hijos de los hombres. Así fue constituido este misterioso Sacerdote real -reinando en su ciudad pacífica, en medio de las tempestades y naufragio de sus tiempos-, para que fuese dada entre los hombres alguna advertencia y anticipación de aquella vida gloriosa que ya estaba siendo vivida en el Cielo a favor de los hombres, y que, en su debido tiempo, sería manifestada en nuestro mundo, y en el mismo sitio donde Melquisedec vivió su vida tan semejante a la de Cristo. ¡Ojalá que nosotros también fuéramos hechos sacerdotes según el orden de Melquisedec, o lo que es lo mismo, que seamos hechos tan semejantes como sea posible al Hijo de Dios!

La columna espiral de humo que ascendía hacia el cielo azul, en la fragante mañana, y en la tarde embellecida con el rocío, anunciaba que había al menos un corazón que era leal al Dios Altísimo, y que presentaba ante su trono los pecados y los pesares de las tribus que le rodeaban. ¡Melquisedec era Sacerdote! Parece que tuviera aquella viva simpatía con las necesidades de sus tiempos, que es la marca verdadera del corazón sacerdotal (véase He.

4:15). Y debido a esto había adquirido tan grande influencia sobre sus vecinos, que espontáneamente reconocían los derechos de su posición única. El hombre necesita un sacerdote. Su naturaleza teme el contacto con el Santísimo. ¿Qué tiene de común la vileza con la pureza, las tinieblas con la luz, la ignorancia con el conocimiento ilimitado? Y en todas las edades los hombres han escogido de entre sus semejantes uno que los represente ante Dios, y Dios a ellos. Es un instinto natural. Y ha sido satisfecho en nuestro glorioso Señor, quien, mientras nos representa delante de Dios, cara a cara con la Luz increada, haciendo siempre intercesión, al mismo tiempo puede compadecerse de nuestras flaquezas, esforzarnos en nuestras tentaciones y tener piedad de nuestra ignorancia. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de ir más lejos? ¿Por qué hemos de imitar a Micaía en levantarnos un sacerdote a quien manos humanas han hecho? (véase Jue. 17:10). ¿Por qué hemos de permitir que otro lleve este nombre sagrado, o se entrometa en este oficio sagrado? Ninguno sino Cristo puede satisfacer o cumplir los requisitos de Dios, o «convenirnos» a nosotros que tenemos necesidades indecibles (He. 7:26).

Este sacerdocio era de Dios y fue ratificado por un juramento. Los sacerdotes de la casa de Leví ejercieron su oficio según «la ley de un mandamiento carnal» (He. 7:16). Lo asumieron no a causa de alguna idoneidad inherente, o por ser especialmente llamados a la obra por la voz del Cielo, sino porque habían descendido de la tribu sacerdotal escogida. El sacerdocio de Cristo, por otra parte, es el mejor don que Dios ha dado a los hombres, más necesario que las flores de la primavera, o la luz, o el aire. Sin Él, nuestras almas andarían vagando siempre en un desierto como el del Sahara...

«Ni aún Cristo se glorificó a Sí mismo, para llegar a ser Sumo Sacerdote», sino que «fue nombrado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec» (He. 5: 5, 10). Y tal fue la solemnidad de su nombramiento que fue ratificado por la palabra del «juramento»: «Juró el Señor y no se arrepentirá(...) Tú eres Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» (He. 7: 21, 28).

Aquí hay en verdad un poderoso consuelo. Ninguna infidelidad o ingratitud puede cambiar este sacerdocio. El Dios eterno nunca faltará a la palabra y al juramento. «Eternidad», está escrito sobre la frente del sumo sacerdote; «para siempre jamás», resuena cuando Él se mueve en la música de sus campanillas de oro; «un sacerdocio inmutable», es la ley de su glorioso ser.

«¡Aleluya!», bien puede cantar el corazón, cuando en medio de la fluctuación del cambio de la Tierra, al fin toca la roca primitiva del propósito eterno de Dios. ¡Es constituido Sacerdote para siempre!

Con todo, Abraham no estaba aún circuncidado. No era judío, sino que era gentil todavía. Era como el padre de muchas naciones que se paró y adoró y recibió la bendición de las manos sagradas de Melquisedec. No fue así con el sacerdocio de la línea de Aarón. Para participar de los beneficios de él, era necesario que el hombre se hiciese judío, sometiéndose al rito inicial del judaísmo. Sólo las necesidades o pecados judaicos fueron pronunciados por aquellos labios sagrados.

Pero Cristo es el Sacerdote del hombre. Atrae a todos los hombres a Sí mismo. El único y suficiente derecho a su favor es que tengamos la naturaleza que Él ha recibido, en unión irrevocable con la suya, que seamos pecadores arrepentidos agobiados por consciente necesidad. Entonces tendremos el derecho innegable de acudir a Él. Todas las parentelas, pueblos y lenguas convergen a Él, y son recibidos; y todas sus múltiples necesidades son satisfechas.

Este sacerdocio era superior a todas las órdenes humanas de sacerdotes. Si alguna vez ha habido un sacerdocio que tuviera supremacía no disputada entre los sacerdocios del mundo fue el de la línea de Aarón. Puede ser que no fuera tan antiguo como el que ministraba en los altares de Nínive, ni tan erudito como el que se ejercía en los claustros silenciosos de Menfis o Tebas; pero tenía en sí esta dignidad inaccesible: que se había originado, como un todo, en la Palabra de Dios. Sin embargo, aun el sacerdocio Aarónico tenía que dar homenaje al sacerdocio de Melquisedec. Y lo hizo, porque Leví estaba todavía en los lomos de Abraham cuando Melquisedec le encontró, y pagó diezmos en Abraham, y se arrodilló en señal de sumisión, en la persona del patriarca, para recibir la bendición de éste que era mayor que él (véase He. 7:4-10).

¿Por qué pues debemos interesarnos en las estrellas, cuando el sol se ha levantado sobre nosotros? ¿Qué tenemos que ver con ningún otro que con este poderoso Mediador, este Árbitro, que se yergue sobre todos los rivales, siendo Él mismo tanto sacrificio, como sacerdote, que ha ofrecido un sólo sacrificio, y cumple con un ministerio único?

Este sacerdocio participaba del misterio de la eternidad. No es necesario suponer que este ser místico literalmente no tuviera padre, ni madre, principio de días, ni fin de vida. El hecho en que se fija el escritor inspirado es que no se nos dan informes sobre ninguno de estos puntos. Hay una intención en el silencio áureo así como en las palabras áureas de la Escritura. Y sin duda estos detalles estaban envueltos en oscuridad, a fin de que hubiese una aproximación aún más cercana del tipo a la gloria del Antitipo: el que permanece para siempre, el Anciano de Dios, el Rey de las edades, el *Yo Soy*... El sol de su Ser, como su sacerdocio, no sabe nada de amaneceres, ni declinaciones del Zenit meridiano, o descensos en el occidente: «Conforme al poder de una vida inmortal». «Viviendo siempre para interceder».

Sí, en la visión de Patmos, su pelo era tan blanco como la nieve; no era la blancura de la ancianidad, sino de fuego incandescente: «Éste continúa para siempre y tiene un sacerdocio intransmisible» «Él es el mismo hoy y ayer y para siempre». Hace por nosotros ahora lo que hacía por los padres del mundo antiguo, y lo que hará por el último pecador que pida su ayuda.

Hay otra analogía entre el sacerdocio de Melquisedec y el sacerdocio Levítico: ambos eran sacerdocios reales. De ahí que Uzías fuese herido con la blanca señal de la lepra cuando procuró unirlos. ¡Pero cuán maravillosamente se mezclaron en la vida maravillosa de Jesús! Como Sacerdote, se compadecía del hombre y le ayudaba y le alimentaba; como Rey, mandaba las olas. Como Sacerdote, pronunció su sublime oración de intercesión; como Rey, enunció su dicho de prerrogativa real como «Yo haré esto o lo otro». Como Sacerdote tocó la oreja de Malco; como el Rey desechado, a quien aun César fue preferido, fue perseguido aún a la muerte. Como Sacerdote, aún intercedió por sus asesinos, y habló del Paraíso al ladrón moribundo, mientras el hecho de que era Rey fue atestiguado por la proclamación fijada en su cruz. Como Sacerdote, sopló paz a sus discípulos; como Rey, ascendió para sentarse en su trono.

En primer lugar era «Rey de Justicia», y después de esto también Rey de Salem, que es «Rey de Paz» (He. 7:2). Nótese el orden: no primero paz a cualquier precio, o sacrificando la justicia, sino justicia primero, la justicia de su carácter personal. El Justo satisfaciendo por nosotros las demandas de una ley divina y santa. Y en seguida, basado en Él, y levantándose sobre este cimiento sólido e indestructible, se originó el Templo de Paz, en el que las almas de los hombres pueden abrigarse de las tempestades del tiempo: «La

operación de la justicia será la paz, y el resultado de la justicia, calma y confianza para siempre. Y mi pueblo habitará en mansión de paz, en moradas seguras, en descansaderos tranquilos» (Is. 32: 17 y 18).

¡Oh, almas! ¿cuál es vuestra actitud hacia Él? Hay muchos que tienen voluntad de aceptarle como Sacerdote, que rehúsan tenerle por Rey. Pero esto no basta. Tiene que ser Rey, pues de otro modo no quiere ser Sacerdote. Y tiene que ser Rey en este orden, haciéndote primero justo, y en seguida dándote su paz que sobrepaja a todo entendimiento. No malgastes tiempo precioso regateando, o arguyendo con Él; acepta la situación como es, y deja que tu corazón sea la Salem, la ciudad de paz, donde Él, el Sacerdote-Rey, reinará para siempre. Y no hay ninguno tan idóneo para reinar como Aquel que se humilló para morir: «Y vi de pie en medio del trono a un Cordero que parecía como si hubiese sido inmolado» (Ap. 5:6).

En efecto, el trono es el lugar adecuado para el Hombre que nos amó hasta la muerte. Finalmente, este sacerdocio recibe diezmos de todos: «El patriarca Abraham dio diezmos del botín» (He. 7:4).

Esta costumbre antigua nos avergüenza a nosotros los cristianos. El patriarca dio más al representante de Cristo que lo que muchos de nosotros damos a Cristo mismo. Ven, si nunca lo has hecho antes, resuélvete a dar a tu Señor la décima parte de tu tiempo, de tus rentas, de todo lo que tienes. Trae todos tus diezmos a su tesoro, porque «suya es la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria, y la majestad». Por eso, pues, le damos gracias y alabamos su glorioso Nombre.

Capítulo 10

Firmeza de la fe de Abraham

Podemos hablar del precioso párrafo del capítulo 15 de Génesis como de un valle en tierra alta, donde se originan riachuelos que han de fluir hacia el mar, regocijándose en su camino los pastos de la tierra baja. Ahora por primera vez encontramos la frase: «Hubo palabra de Jehová a Abraham».

Aquí por primera vez se nos dice que Jehová Dios es un escudo. Por primera vez se oye la música argentina de aquella declaración: «¡No temas!». Y ahora, por primera vez, encontramos en la historia humana la gran palabra: «...creyó».

¿Qué gloria más alta puede haber para el hombre que cuenta con la fidelidad de Dios? Porque este es el significado de toda creencia verdadera: «Mirando la promesa de Dios no vaciló con incredulidad, sino fortalecióse en la fe, dando así gloria a Dios» (Ro. 4:20).

Y esta «Palabra del Señor» vino a Abraham acerca de dos cosas distintas... En primer lugar, Dios habló a Abraham acerca de su temor. Abraham acabada de volver de la derrota de Kedorlaomer y los reyes confederados en la parte septentrional de Canaán, y tuvo una reacción natural de la tensión larga e inusitada cuando reasumió la vida plácida y monótona de un pastor. En tal estado de ánimo era más susceptible al temor, así como la constitución debilitada es más susceptible a la enfermedad. Y había buen motivo para temer. Es verdad que había derrotado a Kedorlaomer, pero al hacerlo lo había convertido en su enemigo acérrimo. El brazo del rey guerrero había sido lo suficiente para llegar a Sodoma. ¿Por qué no había de ser tan largo y tan fuerte que vengara su derrota en aquel hombre solitario?

Además de todo esto, como un viento de noche en un desierto, soplaba de vez en cuando sobre el corazón de Abraham un sentimiento de desolación, de decepción, de esperanza diferida. Más de diez años habían pasado desde que entrara en Canaán. Tres promesas sucesivas habían encendido sus esperanzas, pero parecían estar tan lejos de realizarse, como al principio. ¡Ni una pulgada de territorio! ¡Ni una señal de un hijo! ¡Nada de todo lo que Dios había predicho!

Fue bajo semejantes circunstancias cuando la palabra del Señor le vino, diciendo: «No temas, Abram; Yo soy tu escudo, tu galardón sobremanera grande».

Y es que nuestro Dios no espera siempre a que nosotros vayamos a Él; con frecuencia viene a nosotros. Se nos acerca en el bajo calabozo; envía a su ángel para preparar para nosotros la botella de agua y los panes cocidos y suenan en nuestra alma sus tiernas palabras de consuelo, más penetrantes que el ruido del oleaje: «Tened ánimo, Yo soy; no tengáis miedo».

Pero Dios no se contenta con declaraciones vagas. Nos da motivo sólido de consuelo, en alguna nueva revelación de Sí mismo. Y con frecuencia se vale de las mismas circunstancias de nuestra necesidad para manifestar algún lado especial del carácter divino que es peculiarmente apropiado. ¿Qué podría haber más consolador en este momento, al peregrino sin defensa, sin ninguna estacada, o ciudad amurallada en que abrigarse, sino con sus rebaños esparcidos muy lejos por toda la región, que oír que Dios mismo estaba en derredor de él y sus posesiones, como un escudo vasto e impenetrable, aunque invisible?

La humanidad, una vez dado este pensamiento, anhelosamente lo recibió; y nunca ha permitido que muera. Repetidas veces resuena en profecías y Salmos, en la antífona del templo y en las meditaciones particulares: «Jehová Dios es escudo y sol».

«Tú eres mi escondedero y mi escudo».

«Ve, oh Dios, escudo nuestro, y mira el rostro de tu Ungido».

«Escudo y adarga es su verdad».

Acaso todos los días nos metemos en peligros; hombres y demonios quieren herirnos. Pero si estamos haciendo la voluntad de Dios y confiando en su cuidado, la nuestra es una vida encantada, como el hombre que usa armadura debajo de su ropa. El ambiente divino nos circunda, haciéndonos invulnerables, como la corriente de electricidad puede rodear un estuche de joyas de una atmósfera delante de la cual el ataque más osado del hombre más resuelto es contrarrestado: «Ningún arma forjada contra ti prosperará» (Is. 54:17).

Felices aquellos que han aprendido el arte de morar seguros bajo la protección inviolable del Dios eterno, en la cual todas las saetas se embotan,

todas las espadas se desvían, todas las chispas de malicia se extinguen como el silbido de una antorcha metida en las aguas del mar.

Ni tampoco nos defiende Dios sólo exteriormente, es el premio y la satisfacción del corazón solitario. Fue como si suplicara a Abraham que considerara cuánto tenía, al poseerlo a Él: «Ven, hijo mío, y considera que aun cuando nunca tuvieras ni un pie de terreno, y tu tienda permaneciera silenciosa, en medio de la alegre risa de niños alrededor de ella, sin embargo no habrías abandonado en vano tu tierra, porque me tienes a Mí. ¿No soy Yo suficiente? Lleno el Cielo y la Tierra, ¿no puedo llenar a una sola alma solitaria? ¿No soy Yo tu galardón sobremanera grande, que puede recompensarte con mi amistad, a la que estás llamado, por cualquier sacrificio que hayas hecho?». ».

Nuestro Dios, que es amor, y amor en su esencia más pura y divina, nos ha dado mucho, y nos ha prometido más; pero, no obstante, su don mejor y más grande es Él mismo: nuestro galardón, nuestro gran galardón; nuestro galardón sobremanera grande. ¿No tienes tú nada? ¿Es tu vida estéril? ¿Te han abandonado amigos y compañeros? ¿Estás solo y abandonado por todos los compañeros de tu juventud? Pues bien, contéstame otra pregunta: ¿tienes tú a Dios? Porque si le tienes, tienes todo el amor y la vida, toda la dulzura y la ternura, todo lo que puede satisfacer el corazón, y deleitar la mente. Todas las cosas hermosas duermen en Él, como todos los colores se esconden en el rayo del sol, esperando ser desenredados. Tener a Dios es tenerlo todo, aunque se esté despojado de todo. El ser destituido de Dios es ser despojado de todo, aunque se tenga todo.

Dios habló a Abraham acerca del hecho de no tener hijos. Era de noche, o tal vez la noche se volvía en día, pero, todavía millares de estrellas -los ángeles, las coristas de las esferas, los rebaños de los amplios pastos del espacio-centelleaban en los cielos. El patriarca dormía en su tienda, cuando Dios se le acercó en una visión, y fue bajo la sombra de aquella visión cuando Abraham pudo decir a Dios todo cuanto estaba en su corazón.

Con frecuencia podemos decir en las tinieblas las cosas que no osamos pronunciar bajo el ojo del día. Y en aquella silenciosa vigilia de la noche, Abraham vertió en el oído de Dios la amarga agonía que había en su corazón. Es probable que hubiera deseado decir por mucho tiempo algo semejante a esto, pero no se le había presentado la oportunidad. Mas ya no había más necesidad de refrenarse, y así todo fue hablado a oídos de su

Amigo Todopoderoso: «He aquí no me has dado descendencia, y he aquí que un siervo mío me va a heredar».

Fue como si dijera: «Esperaba algo más que esto; he meditado en tus promesas, y me parecía que seguramente pronosticaban un hijo de mi propia carne y sangre; pero los lentos años no me han traído ningún cumplimiento de mis esperanzas; y supongo que no te entendí. Siempre fue tu intención que mi mayordomo heredara mi nombre y mis bienes. ¡Ay de mí! Es una amarga decepción; pero Tú lo has hecho, y está bien».

Así con frecuencia entendemos mal a Dios, e interpretamos sus dilaciones como negaciones. ¡Qué capítulo podría escribirse acerca de las dilaciones de Dios! ¿No estuvo llena de ellas la vida de Jesús, desde el momento cuando se tardó en el templo, hasta el momento cuando se quedó dos días todavía en el mismo lugar donde estaba, en vez de apresurarse a cruzar el Jordán en respuesta a la súplica triste y apremiante de las hermanas a quienes amaba? Así se dilata todavía. Es el misterio del arte de educar a los espíritus humanos hasta el temple más fino de que son capaces. Qué escudriñamiento del corazón, qué análisis de motivos; qué pruebas de la Palabra de Dios; qué agonías del alma, inquiriendo qué cosa, o qué manera de tiempo indica el Espíritu de Dios. Todo esto está asociado con aquellos días cansados de espera, que no obstante están plétóricas de destino espiritual. Pero semejantes dilaciones no son la respuesta final de Dios al alma que confía en Él. No son más que el invierno antes del gozo de la primavera: «Mas he aquí que tuvo otra revelación de Jehová que decía: *No te heredaré éste, mas uno que ha de salir de tus entrañas te heredaré. (...) Mira hacia los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia*» (Gn. 15: 4 y 5).

Y desde ese momento las estrellas brillaron con una nueva significación para él, como las señales de la promesa divina... «Y Abram creyó a Jehová» (vs. 6).

¿No es maravilla que aquellas palabras se citen con tanta frecuencia por hombres inspirados en los siglos posteriores, ni que yazcan como la piedra fundamental de algunos de los más grandes argumentos que alguna vez han ocupado la mente del hombre? (Véanse Ro. 4:3; Gá. 3:6; Stg. 2:23).

Creó Abraham antes de sufrir el rito judaico de la circuncisión. El apóstol Pablo pone énfasis especial en esto, como mostrando que los que no eran

judíos podrían igualmente tener fe y ser contados entre los hijos espirituales del gran Padre de los fieles (véase Ro. 4:9-21; Gá. 3:7-20). La promesa de que él había de ser el heredero del mundo le fue hecha cuando todavía no era sino el peregrino de tierra lejana; y así está asegurada a toda la simiente, no solamente a la que es de la ley, sino también a la que es de la fe de Abraham, quien es el padre de todos nosotros.

Abraham sosegadamente consideró y pesó la promesa sin que se le debilitara su fe (Ro. 4:19). Y después de considerarla, eligió aventurarlo todo en la palabra del Eterno: «Mirando la promesa de Dios, no vaciló con incredulidad, sino fortalecióse» (Ro. 4:20).

Ni aun fue esto todo, mientras sorpresa siguió a sorpresa, y ola siguió a ola, no vaciló; no se retiró ni una pulgada, ni aún tembló, así como la roca azotada por las olas se estremece hasta su base. Contó con la fidelidad de Dios.

No obstante, su fe estaba destinada a ser probada severamente... El patriarca tuvo que esperar otros quince años, siendo veinticinco años por todo, entre la primera promesa y su cumplimiento en el nacimiento de Isaac.

Tal fe le fue contada por justicia. La fe es el germen de la justicia; y, cuando Dios ve que poseemos el germen, nos considera también como estando igualmente poseídos de la cosecha que yace escondida en su corazón. La fe es pequeña semilla que contiene todos los perfumes raros y ricos matices de la vida cristiana, que no esperan sino el cultivo y bendición de la vida cristiana. Cuando cree alguno, sólo se necesita educación y tiempo para desarrollar lo que ya está dentro de él en embrión; y Dios, para quien ya está presente el futuro, mira al hombre de fe como dotado con los frutos de justicia, que son para la gloria y la alabanza de Dios. Pero hay una significación más profunda aún que ésta: la posesión por medio de la fe de una justicia judicial a la vista de Dios.

La justicia de Abraham resultó no de sus obras, sino de su fe: «Y no por su causa solamente fue escrito que le fue así contada; sino por la nuestra también, a quienes nos será contada; a nosotros que creemos en Aquel que levantó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro» (Ro. 4: 23 y 24).

¡Oh, milagro de gracia! Si confiamos tan sencillamente en Jesucristo nuestro Señor, seremos contados como justos a los ojos del Dios eterno. No podemos comprender todo cuanto se incluye en aquellas maravillosas

palabras. Sólo esto es evidente, que la fe nos une tan absolutamente al Hijo de Dios, que somos una cosa con Él para siempre jamás; y toda la gloria de su carácter -no sólo lo que era Él cuando se hizo obediente hasta la muerte, sino lo que es en la majestad de su naturaleza resucitada -nos es imputado.

Algunos enseñan la justicia imputada como si fuera alguna cosa aparte de Cristo, arrojada sobre los trapos del pecador. Pero es más correcto y mejor considerarla como cosa de bendita identificación con Él por fe; de modo que como él fue una cosa con nosotros al hacerse pecado, somos una cosa con Él al ser hecha la justicia de Dios. En los consejos de la eternidad lo que es cierto de nuestro glorioso Señor es contado también como verdad en nosotros, quienes, por medio de una fe viva, hemos llegado a ser miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Jesucristo nos es hecho justicia y somos aceptados en el Amado. No hay nada en la fe, considerada en sí misma, que pueda dar cuenta de este maravilloso hecho de imputación. La fe no es más que el vínculo de unión; pero en cuanto nos une con el Hijo de Dios, nos hace realizar todo lo que es como el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, el Primero y el Postrero.

Capítulo 11

Vigilando con Dios

No es fácil esperar el cumplimiento de las promesas de Dios. Las etapas de su progreso son muy retiradas unas de otras. Sigue su camino a través de los siglos; nosotros nos cansamos en unas pocas horas. Y cuando sus tratos con nosotros son perplejos y misteriosos, el corazón que se había jactado de su confianza variable comienza a debilitarse con dudas, y a hacerse preguntas... ¿Cuándo podremos confiar absolutamente y no temer?

En las relaciones humanas, una vez que el corazón ha hallado su descanso en otro, puede soportar la prueba de distancia y dilación. Años pueden pasar sin una palabra o suspiro para romper la triste monotonía. Condiciones extrañas pueden desconcertar el entendimiento y confundir la mente. Pero la confianza no varía ni flaquea. Sabe que todo está bien. Se contenta con existir sin una señal, y guardar silencio sin procurar explicar o defender. ¡Ah! ¿Cuándo hemos de tratar así a Dios? ¿Cuándo hemos de descansar en él confiando cuando no podemos entender?

Al menos en este período de su educación, Abraham no había aprendido esta lección. Pero en el vago crepúsculo, mientras las estrellas que simbolizaban su posteridad comenzaban a palidecer en el cielo, contestó a la declaración divina de que había de heredar la tierra de la que hasta ahora no poseía ni un pie, con la triste queja: «Señor Dios, ¿cómo he de saber que la heredaré?».

¡Cuán humano es esto! No es que Abraham fuera incrédulo, pero anhelaba alguna señal tangible y evidente de que había de ser como Dios había dicho: algo que pudiera ver, algo que le fuera una garantía siempre presente, de la herencia venidera, así como las estrellas lo eran de su descendencia futura. No nos asombremos de Abraham, sino antes bien, adoremos al amor que soporta estas flaquezas humanas y condesciende a darles escalones por los cuales podrían pasar las arenas hasta la roca firme de una fe asegurada...

En aquellos días primitivos cuando un contrato escrito era muy raro si no del todo desconocido, los hombres procuraban obligarse el uno al otro a cumplir su palabra con las más solemnes sanciones religiosas. Se exigía que el que asumía la obligación trajera ciertos animales, que eran muertos y divididos en pedazos. Estos eran puestos en el suelo, de un modo que dejaran una

angosta senda entre ellos; por ésta pasaba el pactado para ratificar y confirmar su solemne promesa.

Fue a este rito antiguo y solemne al que se refería Jehová, cuando dijo: *«Tráeme una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, y una tórtola, y un palomino. Y él le trajo todos éstos, y los partió por la mitad, y puso cada mitad enfrente de la otra»* (Gn. 15: 9 y 10).

Era todavía temprano en la mañana. El día amanecía, y Abraham se sentó para vigilar. Entonces sucedió una pausa larga. Hora tras hora pasó, pero Dios no dio ninguna señal ni habló palabra alguna. Juzgando por las apariencias, no había voz, ni quien respondiese, ni quien prestase atención.

El sol subía más y más alto su carro en el cielo, y arrojaba su calor tórrido sobre aquellos pedazos de carne que estaban expuestos en la arena; pero todavía no llegó voz ni visión. Los buitres inmundos, atraídos por el olor de la carne mortecina, se reunieron como para un banquete, y se necesitó atención incesante para ahuyentarlos. ¿Se permitió Abraham por un momento imaginar que estaba sentado allí ocupándose como un insensato?

No podemos saber lo que pasaba por aquel corazón tan probado durante aquellas horas. Una cosa, al menos, reconocemos; que esto está en la misma línea de disciplina por la cual todos tenemos que pasar: horas de esperar a Dios, días de vigilar, noches de vigilia sin sueño, esperando las señales del alivio que se dilata, admirados de que no viene el Maestro, subiendo el cerro repetidas veces, para volver sin la visión esperada, esperando por mucho tiempo una carta hasta que el camino para el correo está bien pisado y humedecido con muchas lágrimas... ¡Pero todo en vano! ¡Mas no es en vano! Porque estas largas horas de espera están edificando la fábrica de la vida espiritual, con oro y plata y piedras preciosas, para que venga a ser una cosa hermosa y un gozo para siempre.

Sólo cuidémonos de nunca abandonar nuestra actitud de paciencia, sino que esperemos hasta el fin la gracia que ha de sernos traída. Y no demos lugar a los inmundos buitres. No podemos evitar que ellos vuelen lentamente por el aire o dando graznidos lúgubres, y rodeando como si pensarán arrojarse sobre nosotros. Pero podemos evitar que bajen al suelo. Y esto debemos hacerlo en el Nombre y por la ayuda de Dios. Aunque tardare la visión, aguardémosla.

Al fin el sol se puso, y la rápida noche oriental echó su pesado velo sobre la escena. Cansado del conflicto mental, las vigalias y los esfuerzos del día, Abraham cayó en un sueño profundo. Y en su sueño, su alma fue impresionada por una oscuridad densa y horrible; tal que casi le ahogaba, y oprimía su corazón como una pesadilla: «He aquí que un terror de grande oscuridad cayó sobre él».

¿Entienden mis lectores algo del terror de aquella grande oscuridad? Cuando alguno ha sido creado en una creencia tradicional, que deja de satisfacer los instintos de la vida más madura, supone que de abandonar el credo, debe suceder también la renuncia de toda fe y esperanza, no viendo que la forma puede ser dejada, aunque permanece la substancia esencial: cuando alguno, equivocándose acerca de la naturaleza del pecado y la misericordia de Dios, teme que ha cometido un pecado imperdonable, o que los límites del arrepentimiento han sido pasados para siempre, cuando algún terrible pesar que parece muy incapaz de reconciliarse con el amor perfecto, se arroja sobre el alma, exprimiendo de ella todo su pacífico descanso en la piedad de Dios y echándola sobre un mar donde no brilla ni un rayo de esperanza, cuando malignidad y crueldad y monstruosa injusticia se mofan y maltratan al corazón confiado hasta que comienza a dudar si hay Dios arriba que puede ver y todavía permitir, éstos saben algo del terror de grande oscuridad; y qué visiones extrañas y horribles pasarán una tras otra delante del espíritu, como los fantasmas del delirio de un borracho o las apariciones de un cerebro insano.

Fue una perspectiva larga y negra que se desarrollaba ante Abraham. Vio la historia de su pueblo por siglos venideros, extranjeros en una tierra foránea, esclavizados y afligidos. ¿No vería él la angustia de su alma y su cruel esclavitud bajo los látigos de los crueles mayordomos? ¿No oiría sus gemidos y vería las madres llorando sobre sus niños, condenados a ser arrojados al insaciable Nilo? ¿No vería él la construcción de pirámides y ciudades de tesoros, cimentados con sangre y padecimientos? Era en verdad suficiente para llenarle de tinieblas que podían palpase.

Y, sin embargo, la sombría trama fue cruzada con la urdimbre de hilos de plata. Los esclavizados habían de salir con grandes riquezas, siendo abrumados sus opresores con terribles juicios. Habían de entrar de nuevo en aquella tierra. Mientras, en cuanto a él mismo, había de ir a sus padres en paz y ser sepultado en una buena vejez.

Así es la vida humana: tristeza y gozo, sol y sombra, largos trechos de nubes, seguidos de brillantes trechos de luz. Y en medio de todo, la justicia Divina está cumpliendo sus propios designios, afectando a otros igualmente con el alma del individuo que parece ser el sujeto de disciplina especial. Los hijos de Abraham no habían de heredar la tierra de promisión hasta que la cuarta generación hubiera pasado, porque la iniquidad de los amorreos no había llenado todavía la medida de su castigo. Sólo entonces, cuando la reforma de aquella raza era imposible, cuando su condición había llegado a ser irremediable, y su existencia era una amenaza a la paz y pureza de la humanidad, fue dada la orden para su exterminio y para la transferencia de su poder a los que podían tenerlo más dignamente.

Oh, vosotros, que estáis llenos con el terror de una gran oscuridad a causa de los tratos de Dios con la humanidad, aprended a confiar en aquella sabiduría infalible que es coasesora con la justicia inmutable; y sabed que el que pasó por la oscuridad del Calvario, con el clamor de abandono, está pronto para acompañaros por el valle de la sombra y de la muerte, hasta que veáis el sol brillando por el otro lado: «¿Quién hay de entre vosotros que teme a Jehová, que escucha la voz de su siervo; , que sin embargo anda en tinieblas y no tiene luz? ¡Confíe en el Nombre de Jehová, y apóyese en su Dios!».

Cuando se despertó Abraham, el sol se había puesto. La oscuridad reinaba en todas partes: «Hubo densas tinieblas».

Un silencio solemne cobijaba el mundo. Entonces vino el asombroso acto de ratificación. Por primera vez desde que el hombre dejó las puertas del Edén, apareció el símbolo de la gloria de Dios; aquella asombrosa luz que después había de brillar en la columna de la nube, y el brillo del Shekinah.

En medio de las densas tinieblas, aquella misteriosa luz, una antorcha de fuego pasaba lenta y majestuosamente entre los pedazos divididos; y, al hacer esto, una voz dijo: «A tu simiente he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates» (Gn. 15:18).

Acordaos de aquella promesa, hecha con las sanciones más solemnes; nunca abrogada desde entonces, y nunca cumplida perfectamente. Durante unos pocos años del reinado de Salomón, los dominios de Israel casi tocaron estos límites; pero sólo por un breve período. El perfecto cumplimiento está todavía en el futuro. De alguna manera los descendientes de Abraham han de

heredar su propia tierra, asegurada a ellos por el pacto de Dios. Aquellos ríos han de formar los límites, porque «la boca del Señor ha hablado».

Por consiguiente, al volvernos de esta escena, en la que Dios se obligó por sanciones tan solemnes a esforzar la base de la fe de su siervo, podemos llevar con nosotros conceptos exaltados de su gran bondad: a saber, que se humillara tanto a fin de asegurar la confianza de un solo pobre corazón. Así, a nosotros también, por dos cosas inmutables, su palabra y juramento, Dios nos ha dado fuerte seguridad ante la tormenta que nos quiere devorar. Por medio de nuestro Precursor, echemos nuestra ancla, la esperanza, dentro del velo que nos separa de lo invisible, donde agarrará en terreno que no cederá, sino que quedará hasta que amanezca el día, y la sigamos hasta el puerto que nos es garantizado por el consejo inmutable de Dios (véase He. 6: 19 y 20).

Capítulo 12

Agar, la esclava

Ninguno de nosotros sabemos todo cuanto significa arrancarnos de las escenas familiares de nuestros Haranes para seguir a Dios a las tierras de separación que están al otro lado del río. La vida separada no puede ser fácil. Podemos adivinar esto vagamente cuando entramos en lo no experimentado y desconocido; pero Dios, por su gracia, cubre de nuestra vista lo que inútilmente nos asombraría y nos acobardaría; desarrollando ante nosotros sus requerimientos sólo al paso que podemos soportarlos.

Las dificultades de la vida separada resultan, no de ningún mandato arbitrario de la Providencia Divina, sino de la persistente manifestación de la vida propia en sus muchas formas. Es absurdo decir que ésta muere una vez para siempre en algún temprano período de la vida cristiana; y es peligroso hacer que los hombres lo piensen. Cuando los hombres se jactan de que ha muerto, se deja ver en sus mismos asertos, y se ríe del éxito de sus esfuerzos para anularlos en su presencia. Esta es la obra de su arte: que engaña a los incautos haciéndolos pensar que ha muerto. Las bandas de ladrones siempre tienen gusto en que se inserte un párrafo en los periódicos, anunciando que han dejado el poblado, porque, en la falsa seguridad efectuada por el anuncio, pueden mejor llevar a cabo sus planes de robo.

Decimos, en los primeros momentos de consagración, que anhelamos, no sólo ser contados por muertos a la vista de Dios, por lo que toca a nuestra vida propia, sino ser muertos. Así, si realmente somos sinceros en lo que decimos, Dios emprende la obra de revelar primero la presencia insidiosa de la vida propia donde menos la habíamos esperado, y después de clavarla en amargos sufrimientos a la cruz de una muerte penosa.

Vosotros que sabéis algo del análisis de vuestra vida interior, ¿no os dan testimonio vuestros corazones de que, cuando la luz del Cielo entra gloriosamente en vuestra alma, revela vislumbre inesperado de la ira insidiosa del Yo? Tanto que sois compelidos a reclamar, y eso no débilmente; primero, el perdón divino por albergar a semejante traidor; y entonces, la interposición de la gracia divina para enviar aquella muerte que es la única condición de crecimiento y bendición.

Hay aquí una manifestación muy sorprendente de la tenacidad con que la vida egoísta de Abraham continuaba. ¿Cómo es posible, si Abraham no quiso tomar ni una correa del zapato ni un hilo del rey de Sodoma, porque estaba tan seguro de que Dios le daría toda la tierra? Y no fue decepcionado, cuando Dios dijo: «Yo soy tu galardón sobremanera grande».

Seguramente esperaba humilde y quietamente a que Dios cumpliera su propia palabra. Pero no fue así, sino que en lugar de esto escuchó el raciocinio de la experiencia, que por casualidad concordaba con sus propios pensamientos, y procuró gratificar las sugerencias de su espíritu, haciendo algo para asegurar el resultado de la promesa.

Y es que la fe sencilla espera que Dios desarrolle su propósito, seguro de que no faltará. Pero la desconfianza, reaccionando sobre la vida egoísta, nos conduce a procurar manejar nosotros mismos los asuntos, así como lo hizo Saúl, cuando se arrogó el derecho de ofrecer sacrificio, sin esperar la llegada de Samuel.

Era claro que Abraham había de tener un hijo, pero no se había dicho claramente que el hijo había de ser de Sarai. Abraham era estrictamente monógamo; pero las usanzas más libres de aquellos días permitían llenar el harén con otras, que ocupaban un rango inferior al de la mujer principal, y cuyos hijos, conforme a la práctica común, eran contados como si fueran suyos propios. Esta alternativa merodeó por la mente de Sarai, quien se sentía culpable y fracasada a causa de su esterilidad...

¿Por qué no habría de adoptar su marido aquellas costumbres más libres acerca del voto matrimonial? ¿Por qué no debía él casarse con la esclava que habían conseguido en algún mercado de esclavos egipcios, o adquirido entre las dádivas con las que Faraón les había enviado?

Era un sacrificio heroico lo que Sarai se proponía. Pero su amor para con Abraham, su falta de esperanza de tener un hijo propio y su incapacidad de pensar que Dios cumpliría su palabra por otros medios que no eran naturales, todas estas cosas se combinaron para que hiciera tal proposición a Abraham. El amor en Sarai hizo violencia al amor.

Ninguna otra persona podría haberse acercado a Abraham con semejante proposición, con la menor esperanza de éxito. Puede ser que la sugerencia hubiera asomado a su propia mente en sus momentos de debilidad, sólo para ser desechada al momento, como haciendo una gran injuria a su fiel mujer.

Pero, ya que procedía de ella, parecía haber menos peligro en hacerlo. Fue apoyada por las susceptibilidades del instinto natural y consecuente con las murmuraciones de la duda. Parecía ser un expediente probable para realizar la promesa de Dios. Y sin poner objeción, o referir el asunto a Dios, adoptó la proposición: «Y escuchó Abraham la voz de Sarai».

Es siempre difícil resistir la tentación cuando apela al instinto natural o al temor desconfiado. En semejante hora, si el Salvador no nos guarda, hay poca esperanza de resistir el doble asalto. Pero la tentación es todavía más peligrosa cuando es presentada no por algún demonio repulsivo, sino por algún objeto de nuestro amor.

Debemos tener mucho recelo de seguir las sugerencias de los que no tienen tantos adelantos como nosotros en la vida divina. Lo que parezca bien para ellos puede ser terriblemente malo para nosotros. Y deberíamos ser especialmente cuidadosos para criticar y ponderar cualquier tendencia que concuerde con nuestro instinto natural: «Si te incitare en secreto la mujer de tu seno, o tu amigo, que es para ti como tu misma alma (...), no condesciendas con él, ni le escuches; ni tampoco le perdones tu ojo, ni le tengas piedad, ni le protejas» (Dt. 13:6-8).

¿Pero no indica el consentimiento del alma a semejantes sugerencias cuán lejos está de hallarse muerto el *yo*?

Luego que se obtuvo el fin, los resultados, como una cosecha de ortigas, comenzaron a presentarse en aquel hogar, que había sido morada de pureza y felicidad, pero que estaba ahora destinado a ser la escena de la discordia. Alzada a un puesto de rivalidad con Sara, y esperando dar a Abraham el hijo por tanto tiempo deseado, y un joven amo al campamento, Agar menospreciaba a su ama estéril, y no se cuidó de ocultar su desprecio.

Esto era más de lo que podía soportar Sara. Le era más fácil hacer un acto heroico de sacrificio de sí misma, que soportar cada día la conducta insolente de la criada a quien ella misma había exaltado a este puesto. Y no fue ella razonable en su enojo; en lugar de asumir ella misma la responsabilidad de haber causado las condiciones funestas, tan llenas de miseria para sí misma, reprochó apasionadamente a su marido, diciéndole: «Mi agravio recaiga sobre ti (...) juzgue Jehová entre tú y yo» (Gn. 16:5).

¡Cómo concuerda esto con la naturaleza humana! Damos un paso falso, no sancionado por Dios, y cuando comenzamos a descubrir nuestra

equivocación, nos entregamos a expresiones de orgullo herido. Pero en lugar de reprendernos a nosotros mismos, culpamos a otros, a quienes hemos instigado a ir por un camino torcido, y los reprochamos amargamente por los perjuicios de los cuales ellos, a lo más, no fueron sino instrumentos, siendo nosotros la causa final.

De este expediente carnal resultaron muchos pesares. Pesar para Sara, quien en esta ocasión, como después, debe haber apurado hasta las amargas heces, la copa de la hiel, la de los celos y el orgullo herido, de la cual corren como la hirviente lava de cráter de un volcán. Pesar para Agar, echada como una desterrada del hogar del cual ella había soñado llegar a ser ama, y en el que ella había pensado ser esencial. ¡Qué amarga decepción! Pesar para Abraham que sentía separarse de una quien según toda la apariencia humana, había de ser la madre del hijo que había de bendecir su vida; herido, además de esto, por la inusitada amargura de los reproches de su mujer.

Tan seguramente como que Dios reina, todo procedimiento egoísta nos envolverá en pesar indecible que despedazará el corazón: «De aquí pues en adelante, tendrás guerras».

Abraham, con respecto a la paz de su hogar, no osaba interponerse entre su esposa y la esclava de ella: «He aquí -dijo él- tu sierva está en tu mano, haz con ella como bien te pareciere».

Pronta para obrar sobre este consentimiento tácito, la señora irritada trató con tanta dureza a la muchacha, que huyó de delante de su rostro, y tomó el camino, pisado por las caravanas, hacia su tierra natal... «El Ángel del Señor», (y aquí, por primera vez, se usa aquella expresión significativa, que es tenida por muchos como que expresa alguna manifestación evidente del Hijo de Dios en forma de ángel) la halló junto a una fuente de agua, que fue bien conocida en los días de Moisés. Allí, fatigada, cansada y solitaria se sentó para descansar.

¡Con cuánta frecuencia nos halla todavía el Ángel del Señor en nuestra extremada angustia! Cuando estamos abandonando el puesto que nos había sido asignado, cuando estamos evitando la cruz. Y qué preguntas podrían ser más pertinentes, para Agar o para nosotros: «¿De dónde vienes? ¿Y a dónde vas?». Es decir: ¿Cuál es tu origen? ¿Y cuál tu destino?

Entonces siguió el mandato claro y distinto, que siempre se aplica a nosotros: «Vuelve, y ponte sumisa».

Somos todos propensos a obrar como lo hizo Agar. Si nuestra suerte es dura, y nuestra cruz pesada, nos marchamos empujados por la impaciencia y el orgullo herido. Evitamos la disciplina, evadimos el yugo; nos abrimos nosotros mismos el camino para salir de la dificultad. Nunca nos pondremos bien así. ¡Nunca! Debemos volver sobre nuestros pasos, debemos humildemente doblar nuestra cerviz bajo el yugo. Debemos aceptar el destino que Dios ha ordenado para nosotros, aun cuando sea el resultado de la crueldad y pecado de otros. Venceremos, sometiéndonos. Escaparemos, volviendo. Nos haremos libres ofreciéndonos para ser esclavizados. Al fin, cuando la lección se haya aprendido perfectamente, la puerta de la cárcel se abrirá de por sí.

Entre tanto, el corazón del pródigo es alentado por una promesa (véase Gn. 16:10). El Ángel del Señor descubre todos los resultados benditos de la obediencia. Y al considerar esto el espíritu, halla que el camino para la casa ya no está forrado de piedras, sino que está suavizado con flores.

Ni es esto todo, sino en adición a la promesa, entra en el alma el concepto de Uno que vive y ve, que vive para vengar a los injuriados y defender a los impotentes, y que ve toda lágrima y dolor del alma afligida: «Tú eres un Dios que ves».

No como aquellos ciegos ídolos egipcios que miran con ojos de piedra a través del desierto; tienen ojos, pero no ven.

Detengamos con frecuencia el zumbido de las lanzaderas de la vida, para decirnos suavemente a nosotros mismos: «Dios está aquí, Dios está cercano, Dios nos ve. Él proveerá, defenderá, vengará». Porque «los ojos del Señor recorren toda la Tierra» (Zac. 4:10).

Capítulo 13

Sé perfecto

Trece largos años pasaron lentamente después de la vuelta de Agar al campamento de Abraham. El niño Ismael nació, y creció en la casa del patriarca: el heredero reconocido del campamento, y sin embargo, mostrando síntomas de la naturaleza indómita de que había hablado el ángel (véase Gn. 16:12). No poco perplejo debe haber estado Abraham con estas extrañas manifestaciones. Con todo, el corazón del anciano amaba al jovencito, y tenía placer en él, rogando con frecuencia que Ismael viviera delante de Dios.

Y por aquel largo período no hubo nueva aparición, ni nuevo anuncio. Nunca, desde que Dios le había hablado en Harán, había habido una pausa tan larga. Semejantes silencios siempre han ejercitado los corazones de los santos de Dios, haciéndoles decir como el salmista: «No guardes silencio conmigo; no sea que estando Tú callado para conmigo, yo venga a ser como los que bajan al hoyo» (Sal. 28:1).

Y sin embargo, son para el corazón lo que es el largo silencio del invierno para el mundo de la naturaleza, preparándola para la apertura de la primavera.

Hay quienes siempre desean apariciones divinas, manifestaciones especiales, voces celestiales. Si esto se les niega, casi se les despedaza el corazón. Y su vida tiende a un anhelo incesante de alguna evidencia asombrosa de la proximidad de Dios y de su amor. Esta fiebre es malsana y equivocada. Semejantes manifestaciones son, en verdad, deleitosas; pero son dadas como gozosas sorpresas, y no como la regla de la vida cristiana. Es verdad que probablemente nos son negadas cuando andamos a una distancia de Dios, o permitiéndonos frialdad de corazón y pecado. Pero no es así siempre. Y cuando el hijo de Dios ha perdido estas felices visitaciones por largos y tristes intervalos, entonces tiene que creerse que son negadas, no a consecuencia de algún pecado palpable, sino para probar la vida interior, y enseñar la necesidad de basarla sobre la fe, antes bien que en los sentimientos, por más alegres que sean, o en experiencias, por más divinas que sean.

Al fin «siendo Abraham de edad de noventa y nueve años», el Señor volvió a aparecerle, y le dio una nueva revelación de Sí mismo; desarrolló los términos de su pacto, y le dirigió aquel memorable mandato, que suena aun en el oído y el corazón: «Anda delante de Mí, y sé perfecto».

Con frecuencia se supone que «perfección» denota la impecabilidad del carácter moral que a lo mejor no es sino un concepto negativo, y deja de sacar la fuerza positiva de esta poderosa palabra.

Seguramente «perfección» significa más que impecabilidad. Y si esto se admite, y es hecha también la admisión de que contiene el pensamiento de entereza moral, entonces se hace todavía más absurdo que cualquier mortal la afirme de sí mismo. La misma aversión muestra la falta de semejante cosa y revela poco conocimiento de la vida interior y de la naturaleza del pecado. La impecabilidad absoluta es seguramente imposible para nosotros, mientras no tengamos conocimiento perfecto; porque así como está creciendo de continuo nuestra luz, así estamos de continuo descubriendo mal en las cosas a las que antes consentíamos sin compunción, y si los que afirman su impecabilidad viven sólo unos pocos años más, y siguen creciendo, serán compelidos a admitir, si son justos consigo mismos, que hubo mal en cosas que ahora creen son inocentes.

Pero ya sea que lo admitan o no, sus yerros no son menos pecaminosos a la vista del santo Dios, aunque no sean descubiertos por su propio juicio falible. Y en cuanto a la entereza moral, basta comparar al mejor hombre que hemos conocido con la perfecta belleza del Dios encarnado, para sentir cuán monstruoso es semejante aserto. Seguramente el lenguaje del apóstol Pablo conviene mejor a nuestros labios, cuando exclama: «No que yo haya recibido el premio, o haya sido ya perfeccionado, mas sigo adelante».

Tal vez, en el meridiano de la eternidad, semejantes palabras convengan aún a nuestros labios.

Además de todo esto, a la palabra «perfecto» puede atribuírsele un significado muy distinto del que con frecuencia se le da. Por ejemplo, cuando se nos dice que el hombre de Dios debe ser perfecto (véase 2 Ti. 3:17), el pensamiento fundamental, como admitiría cualquier erudito, es el de que un obrero sea «cumplidamente instruido para toda obra buena», como cuando un carpintero viene a la casa, trayendo en su mano una bolsa en la que todos los instrumentos necesarios se hallan a la mano.

También, cuando nos unimos en la oración de que el Dios de paz nos haga perfectos en toda obra buena para hacer su voluntad, estamos en efecto rogando que seamos injertados con el bendito Señor; de modo que la gloriosa cabeza pueda libremente asegurar, por medio de nosotros, el cumplimiento de su voluntad (véase Mt. 5:48; He. 13: 20 y 21). También cuando nuestro Señor nos manda ser perfectos como nuestro Padre en el Cielo es perfecto, sencillamente nos incita a aquella «imparcialidad de misericordia» que no conoce distinciones de buenos y malos, de injustos y justos, sino que distribuye sus favores con mano abundante e imparcial.

¿Qué, pues, es la verdadera fuerza y significado de esta palabra en aquel mandato enérgico que tenemos delante? Una comparación de los distintos pasajes donde ocurre establece su significado fuera de duda y nos compele a hallar el concepto de cordial ascenso: denota la rendición entera del ser. Esta cualidad de devoción entera siempre ha sido cara a Dios. Fue esto lo que consideró en Job, y amó en David. Es a favor de esto por lo que sus ojos corren de acá para allá para mostrarse fuerte (véase 2 Cr. 16:9). Y es esto la que Él pidió a Abraham, devoción absoluta, y fue porque lo encontró en él, en su carácter y obediencia, por lo que entró en vínculos de un pacto eterno. De aquí que cada lector vuelva de la página impresa, al registro de la vida interior que sólo Dios puede leer, y se pregunte: «¿Es mi corazón perfecto para con Dios? ¿Tengo yo un corazón entero para con Él?». Ya lo dijo Jesús: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz» (Mt. 6:22).

Debemos cultivar el hábito de sentir que Dios está cercano, como un amigo de quien nunca quisiéramos ser separados, en el trabajo, en oración, en reposo. Debemos guardarnos contra la intranquilidad e impetuosidad, la excesiva ansia e impaciencia, que ahogan los acentos de su voz callada y suave. Debemos abjurar de todos los proyectos que Él no inspira, todos los actos que Él no promueve. Debemos con frecuencia volvernos del amigo, del poema, la perspectiva, o la tarea, para mirar su rostro con una sonrisa de reconocimiento. Debemos de continuo tener los relojes que llevamos contra nuestros corazones sincronizados con sus movimientos eternos. Todo esto debe ser. Y, sin embargo, no seremos forzados a vivir una vida que no sea natural.

Acaso no hay quienes sean tan alegres o libres de cuidado como nosotros. Todos los círculos de nuestra vida diaria seguirán su curso en orden y belleza no alterada; así como cada plateada luna gira alrededor de su planeta porque el planeta obedece la ley de gravitación hacia el sol. ¿Quisieras tú

andar delante de Dios? Entonces que no haya nada en el corazón o la vida que no quieras abrir para la inspección de su ojo santo y compasivo.

En los tratos de Dios con los hombres, hallarás inevitablemente que alguna revelación trascendental precede al llamamiento divino a un deber nuevo y difícil; la promesa abre la puerta al precepto: da lo que manda, antes de mandar lo que quiere. Sobre este principio, Dios obró aquí: «Yo soy el Dios Todopoderoso (el *shaddai*)» (Gn. 17:1).

¡Qué revelación más impresionante de Dios a Abraham! ¡Con qué nuevo Nombre se presentó delante de su siervo! Y es que no era tarea de niño a la que Dios estaba llamando a Abraham. Andar siempre delante de Él, ser perfecto en devoción y obediencia, cuando tantas luces contradictorias tenían distraída, fascinada y perpleja al alma, negarse todos los métodos de ayudarse a sí mismo por más tentadores que fueran, estar separado de todas las alianzas que otros se permitían o seguían: esto era mucho. Y esto no era posible sino por el poder del Todopoderoso.

Es como si Dios le dijera: «Todo poder es mío en el Cielo y en la Tierra. Desde la antigüedad Yo puse los cimientos de la Tierra, y los Cielos son obra de mis manos. Yo estoy sentado sobre el círculo de la Tierra; y sus habitantes me son como langostas. Yo saco por cuenta la hueste de las estrellas llamándolas a todas por sus nombres. A causa de la grandeza de mis fuerzas y la pujanza de mi poder, no deja de presentarse ninguna de ellas. ¿Acaso tú no sabes que el Dios eterno, Jehová, el Creador de los fines de la Tierra, no desfallece ni aún se cansa?».

Todo esto es tan cierto hoy día como en otro tiempo. Y si alguno quiere aventurarse en la senda de la separación, dejando toda la ayuda humana, contentándose con andar solo con Dios, hallará que todos los recursos de la potencia divina serán puestos a su disposición, y que los recursos de la Omnipotencia tienen que agotarse antes de que su causa fracase por falta de ayuda.

¡Oh, hijos de Dios! ¿Por qué andamos de acá para allá pidiendo ayuda del hombre, cuando el poder de Dios está dentro del alcance del corazón perfecto? Pero esta condición tiene que cumplirse antes de que aquel gran poder pueda ponerse en operación, en nuestro favor: «Al que venciere le daré una piedrecita blanca, y esculpido en la piedrecita un nombre nuevo».

En el caso de Abraham, el nombre grabado sobre la resplandeciente joya, fue: «Yo soy el Dios Todopoderoso». Para Moisés fue: «Jehová». Y para nosotros es: «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».

Un pacto es una promesa hecha bajo las circunstancias más solemnes, y que obliga a los que consienten en él de la manera más definida e impresionante. ¡Qué mortal no consentiría, cuando el Dios Todopoderoso se proponía entrar en pacto con su criatura, bien ordenado en todos los respetos y seguro y más firme que los montes sempiternos!

«Pondré mi pacto entre Mí y ti» (vs. 2).

Hubo aquí un adelanto notable. A saber, en Harán se le dijo:

«Haré de ti una gran nación».

En Bethel se le dijo:

«Tu simiente será como el polvo de la tierra».

En Mamre, se le dijo:

«Cuenta las estrellas, así será tu simiente».

Pero ahora, tres veces se le dice al patriarca que ha de ser el padre de muchas naciones, una frase explicada por el apóstol como incluyendo a todos, de toda la Tierra, los que participan de la fe de Abraham aunque no hayan descendido de él en la línea de descendencia natural (véase Gá. 3:7-29).

En memoria de aquella promesa, su nombre fue un poco cambiado, de modo que significaba el «padre de una multitud». «Haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti» (Gn. 17:6).

Así, nosotros somos incluidos en el círculo áureo de estas palabras, si creemos; y podemos reclamar la parte espiritual, al menos, de este pacto, que fue hecho con Abraham antes de que fuese circuncidado. Esta promesa espera su cumplimiento. Las palabras «para siempre» tienen que significar algo más que aquellos pocos siglos de dominio interrumpido e incierto.

Hasta entonces Abraham no había tenido otro pensamiento sino el de que Ismael había de ser su heredero. Pero esto no podía ser porque era hijo de la carne, y no un don directo de Dios. Abraham había sido hecho esperar hasta que la esperanza de hijos había llegado a ser remota... «Y Dios respondió: *Sara tu mujer te parirá hijo, y le darás el nombre de Isaac*» (vs. 19).

Finalmente, Dios le prometió ser el Dios de su simiente, y por consiguiente, el de nuestra simiente (véase He. 8:10). Nosotros, pues, debemos reclamar el cumplimiento de su promesa.

Capítulo 14

La señal del pacto

Tres veces en la Escritura, Abraham es llamado «el amigo de Dios». Así, en aquella hora de angustia, cuando vino al rey Josafat la noticia de aquella gran alianza pagana que había sido formada en contra de él, se paró en el templo y dijo: «¿No desposeíste Tú mismo, oh Dios nuestro, a los habitantes de esta tierra (...) y se la diste a la posteridad de tu amigo Abraham, para siempre?» (2 Cr. 20:7).

Y el apóstol Santiago, al fin de su argumento acerca de la fe y las obras, nos dice que cuando Abraham creyó en Dios, «fue contado a justicia; y fue llamado el amigo de Dios» (Stg. 2:23).

Pero, sobre todo, Jehová mismo usa el calificativo *amigo* y reconoce el vínculo sagrado entre este espíritu muy probado y Él mismo: «Tú Israel, siervo mío, y Jacob, a quien he escogido, simiente de mi amigo Abraham» (Is. 41:8).

Y casi parecería como si estos dos capítulos, Génesis 17 y 18, hubieran sido escritos con este propósito, entre otras cosas, para mostrar la familiaridad e intimidad que existieron entre el Dios eterno y el hombre que fue honrado con ser llamado su «amigo».

Sin embargo, al leerlos, no debemos suponer que hubo algo del todo excepcional y único en esta maravillosa historia. Sin duda es una narración verdadera de lo que sucedió hace más de tres mil años; pero seguramente también tiene la intención de que se presente como un ejemplo de la manera en que el Dios eterno quiere tratar a los santos de fiel corazón, en todas las edades. A centenares, y tal vez a millares de santos, Dios ha sido todo cuanto era para Abraham, y tiene voluntad para hacer todo eso para con nosotros también. Leamos estos antiguos renglones inundados por la luz arrojada sobre ellos por nuestro Salvador, cuando dijo: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, mas os he llamado amigos» (Jn. 15:15).

La amistad de Dios se nos ofrece libremente en Jesucristo nuestro Señor. No podemos merecerla. No podemos reclamarla como nuestro derecho. Somos sencillamente sus deudores en bancarrota para siempre, admirados de las

alturas y profundidades, las larguras y anchuras, de las riquezas inescrutables de su gracia. ¿No podemos decir que una causa de esta amistad es el anhelo del corazón del Eterno por compañerismo? Pero debe ser siempre un misterio por qué había de buscarlo entre nosotros, los hijos caídos de Adán, los habitantes de cuerpos de polvo, el peciolo de la pequeñísima hoja, llamada Tierra, en medio del abundante follaje del universo.

Seguramente al haberlo deseado Él, podría haber hallado, o podría haber creado una raza más noble, más obediente, más simpática, que nosotros. O, al menos, podría haber obtenido una que no le hubiera costado tan cara, puesto que ésta demandó de Él la angustia del Getsemaní y la sangre de la cruz. Y tal vez, nadie podría ser tan perfectamente compañero del Hijo de Dios por todas las edades, como aquellos hemos conocido la luz, porque hemos morado en la oscuridad, que conocemos la verdad porque hemos estado cogidos en las redes de la falsedad, y que podemos apreciar el amor, porque hemos estado en la tierra lejana, malgastando los bienes, viviendo disolutamente, pero que hemos sido redimidos por su sangre.

¡Pero qué destino tan asombroso está a nuestro alcance! ¡Uno al que los primogénitos de la luz podrían aspirar en vano! A lo mejor sólo pueden ser ministros, llamas de fuego, corazones de amor, poderosos en fuerza, escuchando su Palabra. Pero podemos ser los amigos de Dios, hijos e hijas del gran Rey, miembros del cuerpo de Cristo, constituidos en partes de su Esposa, en su incomparable hermosura y humildad para su esposo. Al escribir tales palabras, el cerebro apenas puede soportar el concepto que se le presenta de la felicidad que nos espera, tanto en este mundo como en aquellas edades que levantan su cabeza en lontananza, como líneas tras líneas de espumosas olas vienen del mar bañado de luz.

¡Oh, amigos de Dios! ¿Por qué no apreciáis en más vuestros privilegios trascendentales? ¿Por qué no le habláis acerca de todo lo que os fastidia y cansa, tan libremente como lo hacía Abraham, diciéndole de vuestros Ismaeles, vuestros Lots, y su conducta? ¿Por qué no caéis sobre vuestros rostros mientras Dios os habla? (Véase Gn. 17:3). La vida debería ser una larga plática entre vosotros y Dios. Ningún día, al menos, debe acabarse sin que le hablemos de toda nuestra historia a nuestro Señor paciente y amante; entrando en sus confidencias, aliviando nuestro corazón de la mitad de su pesar, y toda su amargura, en el acto de decirle todo. Y si tan sólo nos bajamos lo suficiente y guardamos silencio, oiremos sus acentos dulces y

conmovedores, suaves y apacibles, abriendo profundidades que ojo no ha visto, ni oído escuchado, pero que ha preparado para los que le aman y le esperan.

Hay, no obstante, tres condiciones que deberían ser cumplidas por nosotros si queremos gozar de esta bendita amistad: separación, pureza y obediencia; cada una de las cuales está representada en el rito de la circuncisión, que fue dado a Abraham para sí mismo y sus descendientes.

El rito de la circuncisión fue justamente mantenido entre los hijos de Abraham. A Moisés no le fue permitido emprender la obra de su vida, mientras su hijo fue dejado incircunciso. Ni le fue permitido al pueblo entrar a Canaán, hasta que hubieran quitado el reproche de Cansán, sometiéndose a este rito en el umbral de la tierra de promisión. Y se dice del niño Jesús que «cuando se hubieron cumplido ocho días para circuncidar al niño» (Lc. 2:21), según la costumbre judaica, fue «circuncidado al octavo día» (Fil. 3:5). Y nadie podía recibir beneficio de ofrenda por pecado o sacrificio si no había pasado por este rito inicial. Tan estricta era la línea de demarcación, que el judío contaba a los incircuncisos como inmundos, y no quería comer con ellos ni entrar en sus casas. Fue una acusación formal en contra del apóstol Pedro, cuando volvió a Jerusalén después de visitar la casa de Cornelio: «Tú entraste en sociedad de hombres incircuncisos, y comiste con ellos» (Hch. 11:3).

Fue por este asunto por lo que se hizo tan calurosa la controversia en la Iglesia primitiva. El partido farisaico tenía bastante voluntad en que los gentiles como ellos se reunieran en la Iglesia, con tal que se circuncidaran como judíos, pero no de otro modo. Hasta llegaron a decir: «A menos que seáis circuncidados conforme a la institución de Moisés, no podréis ser salvos» (Hch. 15: 1). Y, no contentos con afirmar esto en Antioquía y Jerusalén, enviaron a sus emisarios lejos y por todas partes, visitando especialmente a las iglesias que habían sido fundadas recientemente por el cuidado asiduo del apóstol Pablo, e insistiendo en la circuncisión de los nuevos conversos luego que él había vuelto la espalda.

No hubo modo posible de arreglar este asunto, y tanto el consejo en Jerusalén como el apóstol Pablo, guiados por el Espíritu de Dios, lo hicieron abundantemente, tanto por carta circular como por Epístola, que la circuncisión era parte del ritual temporario del judaísmo, que estaba destinado a pasar:

«Si recibís la circuncisión, Cristo de nada os aprovechará» (Gá. 5:2).
«En el hombre nuevo no hay circuncisión ni incircuncisión» (Col. 3:11).
«Porque la circuncisión no es nada, ni tampoco la incircuncisión, sino que lo que vale es la nueva criatura» (Gá. 6:15).

Y así este riesgo fue desviado de la Iglesia, que había estado en peligro de llegar a ser una institución judaica, una especie de círculo interior de la nación judaica, pero que desde entonces llegó a ser el lugar común de reunión para todos los que amaban y obedecían y confiaban en el Señor Jesús con sinceridad.

Al mismo tiempo, como sucedió con otros tantos ritos judaicos, hubo un espíritu interior que pasó a la Iglesia cristiana, y es nuestra herencia ahora. Pablo, el enemigo acérrimo del rito exterior, habla de la circuncisión espiritual, y dice que es hecha sin manos humanas, por la interposición del Espíritu Santo, y que consiste en «desvestirse plenamente del cuerpo de la carne» (Col. 2:11).

Oh, bendito Sumo Sacerdote, esto es lo que necesitamos, echa mano al cuchillo, y aunque nos cueste sangre, apresúrate a librarnos del dominio del mal y a constituirnos en la verdadera circuncisión: «Porque nosotros somos la verdadera circuncisión, los cuales adoramos a Dios en espíritu y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne» (Fil. 3:3).

Es sólo en proporción de cómo entendemos el significado espiritual de la circuncisión, que podemos entrar en la apropiación gozosa de la amistad de Dios. Si nosotros estamos dispuestos a recibirlo, nuestro Señor y Salvador es tan poderoso como dispuesto para efectuar en nosotros este bendito resultado espiritual.

Abraham y su simiente fueron señalados por este rito como un pueblo separado. Y es sólo como tales que cualesquiera de nosotros podemos ser admitidos en la amistad de Dios. El derramamiento de sangre y la muerte -la cruz y el sepulcro -deben estar entre nosotros y nuestra propia vida pasada, sí, entre nosotros y toda complicidad con el mal. El único lugar de reunión para Cristo y sus discípulos es fuera del campamento, donde el terreno es todavía pisado por los pies del Rey desterrado.

Hay veces cuando somos expresamente mandados a quedarnos donde fuimos originalmente llamados de Dios; pero esto será por propósitos especiales del ministerio, y porque las tinieblas tienen necesidad de luz y el

cadáver necesita de sal. Por lo regular, la nota del clarín suena para todos los que están deseosos de conocer la dulzura de la comunión divina: «Salid de en medio de ellos y separaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmunda, y Yo os recibiré, y seré vuestro Padre» (2 Co. 6: 17 y 18).

Esta fue la clave en la vida de Abraham, y es el significado interior del rito de la circuncisión...

«Desvistiéndoos enteramente del cuerpo de la carne, por medio de la circuncisión de Cristo» (Col. 2:11).

Apenas hay otra gracia más querida de Dios que esta: guardarse tan blanco como el lirio en medio del ambiente contaminador, andar con ropa inmaculada aún en Sardis, ser tan sensible a la mácula de impureza, como lo es la nariz más delicada a un mal olor. Esta es una condición de gran precio a la vista de Dios, y una a la que se revela Él mismo: «Bienaventurados los de limpio corazón porque ellos verán a Dios» (Mt. 5:8).

La pureza sólo puede alcanzarse por la gracia especial del Espíritu Santo, y haciendo dos cosas: primero, volviéndolos instantáneamente de párrafos en los periódicos, o grabados en las paredes, y todas las demás cosas, que despiertan imaginaciones impuras, y en segundo lugar, pidiendo inmediatamente perdón, cuando somos conscientes de haber cedido, aún por un momento, a las fascinaciones fatales e insidiosas de la carne.

Hay quienes suspiran por la rosa blanca de la castidad, con una especie de desesperación de que alguna vez llegue a ser suya. Se olvidan de que no es posible, sino pidiéndola por la gracia de Cristo, y por el Espíritu Santo, cuyos templos profesamos ser. Confiemos en que Él guarde lo que es suyo en la perfecta belleza de aquella pureza y castidad que son tan caras a Dios. Para Abraham este rito podía haber sido menos necesario que para algunos de su campamento. Pero, tan pronto como se le mandó, fue cumplido: «En aquel mismo día fue circuncidado Abraham con Ismael su hijo».

Y es que la obediencia instantánea al deber conocido es una condición indispensable de toda la intimidad con Dios: y si el deber es enfadoso y difícil, entonces acuérdate de reclamar aún más de la gracia divina, porque no hay deber, a que seamos llamados, para el desempeño del cual no haya suficiente gracia dentro de nuestro alcance, si tan sólo extendemos la mano para tomarla.

No obedecemos a fin de hacernos amigos, pero habiendo llegado a ser amigos, nos apresuramos para obedecer. El amor es más inexorable que la ley. Y por el amor de Aquel que nos llama con un título tan caro, nos regocijamos de emprender y desempeñar lo que el Sinaí con todos sus truenos podría esforzarnos a procurar hacerlo.

De los secretos que serán revelados, de los deleites que serán experimentados, de las bendiciones que serán dadas en círculos que siempre van ensanchándose, por la amistad de este hombre con Dios, no tenemos espacio para hablar. Esto, sin embargo, es cierto, que el alma se ríe para sí, no con incredulidad, sino con el regocijo incontrolable de ser consciente de la aceptación y el amor de Dios.

Capítulo 15

El huésped divino

Cuando en el curso de alguna procesión real un soberano condesciende a posar en el hogar de uno de los súbditos de su dominio, el acontecimiento llega de una vez a ser el tema de crónicas, y la familia escogida para recibir un honor tan alto es mirada con el más profundo respeto. Pero ¿qué hemos de decir en presencia de tal episodio como lo es aquel en el que el Dios del Cielo vino a ser el huésped de su siervo Abraham?

No hay duda en cuanto al augusto carácter de uno de los tres que, en aquella tarde memorable, cuando toda cosa viviente buscaba abrigo del calor del mediodía, visitó la tienda del patriarca Abraham. En el primer versículo del capítulo 18 de Génesis se nos dice expresamente que Jehová se le apareció en las llanuras de Mamre, estando él sentado en la puerta de la tienda en el calor del día. Y en el versículo 10 está el acento de la Deidad, que es el único que puede crear la vida, y para quien nada es demasiado difícil, en las palabras de promesa que dicen cuán seguramente Sara había de tener un hijo. Y, además de esto se nos dice que dos ángeles llegaron a Sodoma, a la tarde. Evidentemente eran dos de los tres que se habían sentado como visitantes de Abraham debajo del árbol que sombreaba su tienda en el caluroso mediodía. Pero, en cuanto al otro, que durante las maravillosas horas había sido el único que hablaba, su dignidad está descubierta en el asombroso coloquio en las alturas de Mamre, cuando Abraham se quedó todavía delante de Jehová, e intercedió con Él como el juez de toda la Tierra. Fue así como el hijo de Dios anticipó su encarnación; y fue hallado en forma de hombre antes de que se hiciera hombre. Le gustaba venir de incógnito a los hogares de aquellos a quienes amaba como sus amigos, aún antes de venir a las cumbres del Olivete, para hacer su hogar en la casa favorecida, donde su espíritu descansó del bullicio de la gran ciudad, y se reforzó para la cruz y el sepulcro «regocijándome en su tierra habitada, siendo mis delicias el estar con los hijos de los hombres» (Pr. 8:31).

¡Qué maravilla! Ante tal hecho, no podemos menos que preguntar como Salomón: «Empero ¿habitará verdaderamente Dios sobre la Tierra? He aquí que los Cielos y los ciclos de los Cielos no te pueden abarcar, ¿cuánto menos esta casa que yo acabo de edificar?» (1 R. 8:27).

Esta cuestión ha sido resuelta para siempre por Dios mismo, en las majestuosas palabras: «Porque así dice el Alto y el Excelso, que habita en la eternidad, y cuyo Nombre es Santo: *Yo habito en el lugar alto y excelso; también con aquel que es de espíritu contrito y humilde; para revivificar el espíritu de los humildes, y para revivificar el corazón de los contritos*» (Is. 57:15).

Y la vida de nuestro bendito Maestro es un comentario deleitoso sobre estas grandes afirmaciones. Así, dijo a un publicano: «Zaqueo date prisa y desciende, porque es menester que hoy pose en tu casa».

Del mismo modo, fue al hogar de Pedro y fue servido por la suegra, a quien había levantado de las puertas del sepulcro. Y después de su resurrección, entró en la humilde posada de los dos discípulos en cuya compañía había andado desde Jerusalén, procurando secar sus lágrimas por el camino.

Ni es esto todo. No hay corazón tan humilde en el que no quiera entrar. No hay hogar tan humilde en donde no gustará entrar. No hay mesa tan pobremente provista, en la que rehusará sentarse, volviendo el agua en vino, multiplicando los panes y peces, y convirtiendo la sencilla comida en una ordenanza. Cuando está sentado a la mesa con aquellos a quienes ama todavía, toma el pan, y lo bendice, y lo parte y se los da (véase Lc. 24:30). A cada uno y a todos dice, poniéndose de pie, cargado con ropas blancas, colirio para los ojos, oro y viandas para la cena: «¡He aquí, Yo estoy de pie a la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo» (Ap. 3:20).

Evidentemente, Abraham no entendió al principio el significado del episodio en que tomaba parte. De la misma manera, con frecuencia dejamos de valor rectamente los caracteres con los cuales tenemos contacto. Es sólo cuando pasan de nosotros para siempre, y nos acordamos de ellos, que entendemos que hemos estado hospedando ángeles sin saberlo. Obremos siempre y en todas partes, de modo que al repasar nuestra conducta no tengamos nada que sentir; y no tengamos que reprocharnos por haber omitido algo que habríamos puesto en nuestro programa si tan sólo hubiéramos realizado nuestras oportunidades.

Abraham trató a sus visitantes con verdadera hospitalidad oriental. Corrió a encontrarlos y se inclinó hacia tierra. Ofreció agua para sus pies, y descanso para sus cuerpos fatigados, bajo la extendida sombra. Dijo a su esposa que

inmediatamente amasara pan para cocerlo sobre las piedras calientes. Corrió a escoger su becerro más tierno, no queriendo delegar la obra en manos de otro. Sirvió a sus visitantes él mismo, y se paró como un siervo al lado de ellos, en la sombra del árbol, mientras comían. Los cristianos tienen poco de qué jactarse -y bastante que aprender- al considerar la conducta de este santo de la antigüedad, y su trato a los tres extraños que vinieron a su tienda. La fe que él tenía para con Dios tenía un aspecto muy encantador para con los hombres. No había nada en él que fuese austero o repugnante; pero sí mucho que era muy amable, y rebosando con la leche de la bondad humana.

¿No puede ser que Cristo venga a nosotros con frecuencia a guisa de un extraño? Pero estamos demasiado ocupados, o demasiado cansados, o recelamos demasiado; y, por esto o le rehusamos del todo, o le tratamos tan mal, que pasa inadvertido, para llevar a otra persona la bendición que habría dejado con nosotros si tan sólo nos hubiéramos mostrado dignos.

¿No nos prueba así? Por supuesto si viniera en su esplendor manifiesto como el Hijo del Altísimo, todo el mundo le recibiría, y le proveería una hospitalidad suntuosa. Pero esto no revelaría nuestro verdadero carácter. Y por esto viene a nosotros como un hombre cansado del camino, con hambre y sed; o como un extraño, desnudo y enfermo. Los que son afines a Él le tendrán compasión, sea cual fuere el disfraz con que venga, aunque no le reconozcan, y se sorprenderán al saber que alguna vez le ministraron. Por otra parte, los que no son realmente suyos, dejarán de reconocerle, le dejarán ir sin recibir socorro. Y se despertarán para encontrar que «en cuanto no lo hicieron a uno de estos sus hermanos pequeñitos, ni a Él lo hicieron» (Mt. 25:45).

Dios nunca nos deja, debiéndonos algo. Tiene cuidado en pagar la hospitalidad que se le brinda, real y divinamente. Usa la red de Pedro y se la devuelve casi sumergida por el peso de los peces que había hecho entrar en la red. Se sienta con sus amigos a una fiesta de bodas rurales y paga su sencilla comida con tinajas de agua convertida en vino. Hace uso de los cinco panes de cebada y dos peces pequeños; pero llena al jovencito con una comida abundante. Envía a su profeta a posar con una viuda, y provee harina y aceite para él y ella por muchos días. Y Abraham no perdió nada por su franca hospitalidad; porque, comiendo ellos, el Señor predijo el nacimiento del niño de Sara: «Al plazo fijo volveré a ti el año entrante, y Sara tendrá un hijo».

Sara estaba sentada al otro lado de la cortina delgada de pelo de camello, apartada según la costumbre oriental para las de alto rango; y al oír las palabras se rió dentro de sí con incredulidad. Aquella risa fue notada desde luego por Aquel de cuya vista nada puede estar escondido y cuyos ojos son como una llama de fuego: «Y dijo Jehová a Abraham: *¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ‘¿Será cierto que yo he de parir, ahora que he envejecido?’ ¿Hay cosa alguna demasiado difícil para Jehová?»*.

Con todo, Sara, en el fondo, demostró ser una mujer de fe, y por eso aparece en el gran capítulo de los hombres y mujeres de fe: «Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido» (He. 11:11).

Esta es la verdadera ley de la fe: no mires tu fe ni tus sentimientos, sino mira la palabra de promesa y, sobre todo, a Aquel que promete. Estudia la puntualidad de sus ordenanzas en el firmamento estrellado. ¿Dejan alguna vez los planetas de girar? ¿O se olvidan las estaciones de venir a su tiempo? Con cuánta exactitud ha guardado su palabra con las naciones del pasado, cuyas ciudades arruinadas atestiguan sus juicios. ¿Ha dejado alguna vez de guardar su palabra? ¿Hay alguna razón concebible por la cual no debería guardarla? Su poder es omnipotente ¿y habría alguna vez prometido lo que no podía cumplir? «Fiel es el que ha prometido».

Mira desde la fe hasta la promesa, y desde la promesa a Aquel que prometió. Y así como llegamos a estar conscientes de que poseemos el poder de ver mientras miramos cualquier objeto al que dirigimos la vista, así llegaremos a ser conscientes de la presencia y el crecimiento de la fe, al mirar a nuestro Dios fiel.

«¡Ah Jehová Señor! He aquí que Tú hiciste los Cielos y la Tierra, con tu gran poder y con tu brazo extendido; y no hay cosa alguna que sea demasiado difícil para Ti» (Jer. 32:17).

En efecto, como lo halló Sara, todas las cosas son posibles para los que creen. La única cosa que estorba a Dios es nuestra incredulidad. Sara tenía que creer, y Abraham también, antes de que naciera el hijo de la promesa. Y así debe ser con nosotros. Luego que creemos, entonces, de acuerdo con nuestra fe, se nos hace; sí, infinitamente más de todo cuanto habíamos pedido o pensado.

Puede parecer difícil que los pecados de una vida sean perdonados; pero Dios lo hará por cualquier alma arrepentida y confiada. Todos los que creen en Cristo son justificados de todas las cosas (véase Hch. 13:39). Puede parecer difícil que nuestras almas desnudas sean revestidas con ropa adecuada para el palacio real; pero será así, si tenemos fe, porque «la justicia de Cristo es imputada y contada para los que creen» (Ro. 3:22). Puede parecer difícil que los rebeldes lleguen a ser hijos; sin embargo, esto también será, porque «a los que le reciben les da potestad de ser llamados hijos de Dios» (Jn. 1:12).

Preguntas cómo has de obtener esta fe. Acuérdate de que la fe es la actitud receptiva del alma, producida y mantenida por la gracia de Dios. Cristo es el Autor y Consumador de la fe; no solamente en la experiencia abstracta del alma sino en la personal. La fe es el don de Dios. Si, pues, quieres recibirla con tu voluntad del lado de Cristo, no un deseo pasajero, sino toda la voluntad de tu ser, ten la voluntad de creer con paciencia; que sean dirigidas tus miradas siempre al Señor. Estudia las promesas de Dios, considera la naturaleza de Dios, está preparado para deshacerte de todo cuanto entristezca su Santo Espíritu; y es tan cierto como es la verdad de Cristo, que tendrás engendrada y mantenida en ti la fe que puede remover montañas y reír de los imposibles.

Y en respuesta a semejante fe, vendrá Dios, no como un transeúnte, sino para quedarse; para sentarse a comer y platicar con el alma en comunión santa y reforzador, a fin de llenarla con la verdadera risa; y para dejar tras sí promesas que pronto llegarán a ser hechos cumplidos: «He aquí, el tabernáculo de Dios está con los hombres, y Él habitará con ellos, y ellos serán pueblo suyo, y el mismo Dios con ellos estará, como Dios suyo» (Ap. 21:3).

Capítulo 16

Rogando por Sodoma

Cuando pasó el día, los visitantes misteriosos de Abraham se fueron, cruzando los cerros hacia Sodoma, y Abraham fue con ellos para encaminarlos. Pero no llegaron los tres a la ciudad inicua, sobre la cual las nubes llenas de truenos ya habían comenzado a reunirse. Esa tarde dos ángeles entraron en ella, solos. ¿Y dónde estaba su compañero? Se había quedado atrás para hablar aún más con su amigo. La tradición todavía enseña el sitio sobre los cerros, en el cual comienza una cañada larga y pendiente hasta las aguas sombrías del Mar Muerto, donde se detuvo el Señor para decir a Abraham todo cuanto tenía en su corazón.

¿Por qué no acompañó el Señor a sus ángeles a Sodoma? ¿Sería porque la venganza es su obra extraña, y en la que no puede tomar placer? Seguramente conviene a la dignidad del juez soberano confiar a otros la ejecución de sus decretos: «Enviaré el Hijo del hombre sus ángeles, y ellos recogerán de entre su Reino a todos los que sirven de tropiezo, y los que hacen iniquidad» (Mt. 13:41).

Pero había una razón más profunda todavía. Abraham era el «amigo de Dios», y la amistad constituye un motivo para ser el confidente de secretos escondidos de todos los demás: «Ya no os llamo siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas os he llamado amigos, porque cuantas cosas he oído de parte de mi Padre, os las he dado a conocer» (Jn. 15:15).

Si vivimos cerca de Dios nos serán reveladas muchas cosas que están escondidas de los sabios y prudentes: «Porque Yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio» (Gn. 18:19).

¿Temería Él que Abraham y sus hijos dudaran de la justicia y el juicio de Dios si los juicios eran sumariamente ejecutados sobre los inicuos, y si las ciudades de la llanura eran destruidas sin ninguna revelación de su pecado por una parte, y el ejercicio de la misericordia divina por la otra? Ciertamente esto ha puesto el carácter divino en una luz enteramente diferente, donde se nos ha permitido, en tal caso como éste, entender algunos de los motivos que han movido a Dios en su bondad o severidad. Y aunque sus juicios tienen que ser siempre un gran abismo, sin embargo un coloquio

tan maravilloso como es éste, brilla sobre ellos, así como el arco iris tiembla en su incomparable belleza sobre las profundidades de las cataratas del Niágara. «El clamor de Sodoma y Gomorra es mucho».

¡Qué expresión tan maravillosa es ésta! Allá, lejos en el valle, bañadas por el esplendor del sol que brillaba en el occidente, se veían las ciudades culpables, quietas y pacíficas. Ningún sonido llegaba al oído del patriarca, ni aun el rumor que los aeronautas descubren en las alturas vertiginosas del aire, donde viajan en su aventurado camino, pasando por grandes ciudades muy abajo de ellos, que anuncian su existencia con su voz. Aunque Sodoma parecía silenciosa en la lejana distancia, y en la quietud del día que fenecía, con todo, para Dios había clamor: el grito de la Tierra que se veía compelida a llevar semejante cicatriz, el clamor de la creación inanimada, gimiendo con pena, el llanto de los oprimidos, las víctimas de la violencia y concupiscencia humanas. Sí, estos eran los clamores que habían entrado en el oído del Señor Jehová.

Dios, empero, siempre indaga cuidadosamente el verdadero estado del caso, antes de premiar, o de ejecutar sus sentencias. Viene buscando fruto por tres años antes de dar la orden de cortar el árbol que inutiliza el suelo de la viña. Anda por nuestras calles de día y de noche. Ronda nuestros caminos reales, notándolo todo, no pasando por alto nada. Se desliza sin ser convidado en nuestros retiros más secretos; porque todas las cosas están desnudas y patentes delante de los ojos de Aquel con quien tenemos que vérnoslas. Está preparado, y aun más, anhela considerar cualquier excusa. Pero pecado flagrante como el que se perpetró en Sodoma aquella misma noche basta para resolver para siempre la suerte de una comunidad inicua, cuando tiene que presentarse ante el tribunal de Aquel que es tanto el Juez como el Testigo... «Y si no, lo he de saber».

Había algo muy siniestro en todas estas palabras, que como entendió Abraham, claramente indicaban la destrucción inminente del lugar; porque en su oración alude repetidas veces a la inminencia de la destrucción: «¿Es así que vas a destruir al justo con el inicuo?».

¿Pero qué hay que no sepa Dios? «Las tinieblas y la luz son todas iguales para Él». Sin embargo, dice: «lo he de saber».

Luego que se hubieron ido los ángeles dejando a Abraham a solas con el Señor, fue completamente impresionado por la revelación que le había sido

hecha; y su mente se llenó de un tumulto de emociones. Apenas osó altercar con Dios. ¿Qué era él sino «polvo y ceniza»? Y sin embargo, fue compelido a hacer algún esfuerzo para desviar la destrucción que amenazaba a las ciudades de la llanura.

Las razones que le movieron eran dobles... Por un lado, sentía una ansiedad natural acerca de su pariente Lot. Habían pasado veinte años desde que Lot le había dejado; pero nunca había cesado de seguirle con el afecto más tierno. No podía olvidar que era el hijo de su hermano muerto Harán, que él había sido su tutor, que había sufrido las penalidades del desierto en su compañía. Todo esto había estado presente en su mente cuando pocos años antes, había hecho un esfuerzo heroico para librarlo de las manos de Kedorlaomer. Y ahora el fuerte impulso del afecto natural le movió a hacer un gran esfuerzo para salvar Sodoma, por temor de que su sobrino pereciera en su destrucción. Y es que la verdadera religión tiende no a destruir sino a cumplir todos los impulsos del amor natural.

Pero tenía miedo también de que la destrucción total de las ciudades de la llanura inclinara la mente de los pueblos vecinos en contra del carácter de Dios. Abraham no negó que la suerte que estaba para sobrevenirles era merecida para muchos de los habitantes de aquel enervante y lujurioso valle, pero no pudo permitirse suponer que toda la población fuese igualmente degradada; y temía que si todos eran sumariamente destruidos, las naciones en derredor tendrían excusa de reprochar de injusto a su Dios y le acusarían de impiedad, alegando que destruía a los justos con los injustos.

El carácter de Dios siempre ha sido caro en toda edad a sus siervos de tierno corazón. Moisés estuvo dispuesto a negarse el honor de ser el progenitor del pueblo escogido, antes que las naciones que habían oído de la fama Divina pudieran decir que Dios no podía meterlos en la tierra de promisión (véase Éx. 32:10; Nm. 14:12). Y cuando los ancianos de Israel huyeron delante de Hai, parece que Josué y los ancianos pensaron menos en el peligro de un levantamiento inmediato para destruirlos, que en lo que Dios haría por su gran Nombre. ¡Ojalá que tuviéramos más de esta noble devoción por los intereses y la gloria de nuestro Dios! ¡Ojalá que estuviéramos absorbidos por completo en todo lo que toca el honor del Nombre Divino entre los hombres, para que esto fuese el elemento supremo en nuestra ansiedad al mirar nosotros la tendencia de la opinión humana acerca de los estatutos de la providencia divina!

Esta pasión por la gloria de Dios ardía con una llama clara y fuerte en el corazón de Abraham; y de esto resultó su asombrosa intercesión. Cuando lleguemos a estar íntimamente identificados con los intereses de Dios como lo estaba él, llegaremos a sentir como él, y anhelaremos que el carácter divino sea vindicado entre los hijos de los hombres; contentos, si es necesario, de yacer moribundos en la trinchera, mientras podemos oír los gritos de triunfo en medio de los cuales nuestro Rey cabalga sobre nosotros a la victoria.

Los elementos en la intercesión de Abraham fueron una oración a solas. A saber, esperó hasta que sobre toda aquella amplia llanura y debajo de la bóveda del Cielo no hubiera hombre vivo que escuchara los maravillosos ruegos de una alma sobrecargada, como lo están los estanques, cuando después de las lluvias de la primavera, se desbordan... «Se quedó todavía en pie delante de Jehová».

Es fatal a toda la devoción más intensa y fuerte orar siempre en presencia de otros, aún los más caros amigos o familiares. Todo santo debe tener un lugar secreto cuya puerta pueda cerrar, y en donde puede orar al Padre que está en secreto. Miserable el hombre que no se atreve a presentarse delante de Dios cara a cara, y hablar con Él de sus caminos, y rogar por sus semejantes.

Fue ésta una oración prolongada: «Y Abraham se quedó todavía en pie delante de Jehová».

Se gastan sólo unos pocos minutos leyendo la historia, pero puede ser que la escena durara por espacio de horas enteras. No podemos subir apresuradamente los pináculos de la oración. Reclaman paciencia, trabajo, esfuerzo prolongado, para dejar las faldas bajas, y pasar la línea de las nubes, para que el alma aspirante llegue a aquella hendidura en el lado de la montaña, donde Moisés se paró bajo la sombra de la mano de Dios. Por supuesto, nuestro Dios está siempre alerta para oír y contestar aquellas oraciones que, como dardos, le arrojamus todo el día; pero no podemos mantener esta postura de oración jaculatoria, a menos que cultivemos las ocasiones prolongadas. ¡Qué bendiciones dejamos de recibir por no esperar delante de Dios! No dejamos al sol la oportunidad de derretirnos. No nos quedamos suficiente tiempo sobre el muelle para ver los buques volver cargados con las respuestas que hemos pedido. Si tan sólo hubiéramos quedado más tiempo en la puerta del palacio, podríamos haber visto al rey salir con una bendición en su cara y una largueza en las manos.

Fue, además, una oración muy humilde: «Yo te ruego no se encienda la ira del Señor, y hablaré solamente esta vez».

Acaso mientras más cerca llegamos a Dios, más conscientes somos de nuestra indignidad; justamente mientras más alto vuela el ave en el Cielo, más profundo será su reflejo en el lago plácido abajo. Que rivalice el gusano de luz con el sol de medio océano, que contienda el niño contra la inteligencia de un querubín, antes de que el hombre que vive cerca de Dios piense en ponerse en otra postura que no sea la más humilde ante su presencia. Delante de Él los ángeles cubren su rostro, y los Cielos no son limpios a su vista. ¿Y no es notable que nuestro sentimiento de debilidad sea una de nuestras pretensiones y argumentos más fuertes para con Dios?

La oración intercesora de Abraham se basaba en la creencia de que Dios poseía las mismas intuiciones morales que él mismo: «¿Vas a destruir al justo con el inicuo? (...) Lejos sea de ti el obrar de esta manera, que hagas morir al justo con el inicuo. El Juez de toda la Tierra ¿no ha de hacer justicia?» (Gn. 18: 23, 25).

Esto es infinitamente interesante. Es como si el patriarca mirara desde las tranquilas aguas de su propia integridad en las alturas azules del Ser Divino y viera allí entronizada una naturaleza moral, al menos tan recta, justa y veraz como la suya; y a ésta dirigió su ruego, seguro de una respuesta favorable.

Fue como si dijera: «Dios Todopoderoso, yo no podría pensar que fuera bueno destruir los justos con los inicuos; y estoy seguro de que hay muchos justos que no querrían hacerlo. Y si esto es obligatorio en el hombre, tiene que ser mucho más obligatorio en ti, porque Tú eres el juez de toda la Tierra».

Y Dios no se airó; al contrario, asintió al ruego de Abraham. Y es que Dios no puede ultrajar la naturaleza moral del hombre, que es hecha en la semejanza de la suya. Reposemos con paciencia, estando seguros de que cualquier apariencia contraria a la bondad y la justicia de Dios son las nieblas engendradas por nuestra propia naturaleza mala o nuestra inteligencia limitada, y que serán quitadas para que no oscurezcan aquella justicia sempiterna que es tan firme e inmutable como las grandes montañas. Seis veces Abraham renovó el asalto, y al paso que cada petición le fue concedida crecieron su fe y valor; y, hallando que había tocado una rica veta,

la trabajó repetidas veces. Parece a primera vista como si forzara a Dios a retirarse de punto a punto y arrancara lo que quería de una mano poco dispuesta. Pero esto es una equivocación. Para decir la verdad, Dios le atraía paso por paso; y si hubiera osado pedir al principio lo que pidió al fin, habría recibido más de lo que pidió o pensó, al mero principio de su intercesión. Este fue el tiempo de su educación. No aprendió desde luego la vasta extensión de la justicia y misericordia de Dios: subió las alturas vertiginosas paso por paso; y al subir cada paso, fue inspirado para aventurarse a dar otro. ¡Que lástima que se detuviera al pedir diez! No podemos adivinar lo que podría haber alcanzado a haber seguido. Como sucedió, el Todopoderoso fue obligado por las demandas de su propia naturaleza, a exceder los límites puestos por Abraham, sacando de Sodoma las únicas personas que podrían posiblemente ser contadas como «justas». Es cierto que Dios nos educa todavía. En círculos que siempre se ensanchan, tienta a sus aguilillas apenas emplumadas a probar la elasticidad del aire. Nos fuerza a pedir una cosa; y luego otra, y todavía otra. Y cuando hemos pedido hasta lo posible, quedan siempre restos no explorados y hace infinitamente más de todo cuanto podemos pedir. No hubo diez justos en Sodoma; pero Lot y su esposa y sus hijas fueron salvados, aunque tres de ellas fueron profundamente infectadas del contagio moral del lugar. Y la justicia de Dios fue claramente vindicada y establecida a la vista de los pueblos en derredor.

Al acabar, notamos uno de los grandes principios del gobierno divino del mundo. Toda una ciudad habría sido perdonada a haber sido hallados dentro de sus muros diez justos. Los hombres impíos tienen poca idea de cuánto deben a los justos que están en medio de ellos. Mucho tiempo antes de este día, los diluvios de ira merecida los habrían llevado; pero el juicio había sido restringido, porque Dios no podía hacer nada mientras los justos se hallaran entre ellos. Los siervos impacientes con frecuencia han preguntado si no debían recoger la cizaña. Pero la respuesta del justo Señor siempre ha sido: «No; no sea que cogiendo la cizaña, arranquéis con ella también el trigo».

¡Cuán poco comprende el mundo la deuda que tiene a sus santos, la sal para detener su corrupción, la luz para evitar que el reino del caos y la noche vuelva a instituirse! ¡No podemos menos que compadecernos del mundo, que se apresura a realizar su suerte triste y negra. Roguemos por él desde las alturas arriba de Mamre. ¡Y concédanos Dios que nosotros y los que amamos, seamos conducidos fuera en seguridad, antes de que las últimas plagas le sobrevengan en una destrucción inevitable!

Capítulo 17

La obra de los ángeles en una población mala

Las aguas del Mar Muerto cubren una parte del sitio donde antes estuvieron las ciudades de la llanura, con el bullicio de su vida, pensamiento y comercio. Pero todos los sonidos del gozo humano, del pesar o industria, los pasos del soldado, el grito de los zagales, el murmullo de la plaza, las voces de los niños que jugaban en los espacios desocupados, todos están calados en aquella terrible desolación, cuyo aspecto es un testimonio extraordinario a la Palabra inspirada.

Rodeado de montañas ásperas, el Mar Muerto se halla a mil trescientos pies bajo el nivel del Mar Mediterráneo. Tan extraña y desolada es la escena, que se creyó por mucho tiempo que ningún ave volaría sobre sus aguas tétricas; no se hallan conchas en sus playas, ni señal de vegetación viva se encuentra en las costas, pero, arrojados sobre la margen desolada, hay troncos y ramas de árboles, arrancados de las selvas del Jordán por la violencia del río, llevados con rapidez al mar de Sodoma, y arrojados de nuevo de sus profundidades, impregnados con la sal que hace que aquellas aguas no sirvan de manera alguna para tomarse. Y vagando el viajero en el sitio, irresistiblemente se acuerda del tiempo cuando «Jehová llovió sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego desde los Cielos, y destruyó aquellas ciudades, y toda la vega, y todos los habitantes de las ciudades, y todos los productos de la tierra».

Dicho acto supremo de destrucción fue una amonestación misericordiosa para el resto de la humanidad. La lección del diluvio casi había desaparecido de la mente del hombre y, menospreciando toda restricción, la familia humana había adelantado terriblemente en el camino del vicio abierto y desvergonzado; tanto, que parecía haber un peligro inminente de que los hombres repitieran los crímenes abominables que habían abierto las fuentes del Diluvio. Por esto, seguramente, fue sabio y misericordioso dar una amonestación que relatara su propia historia terrible y recordara a los transgresores que había límites más allá de los cuales el juez de toda la Tierra no les permitiría pasar.

Es verdad que la visita, si alarmó temporalmente a las naciones inmediatamente cercanas, no les estorbó para llegar a un exceso semejante de inmoralidad unos años después, ni de merecer al filo de la espada de Josué el castigo que el fuego del Cielo había ejecutado en sus vecinos de la llanura del Jordán. Sin embargo, las amonestaciones de Dios tienen una intención misericordiosa, aun cuando no son notadas; y se ha dicho bien que esta catástrofe de Sodoma pertenece a aquella clase de terrores en que un sabio halla señales de la misericordia del Señor.

En este terrible acto, el Todopoderoso sencillamente apresuró el resultado de sus propias acciones. Las naciones no son destruidas hasta que están corrompidas hasta el corazón, así como el viento del noroeste al derrumbar los árboles del bosque, no hace más que apresurar el resultado que había sido preparado por el gusano roedor. Habría sido claro para cualquier observador y pensador que se aventurara a salir de noche por Sodoma que inevitablemente ésta tenía que caer. Crímenes contra la naturaleza ya habían carcomido el corazón nacional y, en el curso ordinario de los acontecimientos, el derrumbamiento completo no podía dilatarse mucho.

Entrad en las tiendas de Abraham, y hallaréis la sencillez y la hospitalidad; las gracias de un carácter verdaderamente noble, que garantizan la perpetuidad de su nombre y el glorioso futuro de sus hijos. Entrad luego en Sodoma; en aquel clima caluroso hallaréis una población enervada con el lujo, degradada por la sumisión cobarde a un tirano extranjero, carcomida hasta el corazón por el vicio, no teniendo ni diez hombres justos entre todos, mientras la pureza y la santidad del hogar son palabras ociosas. Todos estos síntomas pronostican, con voz profética, que su sentencia no se tarda y su destrucción no dormita.

Además, la destrucción no sucedió sino después de una investigación cuidadosa: «Descenderé y veré».

Bajo estas palabras sencillas columbramos uno de los principios más sagrados de la acción divina. Dios no obra apresuradamente, ni por evidencias indirectas, tiene que ve por sí mismo si no hay circunstancias paliativas o atenuantes. Fue sólo después de haber venido por muchos años a la higuera buscando fruto en vano, cuando dijo: «Córtala, porque inutiliza la tierra».

Y esta deliberación es característica de Dios. No desea la muerte de nadie. Es lento para la ira. El juicio es su obra extraña. Nos dice que algún día, cuando lleguemos a investigar sus hechos, seremos consolados acerca de muchos de los males que ha traído sobre el mundo, porque sabremos que no hay hecho sin causa en todo cuanto ha hecho (véase Ez. 14:23).

Hay esta consideración también, que, durante la dilación, se enviaron muchas amonestaciones. Primero hubo la conquista por Kedorlaomer, que sucedió como veinte años antes del tiempo de que escribimos. También hubo la presencia de Lot, que, por cierto, estuvo debilitada por sus inconsecuencias; pero que era, no obstante, una protesta a favor de la justicia (véase 2 P. 2: 7 y 8). Finalmente, hubo la liberación y la restauración por la enérgica interposición de Abraham. Repetidas veces Dios había amonestado a los hombres de estas ciudades de su destrucción inevitable, si no se arrepentían. Para usar sus propias palabras: «se levantaba temprano», para enviar a sus mensajeros; pero el pueblo no quiso oír.

Ni es distinta su usanza en el caso de los individuos. El curso de todo pecado es en contra de muchas amenazadoras luces rojas y muchas sirenas explosivas para la niebla, amonestando de peligro si se sigue en ese curso. Justamente como cuando el temblor de los nervios dice que el sistema ha sufrido demasiada tensión y demanda descanso inmediato a riesgo de sufrir seguramente parálisis si aquella amonestación no se atiende, así Dios ha arreglado para que no se dé ningún paso hacia abajo, sin hacer sonar gran número de campanas alarmantes que anuncian el peligro que está delante.

Obedecer estas señales de alarma es la salvación. O lo que es lo mismo, desatenderlas, perseverando a pesar de todo, es amortiguar el alma y endurecer el corazón y correr el riesgo de blasfemar contra el Espíritu Santo. Porque aquel pecado imperdonable no es un acto, sino un estado: el estado del alma que no siente ni puede sentir, que está completamente insensible y descuidada acerca de su condición, que se deja llevar negligente a su perdición, y no es perdonada, sencillamente porque no confiesa ni siente su necesidad de perdón y, por esto, no lo pide.

Es digno de notarse que Dios salvó a todos los que podía salvar. Lot era un miserable náufrago de un origen noble. Cuando salió como compañero de Abraham, desde Ur, daba promesa de fruto y poder inusitado. Pero fue uno de aquellos caracteres que no pueden soportar el buen éxito. No hay tentación más insidiosa ni peligrosa que aquella. La tierra encantada debe

temerse más que los ataques abiertos de Apolión. Más personas encuentran sus ruinas en lo engañoso de las riquezas, que en los cuidados de la vida.

Cuando al principio Lot se encaminó hacia Sodoma, atraído por la única consideración de sus pastos, sin duda fue su intención guardarse separado de sus habitantes y vivir fuera de sus muros. Pero la palomilla no puede con impunidad revolotear alrededor de la llama. Dentro de poco abandonó del todo la vida de tienda y tomó una casa dentro de la ciudad. Al fin prometió sus hijas a sodomitas nativos, y se sentaba en su puerta como uno de los ancianos. Fue dado a hospitalidad; pero en las proposiciones con que procuró vindicar su ejercicio, mostró cómo el aire de Sodoma había contaminado su pureza. Con dificultad fue arrastrado de Sodoma; fue un tizón arrebatado del fuego, y sobre las últimas escenas de su vida, la decencia exige que pongamos un velo. ¡Y, sin embargo, semejante naufrago fue salvo!

Ni fue salvo él solo; sino también lo fue su esposa, que no dio muchos pasos fuera de la ciudad, antes de que, mirando atrás, con una mezcla de desobediencia y sentimiento, mostrara ser del todo indigna; y así fue con sus dos hijas, cuyos nombres llevan el baldón de eterna infamia. ¡Si Dios tuvo tanto cuidado en salvarlas a ellas, cómo serían de malos aquellos a quienes él dejó a su suerte! ¿No es claro que salvó a todos cuantos estuvieron al alcance de las posibilidades de su misericordia? No habrá ni una sola alma entre las perdidas que tenga el menor derecho de estar entre los salvos; y habrá muchos entre los salvos cuya presencia nos sorprenderá mucho.

La causa por la cual los ángeles visitaron Sodoma fue por amor hacia los hombres. Los ángeles nos aman. Aunque saben que estamos destinados a una dignidad ante la cual la de los querubines más sublimes palidece, ninguna envidia carcome la pura benevolencia que palpita dentro de sus santos espíritus. Basta que Dios lo haya querido así, y que seamos caros a su dulce Maestro, Cristo. No es, pues, cosa dura para ellos dejar su agradable hogar, o partir los Cielos azules, para venir y apresurar a los tardíos, a arrepentirse; y si hubiera una tarea triste, se hallaría en su misión de destruir. Un dato más: mientras estás orando, los ángeles de Dios están en camino para cumplir tus deseos, aunque su progreso pueda ser estorbado por causas fuera de nuestro conocimiento (véase Dn. 10:12). Esto es lo que le sucedió a Abraham: «Y aconteció que al destruir Dios las ciudades de la llanura, se acordó Dios de Abraham, y envió a Lot fuera de en medio de la ruina» (Gn. 19:29).

Finalmente, encontramos la misericordia de Dios: este es el último eslabón en la cadena. ¿No es ese el picolete en la pared? No hay cosa más allá de ella. El apóstol mismo no puede alegar una razón más comprensiva o satisfactoria que esta para su posición en el círculo iluminado de la salvación: «Obtuve misericordia».

«Por la gracia de Dios, soy lo que soy». Y este será también nuestro tema por aquella eternidad cuya estrella de la mañana ya se ha levantado de nuestro corazón.

Parece maravilloso que Dios emplee hijos de los hombres para atraer a los hombres a Él. ¡Seguramente los ángeles podrían hacerlo mejor! ¿No salvaron ellos a Lot con una pertinencia y una ingeniosidad que están llenas de enseñanza y ánimo para nosotros mismos, como obreros del Señor?

Pero si vamos a salvar hombres, como lo hicieron estos ángeles, podemos entrar en un mero infierno del mal, donde el aire está cargado de impureza y blasfemia; pero no seremos contaminados. No se nos pegará ningún grano de lodo: «Ninguna arma forjada contra ti tendrá éxito; y a toda lengua que en juicio se levantará contra ti, condenarás» (Is. 54:17).

Este es el espíritu del Evangelio de Cristo: «Extendiendo la mano, le tocó» (Mt. 8:3). Esto es, no debemos esperar hasta que los pecadores vengan a nosotros; debemos ir a ellos, a las orillas de la corriente, donde los peces se esconden en las profundidades oscuras; a las salidas de los caminos, donde los hombres se congregan; a las cantinas, salones de música, a los lupanares del crimen, y a los hogares de pobreza; y aun a las partes más distantes del mundo, en dondequiera que haya hombres, debemos ir a ellos, para predicar el Evangelio.

Por lo que podemos ver, todos los mejores discípulos del Señor fueron el resultado de su ministerio personal. A uno y a otro dijo: «¡Sígueme!».

Su vida estuvo llena de entrevistas personales. Buscaba almas de individuos (véase Mt. 4: 19, 21; 9:9; Lc. 19:5). Le parecía bien ir a buscar una sola oveja que se había perdido. Y la firmeza de su carácter vindicó sus métodos. Es muy hermoso descubrir la misma característica en el apóstol Pablo, quien dice que él «amonestaba a todo hombre, y enseñaba a todo hombre para que presentemos a todo hombre perfecto en Cristo» (Col. 1:28).

Puede ser que se salven más hombres por conversaciones personales que por toda nuestra predicación. No es el sermón lo que los llama; sino la plática quieta con un obrero en la reunión después del culto, o la carta de un padre o una madre, o las palabras de un amigo. Cuando Cristo dijo: «Predicad el Evangelio a toda criatura», ¿no sugirió que debíamos dedicarnos a la obra de dejar la proclamación del amor del Cielo en toda puerta, y en manos de todo hijo de Adán, en todas partes del mundo?

Se ha dicho que el verdadero método de ganar almas es poner el corazón en una sola alma; y perseguirla, hasta que haya aceptado definitivamente, o desechado terminantemente, el Evangelio de la gracia de Dios. No oíríamos tantos clamores por esferas más amplias, si los cristianos tan sólo comprendieran las posibilidades de la vida más humilde. Cristo halló suficiente trabajo en una villa para ocuparle allí treinta años. Felipe fue arrancado del gran avivamiento en Samaria para ir al desierto a ganar a uno solo que buscaba a Dios.

Los ángeles hablaron a Lot claramente de su peligro: «¿Quiénes más tienes aquí? Sácalos del lugar, porque vamos a destruir este lugar, por cuanto se ha hecho grande su clamor delante de Jehová; y Jehová nos ha enviado a destruirlo» (Gn. 19: 12 y 13).

Nosotros, ciertamente, somos algo delicados actualmente para hablar así a los hombres. Hemos forrado nuestros labios con terciopelo. Procuramos ser más suaves por Cristo. Sin embargo, Él no vació en hablar de un gusano que no muere y una llama que no se extingue, del crujir de dientes, del clamor de desesperación... Todos estos, eran argumentos que venían más de una vez a sus labios (véase Mt. 8:12; 13: 42, 50; 22:13; 24:51, 25:10-12, 30; Mr. 9:43-48; Lc. 13:25-28). Evidentemente enseñaba como si los hombres se equivocaran de un modo irremediable.

Si el alimento carece de ciertos elementos, los niños crecerán sin huesos y enfermizos; y si no tenemos cuidado, nuestra enseñanza moderna tendrá resultados desastrosos. Sea que hablemos de ello o no, sin embargo es tan cierto como la naturaleza de Dios, que los que no obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo «sufrirán el castigo de su poder» (2 Ts. 1:9). Y «si pecamos voluntariamente después de recibir el conocimiento de la verdad, ya no nos queda sacrificio alguno por los pecados; sino cierta horrenda expectativa de juicio y una fiereza de fuego que devorará a los adversarios» (He. 10: 26 y 27).

Puede ser que el día de la gracia esté más cercano a su ocaso de lo que pensamos. Puede ser que el reloj del destino haya dado la hora; puede ser que la avalancha haya principiado a precipitar su masa arrolladora; tal vez las nubes de la tempestad se ciernen sobre un siglo impío, para el cual, el Día del Juicio, será peor que para Sodoma y Gomorra. Puede ser que no haya nada que pronostique este hecho portentoso: «El sol ya había salido sobre la tierra, cuando Lot llegó a Zoar».

La naturaleza guarda bien los secretos de Dios. Ningún portento en el cielo, ningún amontonamiento de nubes, ningún temblor de la tierra, sino el hacha repentinamente echada al corazón del alma condenada. Escápate, lector mío, por tu vida; no mires detrás de ti, ni te detengas en ninguna parte hasta llegar al costado abierto de Jesús, el único lugar en donde podemos escondernos del juicio justo contra el pecado. No descanses hasta que hayas puesto al Señor Jesús entre ti y las pisadas de la justicia que te persigue.

«Al rayar el alba, los ángeles apremiaban a Lot» (Gn. 19:15).

Acaso les había repugnado a los ángeles quedarse en su casa, muy al contrario de la prontitud con que habían aceptado la hospitalidad de Abraham; y pasaron la noche corta y calurosa mostrando urgentemente a Lot la certidumbre y terror de la destrucción que se acercaba. Tanto, que al fin consiguieron que fuera a amonestar a sus yernos.

No obstante, una vida inconsecuente no puede despertar al errado, o hacer que el dormido comprenda el peligro de su alma. Dice la gente que debemos conformarnos un poco a las costumbres de nuestro tiempo, si queremos ejercer una influencia salvadora sobre los hombres. Es una equivocación fatal. Si vivimos en Sodoma, no tendremos poder para salvar a la gente de Sodoma. Tiene que quedarse fuera de la catarata el que quiera salvar a otros de ella. Sí, moradores de Sodoma, vosotros no podéis elevar a Sodoma; pero seguramente os rebajará a su nivel, y se reirá de vosotros cuando procuréis hablar: «Mas era como el que se burla, en el parecer de sus yernos».

Pero cuando volvió de su misión ridícula, Lot parecía estar infectado por el escepticismo que se había burlado de sus amonestaciones. Seguramente, se estaba preguntando por el camino cómo podía dejar a sus hijos, y los muebles de su casa, y sus bienes raíces, por lo que parecía ser asunto de locos. Seguramente todas las cosas seguirían como desde el principio del mundo...

«Mas él se tardaba; por lo cual trabaron los varones de su mano».
Sí, echaron literalmente mano de él para ayudarlo. Fue la urgencia de un amor que no permitía negación. Y no se quedaron satisfechos hasta que sus protegidos estuvieron seguros fuera de la ciudad; y corrían hacia los baluartes de los lejanos cerros. Así Lot fue salvo de la destrucción. Pero aunque fue enviado fuera de Sodoma llevó consigo a Sodoma; y sobre el resto de su historia tenemos que echar un velo...

Capítulo 18

Un poco de la naturaleza antigua

Por largos años un pecado puede esconderse en nuestro corazón, permitido y no juzgado, engendrando fracaso y pesar en nuestra vida, así como una llaga no notada y aun olvidada puede secretamente minar la salud de toda una familia. En el crepúsculo pasamos por alto muchas cosas que no admitiríamos ni por un momento si las viéramos en su verdadero carácter y que, en medio de la luz del perfecto día que lo revela todo, seríamos los primeros en arrojar con horror. Pero lo que escapa a nuestra vista es patente en toda su deformidad al ojo de Dios: «Tinieblas y luz, lo mismo te son a Ti».

Y dirigirá la disciplina de nuestra vida de tal manera que haga claro y prominente el fatal mal que odia; de modo que, cuando se haya hecho manifiesto el cáncer, nos haga desear y llamar al bisturí que nos ha de librar para siempre.

El origen del pecado de Abraham se remite a un mal pacto que había hecho con Sara como treinta años antes del tiempo que escribimos. Dirigiéndose al rey de los filisteos, el patriarca hizo una insinuación que arroja una luz sorprendente sobre su fracaso, cuando por primera vez entró en la tierra de promisión, y amedrentado por el hambre bajó a Egipto, y sobre aquella repetición de su fracaso que ahora tenemos que considerar. Esto es lo que dijo: «Y sucedió que como me hiciese vagar Dios de la casa de mi padre, le dije a ella: *Esta es la merced que me has de hacer, en todo lugar a donde llegaremos dirás de mí: 'Mi hermano es'*» (Gn. 20:13).

En cierto sentido, sin duda, Sara era su hermana. Era hija de su Padre, aunque no de su madre. Pero era mucho más su mujer que su hermana; y dejar de mencionar aquel hecho era callar un acto que era esencial a su honra. No estamos bajo obligación de decir toda la verdad para satisfacer una curiosidad ociosa; pero estamos obligados a no callar el único punto que otro debe saber antes de completar un negocio, si el conocimiento de él altera materialmente el resultado. Una mentira consiste en el motivo tanto como en las mismas palabras. Podemos decir sin saberlo, lo que es realmente falso, queriendo sobre todas las cosas hablar la verdad, y aunque es una mentira en forma, de hecho no lo es. Por otra parte, como Abraham,

podemos hablar palabras veraces queriendo que hagan una impresión falsa y, a vista del Cielo, somos culpables de una mentira deliberada y vergonzosa.

El pacto secreto entre Abraham y su mujer, en los primeros días de su éxodo, se debió a su poca fe en el deber de Dios para cuidarlos, que también resultó de su conocimiento limitado de su Amigo Todopoderoso. En esto podemos hallar su única excusa. Pero mucho tiempo antes de esto, debería haber sido cancelado por consentimiento mutuo. El pacto desconfiado debía haber sido hecho pedazos y arrojado a los vientos del Cielo. No bastaba que no apelaron a él por muchos años, porque evidentemente existía todavía admitido tácitamente por cada uno de ellos, y sólo esperando una emergencia para levantarse del polvo de oscuridad en que había caído, para venir de nuevo a la luz y al uso.

Pero la existencia de este pacto escondido, aunque tal vez Abraham no lo comprendía, era inconsecuente con la relación en que había entrado ahora con Dios. Fue en todos los aspectos una fuente de debilidad y fracaso. Y, sobre todo, fue un defecto secreto de su fe, que inevitablemente afectaría su curso y destruiría su eficiencia en las pruebas negras que se acercaban. Dios podía pasarlo por alto en aquellos días primitivos, cuando la fe misma estaba todavía en germen; pero no podía permitirlo cuando ese fruto llegaba a un estado de madurez en que cualquier defecto sería descubierto al momento, y sería un ejemplo inadecuado en uno que había de llegar a ser un modelo de fe para el mundo.

El juicio y la erradicación de este mal escondido eran necesarios y fueron efectuados en esta manera...

El día antes de la caída de Sodoma, el Todopoderoso dijo a Abraham que, en su tiempo fijo en el año siguiente, tendría un hijo y heredero. Y habríamos esperado que él pasara los lentos meses en la sombra del encinar de Mamre, ya santificado por tantas asociaciones. Pero tal no fue el caso. Se ha sugerido que estaba tan horrorizado por la destrucción de las ciudades de la llanura, que no pudo quedarse más en aquella región. Toda asociación con el sitio ya le era desagradable. O puede ser que amenazara otra hambre. Pero, en todo caso, «partió Abraham para la tierra del mediodía, y habitó entre Cades y Shur, morando temporalmente en Gerar».

Gerar fue la capital de una raza de hombres que habían desposeído a los habitantes originales de la tierra, y paulatinamente pasaban de las condiciones de la vida de pastores errantes a la de una nación establecida y guerrera, los que habían de ser después conocidos a los hebreos, con el nombre temido de Filisteos: un título que en verdad dio a toda la tierra el nombre de Palestina. Su jefe tenía el título oficial de Abimelec, que significa «mi Padre el Rey».

Aquí, el convenio ya casi olvidado entre él y Sara se ofreció como un ardid útil, tras del cual la incredulidad de Abraham se abrigó.

Conocía la licencia irrefrenable de su tiempo, que no estaba restringida por el temor de Dios (vs. 11). Temía que el monarca pagano, encantado por la belleza de Sara, o ambicioso de apoderarse de ella para propósitos de política de estado, pudiera matarle a causa de su mujer y por esto volvió a valerse de la mísera política de llamarla su hermana. Como si Dios no pudiera haberlos defendido a él y a ella, librándolos de todo mal; como lo había hecho con tanta frecuencia en días pasados.

Su conducta fue muy cobarde. Puso en peligro la virtud de Sara, y la pureza de la simiente prometida. Y, aun cuando aceptáramos la justificación ofrecida por algunos, que arguyen que estaba tan seguro de la simiente que le había sido prometida por Dios, que podría aventurarse a arriesgar lo que de otro modo habría guardado con más cuidado, conduciéndole su fe a la licencia de la presunción, sin embargo, fue muy mezquino de parte de él permitir a Sara que pasara por semejante prueba. Si hubiera tenido fe abundante, podría haber arriesgado su propia seguridad antes bien que la virtud de Sara.

Fue también una gran deshonra para Dios. Entre aquellas tribus ignorantes, Abraham era bien conocido como el siervo de Jehová. Y no podían menos que gozar del carácter de Aquel a quien no podían ver, por los rasgos que descubrían en su siervo, a quien conocían en la vida social. ¡Es una lástima que la moral de Abraham fuese más baja que la de ellos! Tanto así que Abimelec pudo reprenderle diciendo:

«¿En qué he pecado contra ti, para que hayas traído sobre mí y sobre mi reino un tan gran pecado? Acciones que debieran hacerse, has hecho».

Semejante opinión aducida de esa manera, debe haber sido una preparación poco propicia para cualquier esfuerzo de hacer de Abimelec un prosélito de

la fe hebrea. Podemos imaginar que dijera: «No, yo he tenido alguna experiencia de uno de sus más célebres representantes, y prefiero quedarme como soy».

Se despedaza el corazón, cuando un pagano reprende a alguno que profesa serle superior en santidad, por hablar mentiras. Sin embargo, es de lamentarse que tengamos que confesar que con frecuencia semejantes hombres tienen mejores normas de moralidad que los que profesan la santidad. Aun cuando no llenan sus propias concepciones, no obstante, la belleza de su ideal no puede negarse y es una vindicación notable de la universalidad de la conciencia.

Así, el indostánico temperante se escandaliza por la borrachera del inglés cuya religión él es convidado a aceptar. El chino no puede entender por qué ha de cambiar la antiquísima religión de Confucio por la de un pueblo que por sus armamentos superiores fuerza sobre su país una droga que está destruyendo sus órganos vitales. El empleado aborrece un credo que es profesado por su amo un día de la semana, pero es negado en los otros seis días. Andemos discretamente para con los de afuera; adornando en todas las cosas el Evangelio de Jesucristo, y no dando ocasión al enemigo para blasfemar, sino en lo que concierne a la ley de nuestro Dios.

También estuvo Abraham a un bajo nivel respecto a la conducta de Abimelec. A saber, Abimelec se recomienda a nosotros como el más noble de los dos. Se levanta temprano en la mañana, por estar tan pronto a corregir el gran mal, amonesta a su pueblo, devuelve a Sara con magníficos presentes. Su reproche y reprensión son expresados en el tono más suave y bondadoso. Sencillamente dice a Sara que su posición como mujer de profeta, no sólo en Filistea, sino en donde quiera que anduvieran, le sería una seguridad y velo suficiente (vs. 16). En toda esta crisis hay el aire de nobleza de ánimo que es sobremanera encantador.

Casi parecería como si el Espíritu de Dios se deleitara en mostrar que la naturaleza original de los santos de Dios no fue más alta que la de otros hombres, ni en verdad tan alta. Lo que llegaron a ser fue efectuado a pesar de su carácter natural. Tan prodigioso es el poder de la gracia de Dios para hacer maravillas, que puede injertar sus frutos más raros en los tallos más extraños. Parece que se deleita en producir sus resultados más preciosos en naturalezas que los hombres del mundo podrían desechar como fuera de toda esperanza. No demanda ninguna ayuda de nosotros, por estar tan seguro de

que una vez admitida la fe como el principio radical del carácter, todas las demás cosas le serán añadidas.

Críticos de la obra de Dios, no negamos las inconsecuencias de un David, un Pedro, o un Abraham; pero insistimos en que aquellas inconsecuencias no eran el resultado de la obra de Dios, sino que fueron a pesar de ellas. Indican lo desesperado que es la naturaleza original, el yermo que se ha propuesto cultivar con su mano. ¿Y hemos de culpar la pericia del Jardinero, cuando, en el paraíso que ha creado, encontramos un poco del suelo original, que, a fuerza de contraste, indica la maravilla de su genio, y que, antes de mucho, si tan sólo tenemos paciencia, cederá al mismo encanto, y florecerá como los demás?

Y vosotros, por otra parte, que aspiráis a la corona de santidad, a la que sois verdaderamente llamados, ¡animaos! No hay nada que Dios haya hecho por alguna alma que no esté dispuesto a hacer por vosotros. Y no hay suelo de tan poca promesa que no le compela a dar sus más hermosos resultados: «Lo que es imposible para el hombre es posible para Dios».

La misma potencia en toda su incomparable energía, que levantó el cuerpo de nuestro Señor de su sueño en el sepulcro de José, para sentarse al lado del Padre en las alturas de la gloria, a pesar de la oposición de batallones de espíritus malos, está pronta para hacer otro tanto por cada uno de nosotros, si tan sólo nos cedemos a ella cada día, cada hora, sin reserva. Solamente dejad de confiar en vuestras propias obras, y confiad en el poder de Dios, rehusando toda invitación de confiar en otra cosa, o de hacer por vosotros lo que él puede hacer mucho mejor de lo que podéis pensar o pedir.

Nunca estaremos seguros mientras estemos en este mundo. Abraham era anciano. Habían pasado treinta años desde que había cometido aquel pecado. Durante ese tiempo había estado creciendo y aprendiendo mucho. Pero la serpiente sólo estaba chamuscada, no muerta. Las hierbas malas fueron cortadas, no sacadas de raíz. La podredumbre había sido detenida; pero la parte podrida no había sido quitada. Nunca te jactes de victoria contra los pecados: sólo por la gracia de Dios son refrenados; y si dejas de permanecer en Cristo, se revivificarán y volverán a visitarte, así como los siete dormilones de Efeso volvieron a presentarse en la ciudad, sembrando el terror.

No tenemos derecho de ponernos en el camino de la tentación que con frecuencia nos ha vencido. Los que a diario oran «no nos metas en tentación» deben cuidar de no solicitar la tentación en contra de la cual ruegan. No debemos esperar que los ángeles nos cojan siempre que nos parezca bien echarnos de arriba del precipicio. Un temor piadoso evitará el paso peligroso señalado con cruces que indican los fracasos del pasado, y escogerá un camino más seguro. Abraham habría obrado con más prudencia a no haberse metido nunca en el territorio de los filisteos.

Podemos animarnos por la manera en que Dios se condujo con respecto al pecado de Abraham. Aunque Dios tuvo una controversia secreta con su hijo, no le desechó. Y cuando él y su mujer estuvieron en extremo peligro, como resultado de su pecado, su Amigo Todopoderoso se adelantó para librarlos del peligro que los amenazaba. De nuevo, «por su causa reprendió a reyes, diciendo: *¡No toquéis a mis ungidos y a mis profetas no hagáis mal!*». Más aún, le afligió con una enfermedad fatal, y le hizo pedir la intercesión del mismo hombre por el cual había sido tan gravemente desviado, y quien, a pesar de todos sus fracasos, era todavía profeta, teniendo poder con Dios.

¿Has pecado trayendo reproche sobre el Nombre de Dios? No te desesperes. Ve a solas, como seguramente lo hizo Abraham, y confiesa tu pecado con lágrimas y confianza de niño. No abandones la oración. Tus oraciones le son todavía dulces; y espera contestarlas. Es sólo por medio de ellas que sus propósitos pueden ser cumplidos para con los hombres. Confía, pues, en la paciencia y el perdón de Dios, y deja que su amor como fuego consumidor te libre de pecado encubierto.

Capítulo 19

Agar e Ismael echados fuera

Aun cuando oyéramos esta historia por primera vez, y no supiéramos nada de la grave crisis a la que nos acercamos en el capítulo siguiente, podríamos estar seguros de que algo semejante era inminente; y basaríamos nuestra conclusión sobre el hecho de la severa disciplina por la cual el patriarca fue llamado a pasar. La fe es la expresión de la vida moral interior, y no puede ejercerse en su forma más sublime, mientras haya alguna doblez dentro del corazón, cualquier afecto escondido o impío. Estas cosas tienen que ser cortadas o pasadas por la fiera disciplina de la tristeza, para que siendo librado de ellas el corazón pueda ejercer aquella fe suprema en Dios, que es la corona más bella de la existencia humana.

El Todopoderoso, Amador de almas, conocía la prueba que esperaba a su hijo en el cercano futuro; y se puso a prepararle para ella, librándole de ciertas inconsecuencias que le quedaban y que habrían paralizado la acción de su fe en la hora de prueba. Ya hemos visto cómo una de éstas -el pacto secreto entre él y Sara-, fue expuesto a la luz, y juzgado. Y vamos a ver cómo otro asunto, la conexión del patriarca con Agar y su hijo, fue tratado también por Él, que obra sobre nosotros ya como el jabón de los bataneros o, si esto no es suficiente, como el fuego del acrisolador.

¿En qué manera la presencia de Agar e Ismael estorbaba el desarrollo de la vida más noble de fe de Abraham? No podemos entenderlo del todo. ¿Se interesaba todavía su corazón en la muchacha que le había dado su primogénito? ¿Tendría alguna satisfacción secreta en el arreglo, que al fin había efectuado un propósito acariciado, aunque no había sido bendecido por Dios? Podía temerse que si era llamado a sacrificar a Isaac, hallaría más fácil hacerlo, porque, en cualquier momento, podría contar con Ismael, como hijo y también heredero... No podemos leer todo cuanto estaba en la mente de Abraham; pero seguramente pensamientos como éstos son sugeridos por las expresiones que hasta esta hora narran la historia de la angustia de este corazón; pensamientos que, como un ídolo acariciado uno tras otro, le fueron arrancados, para que él mismo fuera echado desnudo e impotente sobre la omnipotencia del Dios Eterno: «Y este dicho pareció muy gravoso a Abraham» (Gn. 21:11).

Puede ser que no pocos de los que lean estos renglones suspiren por poseer una fe como la que tenía Abraham: una fe que no vacila por la incredulidad; una fe a la que Dios nada puede negar, una fe que puede abrir y cerrar el Cielo y a la que son posibles todas las cosas. ¿Pero estás dispuesto a pagar el costo? El costo de sufrimiento, el costo de arrancar de tu corazón todo cuanto frustraría la operación de un principio tan glorioso, el costo de ver que, uno tras otro, tus ídolos acariciados son echados fuera, el costo de ser despojados aún hasta la desnudez de todos los caros deleites en que la carne ha hallado placer...

«¿Podéis beber de la copa que Yo bebo, o ser bautizados del bautismo que Yo soy bautizado? Le dijeron: *Sí, podemos*» (Mt. 20:22).

Apenas podrás comprender todo cuanto significa decir esto; pero te será revelado paso por paso, y nada te será demasiado difícil, siendo todo medido para ti según tus fuerzas por Aquel que conoce nuestra hechura y tiene presente que somos polvo. No tememos el cuchillo de podar porque es manejado por Uno que nos ama infinitamente, y que está procurando resultados que han de llenar nuestro corazón con gratitud eterna, y el Cielo con alabanzas.

La separación final de Abraham de las muchas causas que habrían perjudicado el ejercicio de su fe suprema fue efectuado por el nacimiento del niño tanto tiempo prometido, a que se hace alusión al principio de este capítulo (Gn. 21), y que condujo a la crisis de la cual estamos tratando ahora. «Y Jehová visito a Sara según había dicho, e hizo Jehová para con Sara según había prometido» (Gn. 21:1).

Es imposible confiar demasiado en Dios. La menor palabra de Dios es una barra de madera imperecedera metida en la Roca de la Eternidad, que nunca cederá, y sobre la cual puedes cargar tu peso entero por siempre jamás. Pero debemos estar preparados para esperar el tiempo de Dios: «Parió Sara un hijo a Abraham en su vejez, al plazo fijo que le había dicho Dios» (vs. 2).

Dios tiene sus tiempos fijos. No nos toca a nosotros conocerlos; en verdad no podemos conocerlos, tenemos que esperarlos. Si Dios hubiera dicho a Abraham en Harán que tendría que esperar treinta años antes de que pudiera apretar en su pecho al niño prometido, su corazón se le habría derretido. Así que, en amorosa bondad, el número de los años cansados le fue ocultado, y sólo cuando ya habían pasado todos y no faltaban sino sólo unos cuantos

meses para que terminara el plazo, Dios le dijo: «Al plazo fijo volveré a ti, el año entrante, y Sara tendrá un hijo» (Gn. 18:14).

El tiempo fijo vino al fin, y entonces la risa que llenaba la casa del patriarca hizo que el anciano matrimonio se olvidara de la espera larga y fastidiosos: «Y Abraham llamó a su hijo que le había nacido, a quien Sara le parió, Isaac [esto es, 'risa']» (Gn. 21:3).

Anímate, tú que esperas, esperas a Uno que no puede decepcionarte, y que no tardará cinco minutos más del momento señalado. Antes de mucho, «tu pesar será vuelto en gozo». «La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora, mas cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda más de la angustia a causa del gozo que tiene de que ha nacido un hombre en el mundo» (Jn. 16:21).

Aquel gozo puede dar la clave del gozoso canto de parte de la anciana y gozosa madre. La risa de incredulidad, con que recibió la primera noticia de que pronto iba a ser madre (véase Gn. 18:12), estaba ahora cambiada en la risa de la esperanza cumplida. Y pronunció palabras que se acercaron a la elevación de un canto rítmico, y que sirvieron como modelo de aquel otro canto con que la virgen madre anunció el advenimiento de su Señor (véase Lc. 1:46-55); y Sara dijo: «Reír me ha hecho Dios; y cualquiera que lo oyere se reirá conmigo» (Gn. 21:6).

¡Cuán feliz es el alma, cuando Dios la hace reír! Entonces el dolor y el llanto huirán para siempre, como las tinieblas delante de la aurora.

La paz de la casa de Abraham quedó al principio inalterable, aunque puede ser que hubiera algunos síntomas leves de la ruptura que se acercaba. El desagrado que Sara había manifestado hacia Agar, hacía muchos años, nunca había sido extinguido: sólo había estado latente en su pecho, esperando que algún leve incidente lo convirtiera en llama. Ni se había olvidado la naturaleza ardiente y apasionada de Agar, de aquel trato duro que la había echado fuera, para que la pasara como mejor pudiera, en el desierto inhospitalario. Sin duda, con frecuencia Abraham apenas podía guardar la paz entre ellas. Al fin las tiendas de las mujeres ya no pudieron esconder la querella, y el escándalo se divulgó en pleno día.

La ocasión inmediata de esta ruptura abierta fue el destete del niño Isaac: «Y creció el niño y fue destetado; e hizo Abraham un gran banquete el día que fue destetado Isaac» (Gn. 21:8).

Pero en medio de todo el gozo de aquella ocasión, una sombra de repente se arrojó sobre la escena, y cayó en el alma de la madre. Los ojos celosos de Sara vieron a Ismael burlándose. Casi no había por qué admirarse. El joven había sufrido recientemente una gran decepción. Había crecido como el heredero reconocido sin disputa de todo aquel campamento, acostumbrado a recibir su lealtad entera, y debe haberle sido muy difícil ver con serenidad los preparativos hechos en honor del niño que estaba destinado a tomar su lugar. Y así, bajo la apariencia de chanzas juguetonas, se burló de Isaac de una manera que reveló la amargura de su alma, lo cual en verdad no tuvo cuidado de evitar. Esto despertó todo el celo latente de Sara; que sin duda estaría con frecuencia muy probada, por la presunción y conducta arrogante de Ismael. No quiso soportarlo ya más. ¿Por qué había ella, la mujer del jeque, y madre de su heredero, de soportar la insolencia de un esclavo? Y dijo a Abraham con escarnio y el antiguo celo: «Echa fuera a esta sierva y a su hijo; porque no heredara el hijo de esta sierva con mi hijo, con Isaac».

No podemos menos que recordar el uso que el gran apóstol hace de este incidente. En los días de él los judíos, orgullosos de ser los hijos de Abraham, rehusaron pensar que era posible que otros además de ellos pudieran ser hijos de Dios, y herederos de la promesa. Se arrogaron privilegios y posición exclusivos. Y cuando grandes números de gentiles nacieron en la Iglesia cristiana bajo la primera predicación del Evangelio y pretendieron ser de la simiente espiritual, con todos los derechos que pertenecían a ella, los que como Ismael sencillamente habían nacido según la carne, persiguieron a aquellos que, como Isaac, nacieron según el Espíritu. En todas partes, los judíos se pusieron a resistir la predicación del Evangelio, la cual les negaba sus privilegios exclusivos, y a molestar a los que no querían entrar en la Iglesia cristiana por medio de los ritos judaicos. Y antes de mucho, la nación judaica fue desechada, dejada a un lado, echada fuera. Los siglos que se han sucedido han visto la construcción de la Iglesia de entre los que antes fueron perseguidos, mientras los hijos de Abraham han vagado en el desierto, desfalleciendo por falta de la verdadera agua de vida (véase Gá. 4:29).

Pero hay una referencia aún más profunda. Agar, la esclava, que podía haber nacido en el desierto de Sinaí, con el cual parece haber estado muy familiarizada, es una representante idónea del espíritu de legalismo y esclavitud que procura ganar la vida observando la ley, que fue dada desde aquellos peñascos antiguos. Agar es el pacto del Monte Sinaí en Arabia, «que engendra para servidumbre», y «está en servidumbre con todos sus

hijos» (Gá. 4: 24 y 25). Sara, la mujer libre, por otra parte, representa el pacto de gracia libre. Sus hijos son amor, fe y esperanza; no están sujetos por el espíritu de «obligación», sino por las sugerencias de la gratitud espontánea; su hogar no está entre los peñascos adustos del Sinaí, sino en la Jerusalén de arriba, que es libre y que es la madre de todos nosotros.

Pues bien, dice Pablo, no había lugar para Agar y Sara, con sus hijos respectivos, en la tienda de Abraham. Si Ismael estaba allí era porque Isaac no había nacido. Pero luego que entró Isaac, Ismael tuvo que salir fuera. Así los dos principios -el del legalismo, que insiste en la ejecución del rito exterior de la circuncisión, y el de fe, que acepta la obra acabada del Salvador-, no pueden coexistir en un solo corazón. Es una imposibilidad moral, así como la oscuridad no puede coexistir con la luz, y la esclavitud con la libertad. Así, dirigiéndose a los conversos de Galacia, que estaban siendo tentados por maestros judaizantes a mezclar el legalismo y la fe, el apóstol Pablo les mandó que siguieran el ejemplo de Abraham, echando fuera el espíritu de esclavitud que guarda al alma en una agonía perfecta de intranquilidad.

Vosotros, lectores míos estáis confiando, pero tal vez estéis viviendo en la esclavitud perpetua de vuestros escrúpulos, o tal vez estéis siempre procurando añadir algunos actos de obediencia, con el fin de completar y asegurar vuestra salvación. ¡Es una gran equivocación! Dejad de intranquilizaros acerca de esos asuntos legales. Evitad la escrupulosidad mórbida de conciencia, una de las enfermedades más terribles con que el espíritu puede ser atormentado. No estéis siempre imaginando que el amor de Dios para con vosotros depende de la ejecución de muchos actos minuciosos, acerca de los cuales no se han dado instrucciones definidas. Confíad en Cristo. Realizad su salvación maravillosa y completa. No trabajéis para haceros hijos, sino reconociendo que lo sois, obrad como tales. Vivid libres y felices como Isaac cuyo puesto está asegurado; y no como Ismael, cuya posición depende de su buena conducta.

El resto de la historia se narra brevemente. Con mucho dolor, como la vid que sangra copiosamente cuando el cuchillo de podar está haciendo su obra, Abraham echó fuera a Agar y a su hijo de su casa, dándoles un último y triste adiós. En el crepúsculo de la mañana salieron antes de que se hubieran levantado los del campamento. El hombre fuerte debe haber sufrido mucho al poner el pan en su mano, y con sus propios dedos amarró la botella de agua sobre su hombro, y besó a Ismael por última vez. Y no obstante, no

debió dejar a Sara adivinar cuánto lo sentía. ¡Cuántos pasajes en nuestra vida son sabidos sólo de Dios!

Sin embargo, era mejor así. Y Dios proveyó para ambos. Cuando las esperanzas de la madre estaban para extinguirse, y el jovencito echado a la sombra de un arbusto del desierto, por el ardiente calor del mediodía, el ángel de Dios detuvo sus sollozos, le señaló el pozo de agua que no había visto por sus lágrimas y le prometió que su hijo llegaría a ser una gran nación. Ismael nunca se habría desarrollado hasta su plena estatura, si hubiera vivido todos sus años en medio del lujo del campamento de Abraham. No había lugar suficiente allí para que él creciera. Él, como todos nosotros, necesitaba del aire libre del desierto, en donde podía medirse con sus iguales, haciéndose fuerte por medio de la privación y la necesidad. Lo que parece al momento despedazarnos el corazón, se ve en años posteriores que es de Dios: «Pero dijo Dios a Abraham: *No te parezca esto gravoso a causa del muchacho y a causa de tu sierva; en todo lo que dijere Sara, oye su voz*» (Gn. 21:12).

Otro peso fue puesto a un lado, y otro paso dado en la preparación del «amigo» de Dios hacia la victoria suprema de su fe; para la cual toda su vida había sido una preparación, y que estaba ahora cercana. Algunas flores son el resultado de un siglo de crecimiento, y el Labrador Divino tendrá por pagados los años de cuidado paciente y amoroso si la vida que ha cultivado florece en un sólo acto, como el que vamos enseguida a narrar. Semejantes actos esparcen las semillas de hechos nobles y heroicos para todo el futuro...

Capítulo 20

Un lugar quieto de descanso

Cuando un río se acerca al momento de arrojarse en una honda hendidura, sus aguas fluyen con tranquila quietud; toda pequeña ola muere en la pacífica superficie, y el gran volumen de agua está muy sosegado. Apenas podría haber un contraste más grande que el que existe entre la quietud del río antes de ser desgarrado por las ásperas rocas en su precipitosa caída, y su excitación y espuma al pie de la catarata. En el primer caso se pueden discernir, a través del agua transparente, los guijarros que forran su lecho; en el segundo, es uno cegado por la espuma y ensordecido por el ruido.

¿No es esto un emblema de nuestra vida? Con frecuencia nuestro Padre inserta en ella un paréntesis de descanso y paz, a fin de prepararnos para alguna prueba venidera. No es invariablemente así. No necesitamos aminorar nuestro placer en algún don precioso, con un temor de lo que ha de seguir. Pero esto, al fin, es cierto por lo regular: que si toda temporada de brillante sol no es seguida de un tiempo nublado, sin embargo, temporadas de pesar y prueba son casi siempre precedidas por horas o días o años de experiencia gozosa, que se ven en el recuerdo de la vida, como una memoria alegre y consoladora, donde el alma pudo recoger la fuerza que había de gastar, y prepararse para su esfuerzo supremo.

Así sucedió a Abraham. Ya hemos visto con cuánta sabiduría y ternura su Amigo Todopoderoso había estado preparándole para la prueba que se le acercaba; primero, descubriéndole cuán indigno era su pacto con Sara; en seguida, librándole de la presencia de Agar y su hijo. Y ahora alguna otra preparación había de ser obrada en su espíritu, durante este período de descanso pacífico, al lado del pozo del juramento...

Dejando Gerar, el patriarca viajó con sus rebaños de paso lento a lo largo del valle fértil, que se extiende desde el mar hasta tierra adentro. Todo el distrito era muy apropiado para el sostenimiento de una gran tribu pastoril. En el invierno, el valle contiene una corriente de agua, y en cualquier tiempo se puede obtener agua cavando poco o mucho en la tierra. Habiendo llegado a un lugar bueno para su campamento, Abraham cavó un pozo, que es probablemente uno de los que quedan hasta el día de hoy; y del cual el agua que se encuentra a unos cuarenta pies debajo de la superficie, es pura y

dulce. Abrevaderos para el uso del ganado se hallan esparcidos cerca del brocal, cuyas piedras están bastante gastadas por la fricción de las sogas usadas en sacar el agua con la mano. No es nada improbable que estas mismas piedras fueran sacadas bajo la dirección del patriarca, aunque puede ser que su posición haya sido algo alterada por los obreros árabes de una fecha posterior.

Poco después de establecerse allí Abraham, Abimelec el rey, acompañado de Picol, el primer capitán de su hueste, vino a su campamento, con el propósito de entrar en un pacto que había ser obligatorio, no sólo a ellos sino a sus hijos: «Júrame por Dios, aquí mismo, que no te portarás falsamente conmigo, ni con mi hijo, ni con mi posteridad» (Gn. 21:23).

Antes de ponerse bajo aquellas obligaciones solemnes, Abraham presentó un asunto que es todavía un asunto fértil de disputa en las tierras orientales. Los pastores de Abimelec habían quitado violentamente un pozo de agua que los siervos de Abraham habían cavado. Pero el rey negó inmediatamente todo conocimiento de su acto. Había sido hecho sin su consentimiento. Y en el tratado en que los dos jefes entraron, se insertó, por decirlo así, una cláusula especial con referencia a este pozo, destinado a ser tan famoso en años posteriores. Los materiales para escribir no existían entonces; pero las siete corderas, que Abraham dio a Abimelec, constituyeron el memorial visible y memorable de que el pozo era reconocido como su propiedad. Así fue como se hizo el pacto a un lado del pozo, así su nombre llegó a estar para siempre asociado con él, y fue llamado «Beer-seba», el pozo del juramento, o «el pozo de los siete», con referencia a las siete dádivas, o víctimas, sobre las cuales el juramento se hizo.

Para conmemorar aún más este pacto, Abraham plantó un tamarisco, el cual como un árbol siempre verde, por mucho tiempo perpetuaría la transacción en aquellas tierras, donde la mente del hombre se fija en cualquier cosa que interrumpe la monotonía del panorama. Allí también construyó un altar o santuario, e invocó el Nombre del Señor, el Dios Eterno: «Y habitó Abraham en la tierra de los filisteos mucho días».

¡Eran días felices! Su curso fue señalado solamente por el crecimiento de Isaac, desde la niñez hasta la juventud y desde la juventud hasta los primeros años varoniles, siendo objeto del amor tierno y apasionado de Abraham. No hay palabras que puedan expresar el gozo de Abraham sobre este amado hijo de su vejez: «Tu hijo único, a quien amas».

Parecía como si la risa perpetua hubiera venido a morar en aquel hogar, para alegrar los últimos años de aquel anciano matrimonio. ¿Quién pudiera haber predicho que faltaba todavía la más grande prueba de toda su vida, y que desde un Cielo sin nubes estaba para caer un relámpago, amenazando destruir toda su felicidad con un solo golpe?

Ninguno de nosotros sabe lo que ha de sobrevenirle. Esto al menos es claro, que nuestra vida está siendo siempre vigilada por el tierno amor de Dios, quien no perdonó a su propio Hijo, y que también se ha unido en el juramento con Él, que también con Él libremente nos dará todas las cosas. Esta es una de las preguntas incontestables de la Escritura: «¿Qué cosa no hará Dios para los que le aman?».

Ningún amor, ningún cuidado, ninguna sabiduría que ellos necesiten, les será negado. Y, sin embargo, de todo esto, puede ser que sea necesario soportar duras penas. A veces parece que nos olvidamos de que lo que toma Dios lo toma en fuego: que ninguna otra cosa sino la disciplina de pena puede alguna vez desintegrar la escoria de nuestra naturaleza; y que la única manera de alcanzar la vida de la resurrección y el monte de la ascensión, es recorrer el camino que pasa por el huerto, la cruz y el sepulcro. No hay cosa que osara infligir tanta pena, como el amor que desea la vida más rica y dulce para el objeto de su afecto: «Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere» (Pr. 3:12). Preparémonos, pues, para las horas venideras de prueba, obrando como hizo Abraham.

Hay una gran tendencia entre los cristianos de la actualidad a ensalzar lugares y escenas especiales que han sido asociados con tiempos de bendición; y obtener de ellos una provisión que ellos atesoran para su consuelo en días posteriores. Pero, tanto los unos como los otros, están en peligro de olvidar que en lugar de hacer una peregrinación anual al pozo, podrían ir a morar al lado de él, y vivir allí.

El agua de ese pozo habla de la vida de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor, y está atesorada para nosotros en las profundidades insondables de la Palabra de Dios. El pozo es hondo; sin embargo, el cubo de la fe puede alcanzar su precioso contenido, y traerlo a los labios sedientos y al corazón anheloso.

Una de las más grandes bendiciones que puede venir al alma es la de adquirir el hábito de cavar pozos en las escondidas profundidades, y sacar agua para sí misma. Estamos demasiado acostumbrados a tomar agua que otros han sacado; y sabemos poco de la ciencia sagrada de sacarla para nosotros.

Estoy cada vez más convencido de que si los cristianos no procuraran leer diariamente tantos capítulos de la Biblia, sino que estudiaran con más cuidado lo que leen, consultando las referencias del margen, leyendo el contexto, comparando Escritura con Escritura, procurando sacar uno o dos pensamientos completos de la mente de Dios, su experiencia sería más preciosa, su interés en la Escritura sería más vivo; habría más independencia en los hombres y en los medios usados y más verdadero gozo en la Palabra del Dios vivo. ¡Ojalá que tuviéramos una realización más práctica de lo que Jesús quería decir cuando dijo: «El agua que Yo le daré será en él una fuente de agua, que brota para vida eterna»!

Lectores míos, abrid vuestros corazones a las enseñanzas del Espíritu Santo. No os contentéis con cosa menor que un conocimiento profundo y amoroso de la Biblia. Rogad que dentro de vosotros se repita el milagro de la antigüedad, cuando «Israel rompió a cantar este cántico: *Sube, oh pozo, entonadle la canción*» (Nm. 21:17). Entonces reventarán «aguas en el desierto, y arroyos en el yermo, y el espejismo se convertirá en laguna verdadera, y la tierra sedienta en manaderos de aguas» (Is. 35: 6 y 7).

Abriguémonos tras el Pacto. Abraham descansó del temor del mal, a causa del juramento de Abimelec. Cuánto más segura y tranquila deberá estar el alma del creyente que se abriga bajo el pacto eterno que está «ordenado en todo y seguro».

Hay cristianos dudosos de su salvación eterna, y llenos de temor de caer de la gracia y perderse, para los que este consejo es peculiarmente apropiado: «Vivid junto al pozo del juramento».

En la eternidad del pasado, el Padre eterno entró en un pacto con su Hijo, cuyos términos parecen haber sido como sigue. Por una parte, nuestro Señor puso su completa obediencia y su muerte propiciatoria a favor de todos cuantos creyesen. Y por otra parte, el Padre prometió que todos cuantos creyesen en Él, serían librados de la pena de una ley quebrantada; serían perdonados, adoptados en su familia y salvos con una salvación eterna.

Esto no es sino una manifestación ruda e inadecuada de misterios tan insondables, que los más sublimes querubines los escudriñan en vano. Sin embargo, expresa en el imperfecto lenguaje humano, una verdad de suma importancia, detrás de la cual el más libre creyente puede abrigarse con seguridad.

La única pregunta es: ¿Crees en Jesucristo? O, para expresarlo más sencillamente: ¿Estás dispuesto a que el Espíritu Santo críe en ti una fe viva en el Salvador de los hombres? ¿Crearías si pudieras? ¿Está tu voluntad del lado de Dios en este asunto de la fe? ¿Estás preparado para abandonar cualquier cosa y todas las cosas que estorben tu sencilla fe en Jesús? Si es así, puedes apropiarte las bendiciones del pacto confirmado por el consejo y el juramento de Dios. Puede ser que tu fe sea débil; pero es fe en embrión y germen. Y así como el arca abrigó a la ardilla y al elefante, así el pacto abriga al creyente más débil lo mismo que al gigante en la fe.

Esto, pues, llega a ser cierto acerca de nosotros, si creemos. Somos perdonados, nuestro nombre está inscrito en la lista de los salvos; somos adoptados en la familia de Dios, tenemos en nosotros el principio de una vida que es tan eterna como la vida de Dios... ¿Y no ha de consolarnos esto a nosotros en medio de muchos pesares que despedazan el corazón? Nada puede romper los vínculos con que estamos ligados al Dios eterno.

«En verdad que no así ha cumplido mi casa para con Dios: Él empero ha hecho conmigo un pacto eterno, bien arreglado de todo y seguro; el cual es toda mi salvación y todo mi placer, ¿pues no lo hará Él florecer?» (2 S. 23:5).

Regocíjate en todas las cosas buenas que el Señor tu Dios te da. Planta tus árboles, sé consolado con su sombra, y alimentado con su fruto. Escucha la alegre risa de tu Isaac. No temas el futuro, sino confía en el gran amor de Dios. Vive junto al pozo, y abrígate bajo el pacto. Así, si se te acerca una prueba, estarás mejor preparado para soportarla con un corazón tranquilo y fuerte.

Capítulo 21

La más grande prueba de todas

Mientras vivan los hombres en el mundo, leerán esta historia con interés creciente. Hay sólo una escena en la historia que la sobrepaja: aquella en que el Dios entregó a su Hijo a una muerte de la que no hubo liberación. Dios y Abraham eran amigos en un pesar común, hasta cierto punto, aunque el amor infinito de Dios se interpuso para detener la mano de Abraham en el momento crítico, librando a su amigo de lo que no se libraría a Sí mismo.

«Probó Dios a Abraham»

Satanás nos pone a prueba para sacar a luz todo el mal que está en nuestro corazón; en cambio, Dios nos prueba para sacar a luz todo el bien. En la fiera prueba por la cual el creyente tiene que pasar, los factores del mal habían contrarrestado su verdadero desarrollo, caen marchitos y consumidos, mientras cualidades latentes -producidas por la gracia, pero no ejercitadas todavía-, se hacen conspicuas; se reconocen debidamente y llegan a tener una posición y una influencia que no habría sido posible que otra cosa les diera. En la agonía del pesar, decimos palabras y tomamos posiciones, en las que de otra manera nunca habríamos soñado, pero de las cuales nunca después renegamos. Mirándolo retrospectivamente, nos admiramos de haber obrado así, y, no obstante, no lo sentimos, porque la memoria de lo que éramos en aquella hora suprema es un legado precioso o la plataforma desde donde tenemos una perspectiva más amplia, y ascendemos a las más sublimes alturas que nos convidan.

Los incidentes comunes de la vida cristiana, así como las crisis raras y excepcionales, son arregladas de tal manera que nos dan oportunidades también excepcionales de ejercitar, y así esforzar las gracias de la vida cristiana. Bienaventurados los que siempre están bien preparados para manifestar cada gracia, según las demandas sucesivas de la experiencia variada, de la vida humana. Si buscáramos oportunidades de manifestar las cualidades especiales del carácter de Cristo, que son demandadas por las pruebas, las inquietudes y zozobras de la experiencia común, hallaríamos que son los veinte mil carros de Dios, que esperan para llevarnos a alturas que de otra manera nunca serían pisadas por nuestros pies.

Pero Dios no nos manda ninguna prueba, sea grande o pequeña, sin prepararnos con anticipación. Él, «juntamente con la tentación, proveerá también la vía de escape, para que podáis sobrellevarla» (1 Co. 10:13). Las pruebas son por lo tanto el voto de Dios que manifiesta su confianza en nosotros. Muchas veces un acontecimiento cualquiera es enviado a probarnos, antes de que una prueba más grande pueda sobrevenirnos. Se nos exige que subamos las alturas más bajas antes que se nos inste a trepar hasta las cimas más altas, donde están las nieves vírgenes; se nos enseña a vadear en el agua poco profunda, antes de que nos aventuremos en las profundas olas del océano. Así está escrito: «Y aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham».

Además de esto, con frecuencia Dios nos prepara para una prueba verdadera, dándonos alguna nueva y preciosa revelación de Sí mismo. He notado que al fin del capítulo anterior se nos dice que Abraham «invocó el Nombre del Dios eterno». No hemos visto que hubiera mirado a Dios así antes. Le había conocido como Dios, el Todopoderoso (Gn. 17:1), pero no como Dios, el Eterno. Lo invariable, lo eterno, lo independiente de cambio y tiempo que señalan el Ser de Jehová, todo esto se reveló a su alma en ese tiempo de una manera nueva y viva. ¿Quién que puede acordarse de haber visto el mar por primera vez puede olvidar la primera impresión de su grandeza en su ilimitada y límpida expansión? Y el alma del patriarca fue conmovida con los pensamientos sublimes y santos, al usar este Nombre en oración, al lado del pozo y en la sombra amplia del árbol que había plantado. Y sucedió con él así como con frecuencia con nosotros, que el nuevo nombre tenía por objeto capacitarle para soportar el pesar venidero.

La prueba vino muy de repente... Como ya hemos dicho, la vida del patriarca en este tiempo era amena, solicitado por Abimelec, en posesión segura de sus pozos, regocijado por la presencia de Isaac, el Dios eterno su Amigo. «Hombre feliz», podríamos haber exclamado, «has entrado en tu tierra de Beulah; no se pondrá ya más tu sol, ni tu luna se retirará, delante de ti están los gozosos años, en una cadena no interrumpida de bendición». Pero esto no había de ser. Justamente en ese momento, como relámpago desde un cielo sin nubes, llegó a él la prueba más dura de su vida. No con frecuencia los trenes expresos del cielo se anuncian por una campana o señal que cae; entran con impetuosidad en la estación del alma. Conviene a nosotros estar siempre en espera, porque, en una hora y de una manera impensada, el Hijo del Hombre viene.

La prueba tocó a Abraham en lo más tierno. Concernía a su Isaac. Ninguna otra cosa en el círculo de su vida podría haber sido una prueba tan severa como la que estaba relacionada con el hijo de la promesa, el júbilo de su ancianidad, la risa de su vida. Su amor fue puesto a prueba. Por amor a Dios había hecho mucho. Pero fuera cual fuera el costo, siempre había puesto a Dios en primer lugar, regocijándose de sacrificarlo todo, sencillamente por amor a Él. Por esto se había arrancado de Harán. Por esto había estado dispuesto a hacerse un errante sin hogar; contento si al fin llegaba a ser un interno del hogar de Dios. Por esto había renunciado a las esperanzas que había basado sobre Ismael; enviándolo al desierto como un Azazel, para no volver más.

Pero, tal vez, si le hubieran preguntado si amaba a Dios más que a ninguna otra persona, no habría osado decir que sí. Nunca podemos medir nuestro amor por el sentimiento. La única prueba verdadera de amor es cuando estamos preparados para hacerlo todo por la persona a quien lo profesamos: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama» (Jn. 14:21).

Pero Dios sabía cuán sincero y fuerte era el amor de su hijo para con él, y que le amaba a él más que otra cosa. Por esto le propuso una prueba suprema para que todos los hombres supiesen desde entonces que un mortal podía amarle tanto que le pondría primero, aunque su ser más querido estuviera en la balanza opuesta de su corazón. ¿No quisieras tú amar a Dios así? Entonces dile que estás dispuesto a pagar el costo, si tan sólo el cría este amor en tu corazón. Y acuérdate de que aunque al principio puede exigirte que le entregues tu tesoro máspreciado, es solamente para que te pongas en tu verdadera posición y hagas patente al mundo tu elección; porque Él volverá a darte a tu amado desde el altar en que le has puesto: «Toma a tu hijo, a Isaac, tu hijo único, a quien amas, y ofrécele en holocausto» (Gn. 22:2). Fue también una gran prueba de su fe. Isaac era el hijo de promesa: «En Isaac será llamada tu simiente».

Con énfasis reiterado este jovencito había sido indicado como el único vínculo esencial entre el anciano matrimonio y la gran posteridad que les era prometida. Y ahora se le suplicó al padre que sacrificara su vida. Fue una prueba tremenda de su fe. ¿Cómo podría Dios guardar su palabra y dejar morir a Isaac? Era del todo inexplicable para el pensamiento humano. Si Isaac hubiera tenido edad para tener un hijo que pudiera perpetuar la simiente hasta generaciones futuras, la dificultad habría sido quitada. Pero,

¿cómo podría Isaac morir sin hijo, dejando aún ilesa la promesa de una posteridad por medio de él, innumerable como las estrellas y la arena? Sin embargo, un pensamiento como el que nos dice la Epístola a los Hebreos, llenaba la mente del anciano: «Puede Dios».

Esto es, consideraba «que aún de entre los muertos podía Dios resucitarle» (He. 11:19). Estaba seguro de que de alguna manera Dios cumpliría su palabra. No le tocaba a él racionalizar, sino solamente obedecer. Ya había visto el poder divino dando vida donde todo estaba amortecido, ¿por qué no había de hacerlo de nuevo? En todo caso, debía obedecer sin vacilar, haciendo como le había sido mandado, contando con el poder incalculable en la mano secreta de Dios. ¡Ojalá que tuviéramos fe como ésta, para creer sencillamente lo que dice Dios! Seguros de que Dios hará justamente lo que ha prometido; mirando sin alarma desde las circunstancias que amenazan hacer el cumplimiento imposible, a la mera veracidad inviolable de la Palabra de Dios. Seguramente este hábito no es tan imposible de adquirirse. ¿Por qué, pues, no deberíamos principiar a practicarlo, pisando de piedra en piedra, hasta que estemos lejos de la playa de la experiencia humana, apoyándonos sobre el brazo invisible aunque sentido de la omnipotencia?

Fue en las visiones de la noche cuando, seguramente, la Palabra de Dios debió haberle venido, y temprano a la mañana siguiente el patriarca estaba en camino. Podríamos haberle disculpado si hubiera aplazado el cumplimiento de su deber; posponiéndolo, difiriéndolo, dilatándolo lo más posible. Esto, empero, no era hábito de esta alma heroica que había adquirido bien el hábito de obediencia instantánea, una de las adquisiciones más preciosas para cualquier alma que ambiciona la santidad. Ninguna otra mano fue dejada a aparejar el asno, o partir la leña, o estorbar la prontitud de su acción, sino que él aparejó su asno, y tomó dos mozos suyos consigo, y a Isaac su hijo, y partió leña para el holocausto, y levantóse y fue al lugar que le había dicho Dios.

Esta prueba no trastornó ninguno de los instintos naturales de su alma. En primer lugar, le era demasiado familiar la voz de Dios para equivocarla. Con demasiada frecuencia la había escuchado y no se equivocaba en esta solemne crisis. Y estaba seguro de que Dios tenía alguna manera de liberarlo, que aunque no pudiera preveerla, aseguraría la liberación de la vida de Isaac.

Lo que sufrió Abraham durante aquellos tres días de viajar sosegado, nunca podremos saberlo. Es siempre mucho más fácil obrar inmediata y precipitadamente, que esperar por largos días, y aun años; pero es en este procedimiento de espera en Dios donde las almas son desarrolladas en propósitos fuertes y capacidad de atrevimiento, que vienen a ser su herencia sagrada para todo el tiempo venidero. Y, sin embargo, a pesar de la preocupación del patriarca por su propio dolor, le fue impuesta la necesidad de ocultarlo bajo una apariencia de resignación, y aún de contento; a fin de que ni aun su hijo, ni sus siervos adivinaran la angustia que le roía el corazón.

Al fin, el tercer día, vio desde lejos la meta de su viaje. Dios le había dicho que le informaría cuál de los montes era el sitio escogido para el sacrificio, y es probable que ahora alguna convicción repentina se imprimiera en su alma, de que una cima especial que se erguía en la azul distancia, habría de ser la escena de aquel acto supremo en que había de probar que, para su alma, Dios era el principal y el mejor. Una tradición, que parece ser bien autenticada, siempre ha asociado aquel monte en la tierra de Moria con el lugar donde, en tiempos posteriores, estuvo la era de Araunah el Jebuseo y el sitio del templo de Salomón; y es muy probable que este gran acto de obediencia se verificara sobre el sitio donde hecatombes de víctimas y ríos de sangre habían de señalar aquel Sacrificio supremo, prefigurado por este acto.

Luego que el monte se presentó a su vista, Abraham dijo a sus mozos: «Esperad aquí con el asno; mientras yo y el muchacho vamos allá; y adoraremos, y volveremos a vosotros».

¡Qué expresión tan significativa en esta conexión es aquella palabra «adoraremos»! Refleja el estado de la mente del patriarca. Estaba preocupado con aquel Ser, por cuyo mandato había salido para ejecutar el triste acto. Miraba a su Dios en el momento en que demandaba una dádiva tan grande, como un ser que no merecía otra cosa sino adoración. El sentimiento más sublime que puede llenar el corazón del hombre dominaba toda su naturaleza; y le parecía que su tesoro más costoso y caro no era demasiado grande para darlo al Dios grande y glorioso que era el único objeto de su vida.

Es de la más grande importancia que demos énfasis a las palabras de confianza asegurada, que Abraham dirigió a sus mozos antes de dejarlos: «Yo y el muchacho vamos allá, y adoraremos, y volveremos a vosotros».

Esto era algo más que una profecía inconsciente: era la seguridad de una fe imperturbable, en que de alguna manera u otra Dios se interpondría para salvar a su hijo; o al menos, si fuera necesario, levantarlo de la muerte. En cualquier caso, Abraham estaba seguro de que, antes de mucho, él e Isaac volverían. Es esto lo que en gran manera quita las dificultades que de otra manera oscurecerían este acto; y queda para todo el tiempo una prueba muy notable de la tenacidad con que la fe puede asirse de las promesas de Dios. Una vez que hayas recibido una promesa, ásete a ella como un marinero a un palo en medio de las olas hirvientes. Dios tiene que guardar su palabra. Y aun cuando Él te exija que hagas la única cosa cuya liberación puede parecer imposible, sin embargo, si te atreves a hacerla, hallarás no sólo que obtendrás la promesa, sino que también recibirás alguna señal notable e inesperada de su amor.

La influencia de la conducta de Abraham fue sentida por su hijo. Se contagió del espíritu de su padre; no sabemos que edad tenía, pero al menos tenía edad para sostener la fatiga de una larga marcha a pie, y bastante fuerza para llevar cuesta arriba los haces de leña, puestos sobre sus hombros, por su padre. Pero contento, prestó las fuerzas de su juventud para llevar el peso de la leña, justamente como por la vía dolorosa Uno más grande que él llevó su cruz. Probablemente esta no era la primera vez que Abraham e Isaac habían salido a hacer semejante acto de culto; pero es hermoso ver el evidente interés que sentía el joven en el procedimiento, mientras caminaban «los dos juntos».

En todos los sacrificios anteriores, Abraham había llevado consigo un cordero; pero en esta ocasión Isaac admirado notó la omisión de aquella adición constante a sus actos de sacrificio; y con una sencillez que debe haber cortado en lo vivo el corazón de Abraham dijo: «Padre mío, he aquí el fuego y la leña, ¿mas dónde está el cordero para el holocausto?».

¿Podemos admirarnos de que Abraham no pudiera descubrirle todos los hechos? El último pensamiento que Isaac tendría de él sería que tenía en la mano el cuchillo levantado; y aun cuando el jovencito le fuese restaurado, sin embargo, ¿no sería una revelación para el corazón del joven descubrir que era posible que su padre pudiera hacerle semejante acto de violencia?

Pero al fin no pudo detenerse más la revelación: «Cuando hubieron llegado al lugar que le dijo Dios, Abraham edificó allí un altar, y puso en orden la leña» (Gn. 22:9).

¿No puedes ver al anciano recogiendo despacio las piedras, trayéndolas de las partes más lejanas posibles, colocándolas con una precisión reverente y juiciosa y amarrando la leña con toda la deliberación posible? Pero al fin todo está completo; y se vuelve hacia el joven que lo miraba todo sorprendido, para decirle el fatal secreto. La inspiración echa un velo sobre aquella tierna escena: los sollozos entrecortados, los besos mojados con lágrimas, la sumisión instantánea del hijo, acaso tenía la edad y las fuerzas para revelarse si hubiera estado dispuesto a hacerlo. En seguida el acto de amarrar aquella joven y tierna forma que, en verdad, no necesitaba compulsión, porque el joven corazón había aprendido el secreto de obediencia y resignación. Finalmente, el acto de levantarlo y colocarlo en el altar, sobre la leña. Aquí hubo un espectáculo que debe haber atraído la atención del Cielo. Aquí hubo una prueba de cuánto el hombre mortal hará por amor a Dios. Aquí hubo la evidencia de fe como la de un niño, que debe haber conmovido el corazón del Dios Eterno, en las mismas profundidades de su ser.

El cuchillo fue levantado en alto, y brilló en los rayos del sol del nuevo día; pero no fue permitido que cayera... Juntamente con la prueba, Dios había proveído una vía de escape: «Entonces, el Ángel de Jehová le llamo desde los Cielos, y le dijo: ¡Abraham!».

¡Con cuánta avidez aquella alma tan probada se asiría de cualquier cosa que ofreciera una oportunidad de respiración o pausa! Y dijo, dejando con gozo caer a su lado su mano levantada: «¡Heme aquí!».

Ojalá que pudiéramos vivir siempre con el espíritu de aquella respuesta, de modo que Dios supiera siempre dónde encontrarnos; y de modo que estuviéramos siempre listos para cumplir su voluntad.

Entonces siguieron las palabras que le libraron de su obligación: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; pues ahora conozco que tú temes a Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu hijo único» (vs. 12).

En efecto, cuando demos lo que es para nosotros lo mejor y lo más costoso, pasando nuestras dádivas por el fuego, entregándolas a su voluntad, Dios volverá a darnoslas como oro purificado, multiplicadas, como lo fueron las posesiones de Job. Pero es también muy probable que no lo haga hasta que hayamos perdido todo ánimo y esperanza... «Abraham dio a aquel lugar el Nombre de *Jehováireh* ('Jehová se hará provisión')». Y así llegó a ser un proverbio, y los hombres se dijeron los unos a los otros: «En el monte de Jehová se hará provisión».

Es una palabra cierta. No se ve la liberación hasta que llegamos al monte del sacrificio. Dios no provee liberación hasta que hemos llegado al punto de nuestra más extrema necesidad. Es cuando nuestro Isaac está sobre el altar, y el cuchillo para descender sobre él, que el ángel de Dios se interpone para librarlo.

Cerca del altar había una espesura y, levantando Abraham los ojos, vio un carnero cogido allí por sus cuernos Nada podía ser más oportuno. Había deseado mostrar su gratitud, y la plenitud de la devoción de su corazón; y con gozo fue y tomó el carnero, y le ofreció por un holocausto en lugar de su hijo. Aquí seguramente está la gran doctrina de la sustitución: se nos enseña cómo la vida sólo puede ser conservada a costa de la vida dada.

El acto de Abraham nos capacita para entender mejor el sacrificio que Dios hizo para salvarnos. La dulce sumisión de Isaac echado sobre el altar con el cuello desnudo para el cuchillo nos hace entender mejor la obediencia de Cristo hasta la muerte. La restauración de Isaac a la vida, como desde la muerte, y después de estar tres días muerto en el propósito de su padre, sugiere la resurrección desde el sepulcro de José. Sin embargo, la realidad sobrepuja la sombra; Isaac sufre con una aprehensión clara de la presencia de su padre. Cristo, despojado de la conciencia del amor de su Padre, se queja de su abandono. Todo cuanto el amor podía, fue hecho para aliviar los padecimientos de Isaac; pero Cristo sufrió la rudeza de los soldados groseros y los vituperios de fariseos y escribas. Isaac no tuvo que sufrir la muerte; pero Cristo apuró el cáliz amargo hasta sus heces.

Antes de dejar la cumbre del monte, el ángel de Jehová volvió a dirigirse al patriarca. Con frecuencia Dios había prometido: ahora, por vez primera, jura; y puesto que no pudo jurar por otro más grande, juró por Sí mismo, y dijo:

«Por Mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto y no me has negado tu hijo, tu único, que bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del Cielo, y como las arenas a la orilla del mar; y tu simiente poseerá la puerta de sus enemigos; y serán bendecidas en tu simiente todas las naciones de la Tierra; por cuanto has obedecido mi voz» (vs. 16-18).

No pienses, alma de hombre, que esto sea una experiencia única y solitaria. Es sencillamente un ejemplo de los tratos de Dios con todas las almas que están preparadas para obedecerle, sea cual sea el costo. Después de haber sufrido con paciencia, recibirás la promesa. El momento del sacrificio supremo será el momento de bendición suprema y gozosa. El río de Dios que está lleno de agua saldrá de su cauce, y echará sobre ti su corriente de riquezas y gracia. No hay nada, en verdad, que Dios no haga por un hombre que se atreva a pisar sobre lo que parece ser niebla; aunque cuando baje el pie, hallará que hay roca debajo de él.

Todos los que creen son hijos del creyente Abraham. Nosotros, pues, aunque somos gentiles, separados de él por el transcurso de los siglos, podemos heredar la bendición que él ganó; y en mayor grado cada vez, si seguimos fielmente sus pisadas. Aquella bendición es para nosotros si la reclamamos. Aquella multiplicación de simiente puede ser realizada en lo fructífero de nuestro servicio. Aquella victoria sobre todos los enemigos puede darnos victoria en todo tiempo sobre nuestra tentación, y aquella bendición para todas las naciones de la Tierra puede ser verificada de nuevo mientras salimos por todo el mundo diciendo la historia de la muerte del Salvador.

Desde aquella eminencia, miró Abraham a través de los siglos, y vio el día de Cristo. Lo «vio y se regocijó» (Jn. 8:56). Con una nueva luz en su corazón, con una nueva tranquilidad en su rostro, hablando mucho con Isaac de la visión que había sido revelada a su noble alma, Abraham volvió a sus mozos: «Levantándose caminaron juntos hasta Beerseba; y habitó Abraham en Beerseba» (Gn. 22:19).

Pero la resplandeciente visión alumbró las cosas ordinarias de su vida, como lo hará para nosotros, cuando desde los montes del sacrificio volvamos a los valles del deber diario.

Capítulo 22

Macpela y su primer habitante

Cuando Abraham bajó las faldas del Moria, mano a mano con Isaac, le esperaban aún cincuenta años de su larga vida. De estos cincuenta años pasaron veinte y cinco antes de los acontecimientos narrados en este capítulo. Lo que sucedió en aquellos años serenos y tranquilos que están entre estos dos capítulos, como un valle entre dos sierras, no lo sabemos. Es muy probable que un año fuera en lo posible muy parecido a otro. Pocos acontecimientos interrumpieron su monotonía. El río de la vida de Abraham había pasado los saltos y desfiladeros de su primer curso, y ahora se ensanchaba tranquilamente moviendo su corriente casi de una manera imperceptible.

La uniformidad del clima es simbólica a la uniformidad de la vida sencilla de los patriarcas. El cuidado de grandes rebaños y ganados, la repetición perpetua de nacimiento, casamiento y muerte, entre la vasta familia de esclavos, el intercambio ocasional de hospitalidad con tribus vecinas, días especiales para sacrificio y culto, estos serían los episodios más animados de aquella existencia serena y tranquila que es la más opuesta a nuestra vida febril y quebrantada. Y, sin embargo, ¿tenemos nosotros mucho de qué jactarnos, cuando comparamos nuestros días con aquellos? Acaso la vida pueda alcanzar más plenamente su ideal, y cumplir su propósito, cuando sus momentos y horas no son disipados por la intrusión constante de detalles insignificantes, como aquellos que para la mayor parte de nosotros componen el tejido de la existencia.

Por largos períodos no interrumpidos, los miembros de la familia de Abraham vivieron juntos, no teniendo otra sociedad sino la que existía entre ellos mismos. El curso de la vida pastoril dejaba mucho tiempo para la asociación íntima y personal, y era inevitable que la vida humana pasada bajo semejantes circunstancias se uniera, como los árboles en un denso bosque, que llegan a estar tan entrelazados y entretejidos, que ningún ingenio humano puede separarlos. De ahí que la pérdida de un rostro amado y familiar dejara un vacío que nunca podría llenarse, y apenas podría olvidarse jamás: a saber, la muerte de Sara.

Son las lágrimas de Abraham lo que primero nos llama la atención. Parece que él estaba ausente de su hogar, tal vez en Beerseba, cuando su mujer exhaló su último suspiro; pero vino inmediatamente «a hacer el duelo de Sara y a llorarla». Esta es la primera vez que leemos que Abraham lloró. No leemos que lloró cuando pasó el Eufrates y dejó para siempre su hogar y parentela. No se dice que vertiera lágrimas cuando le llegó la noticia de que su sobrino Lot había sido llevado en cautiverio. No parece que humedeciera el camino para el monte Moria con las lágrimas de su corazón. Pero ahora que Sara yacía muerta delante de su vista, las fuentes de su pesar se abrieron. No es admirable que Abraham llorara. Sara había sido la compañera de su vida durante setenta u ochenta años. Era el único vínculo que le ataba al hogar de su niñez; el único ser que podía compartir sus emociones cuando hablaba de Tera y Nacor, o de Harán y Ur de los Caldeos. Ella era la única persona que quedaba de todos los que hacía treinta años habían compartido las fatigas de su peregrinación. Mientras se arrodillaba a su lado, qué torrente de memorias inundaría su corazón acerca de sus planes, esperanzas, temores y gozos comunes. Se acordaba de ella como la bella y joven esposa, como la compañera de sus peregrinaciones, como la madre amante de Isaac; y cada memoria traería nuevas lágrimas...

Las lágrimas alivian el cerebro febril, como las lluvias a las nubes cargadas de electricidad. Las lágrimas descargan la agonía insoportable del corazón, como un desbordamiento disminuye la presión de la inundación contra la presa. Las lágrimas son el material del cual el Cielo teje su más brillante arco iris. Las lágrimas son transformadas en joyas de una vida mejor, como las heridas en la ostra se vuelven perlas. Sin embargo, feliz aquel hombre quien, cuando llora a sus amados fallecidos, no tiene que reprocharse por falta de bondad y palabras amargas. No podemos entender siempre lo que hace llorar a la gente cuando nos paramos cerca de ellos sobre la tierra suelta cerca del sepulcro abierto. En muchos casos, su pesar se debe a pura aflicción; en algunos casos, sin embargo, hay una amargura adicional en sus lágrimas, a causa de remordimiento no confesado. Cuidémonos de que nunca tengamos que beber ingredientes tan amargos en la copa de nuestro dolor; y para que no sea así, no dejemos de expresar aquellos sentimientos nobles que con frecuencia luchan en nuestro pecho, pero que con demasiada frecuencia reprimimos.

Y si las lágrimas de algunos que lean estas palabras son más amargas porque ellos mismos no son sumisos, que se acuerden los tales que cuando no pueden sentir resignación, deben tener la voluntad de resignarse, poniendo

su voluntad al lado de Dios en este asunto; suplicándole que la tome y que la amolde según la suya, y acordándonos de que no tenemos responsabilidad sino con la voluntad. Dios no pide otra cosa, y si está de acuerdo con Él, sojuzgará todo otro pensamiento, y pondrá todo el ser en un estado de gozosa aquiescencia.

«Levantóse entonces Abraham de la presencia de su muerta, y habló con los hijos de Het, diciendo: *Peregrino soy y extranjero en medio de vosotros*». Estas son palabras muy notables, y nunca fueron olvidadas por sus hijos. Hablando de la tierra de promisión, Dios dijo, por medio de Moisés, al pueblo: «La tierra no ha de venderse para siempre, porque sois extranjeros y peregrinos conmigo».

Cuando David y su pueblo hicieron preparativos espléndidos para construir el templo, como quien hablaba por ellos dijo: «¿Quién soy yo y quién es mi pueblo, para que seamos capaces de ofrecerte espontáneamente nuestras dádivas de esta manera? Porque todo lo que hay de Ti es. Porque extranjeros somos delante de Ti, y transeúntes, lo mismo que todos nuestros padres, como una sombra son los días sobre la Tierra, y no admiten espera».

Y además de esto, en uno de sus incomparables salmos, rogó: «¡Oye mi oración, oh Jehová, y escucha mi clamor! ¡No calles a mis lágrimas, porque extranjero soy contigo, transeúnte, como todos mis padres».

Tanta impresión habían hecho aquellas palabras de Abraham en la mente nacional, que el apóstol los inscribe sobre el cementerio donde los grandes y los buenos de la nación judaica están sepultados: «Conforme a la fe murieron todos éstos, no habiendo recibido aun las promesas; pero las vieron y las saludaron desde lejos, y confesaron que eran extranjeros y transeúntes sobre la Tierra» (He. 11:13).

Podemos preguntar qué fue lo que mantuvo este espíritu en Abraham por tantos años. No hay sino una sola contestación: «Porque los que tales cosas dicen, manifiestan que están buscando la patria suya» (He. 11:14).

Aquel país nunca es mirado por el sol, o regado por los ríos de la tierra, o refrescado por el generoso rocío. Es el país mejor, aún el celestial; la ciudad que tiene cimientos, cuyo edificador y hacedor es Dios, la Tierra que no necesita ni sol ni luna, porque el Señor Dios y el Cordero son la luz de ella. Desarraigado de la tierra de su nacimiento, el patriarca nunca pudo volver a arraigarse en otro país terrenal; y su espíritu estuvo siempre alerta,

ansiosamente extendiéndose hacia la ciudad de Dios, el único hogar donde almas reales como la suya pueden encontrar a sus iguales, y hallar su descanso. Rehusó contentarse con cosa alguna menor que ésta; y, por esto Dios no tenía vergüenza de ser llamado su Dios, porque le había preparado una ciudad.

Los hombres acostumbran sepultar a sus muertos al lado de sus antepasados. Los sepulcros de las generaciones pasadas son la herencia de su posteridad. Junto a ellos, antes bien que junto a las habitaciones de los vivos, hallan su lugar de descanso las tribus y razas de los hombres. Le gusta al americano visitar el tranquilo cementerio alrededor de la Iglesia inglesa donde descansan sus abuelos. El judío quiere en su vejez viajar a Palestina, para que muriendo pueda ser sepultado en el suelo consagrado por su raza. Y puede ser que al principio Abraham pensara en aquel lejano sepulcro en Harán, donde Tera y Harán estaban sepultados. ¿Debería llevar a Sara allí?

«No -pensaba él-, aquel país ya no me reclama ahora. En verdad, la única tierra a que puedo pertenecer es ésta donde he sido un extranjero. Aquí en días posteriores han de vivir mis hijos. Aquí las generaciones que llevan mi nombre han de extenderse como las arenas en la playa del mar, y como las estrellas en el cielo de medianoche. Conviene, pues, que yo coloque nuestro sepulcro, en que Sara su madre, y yo su padre hemos de descansar, en el corazón de la tierra, para que sea un núcleo alrededor del cual nuestros descendientes se reúnan, hasta el fin del tiempo. ¡Qué importa que como me ha dicho Dios, han de pasar cuatrocientos años de padecimiento como en un horno de fuego! Sin embargo, mis hijos volverán aquí de nuevo: y yo guardaré la tierra en promesa hasta que vengan, seguro de que será como Dios ha dicho».

Es muy hermoso notar la acción de la fe de Abraham en este asunto; y ver el resultado de rehusar terminantemente recibir la tierra de otra mano que no sea la de Dios. Cuando los jeques a quienes dirigió su petición la oyeron, al momento le convidaron a elegir entre sus sepulcros el mejor de ellos, afirmando que ninguno de ellos negaría su sepulcro a un príncipe tan poderoso. Y después que pidió su intercesión con Efrón hijo de Zohar, para obtener la cueva de Macpela, que estaba al extremo de su campo, y Efrón propuso dársela en presencia de los hijos de su pueblo, Abraham rehusó firmemente. Todo era suyo como el don de Dios; todo sería suyo algún día de hecho; y entre tanto compraría el uso temporario de aquello que nunca aceptaría como don de otro que no fuera su Amigo Todopoderoso.

Y así, después de muchos discursos corteses, a la manera formal que prevalece todavía entre los orientales, «el campo de Efrón, que estaba en Macpela, que está enfrente de Mamre, el campo y la cueva que hay en él, con todos los árboles que había en el campo y los que había en todos sus contornos a su alrededor, quedaron asegurados para Abraham, como posesión suya, delante de los hijos de Het, de todos los que entraban por la puerta de la ciudad» (Gn. 23: 17 y 18).

El testimonio de ellos tenía tanto efecto obligatorio en aquellos días rudos, como lo tienen los documentos legales en nuestros tiempos.

Allí Abraham sepultó a Sara; allí Isaac e Ismael sepultaron a Abraham; allí sepultaron a Isaac y a Rebeca su mujer; allí Jacob sepultó a Lea; y allí José sepultó a Jacob su Padre; y allí con toda probabilidad, guardados por el celo de los Mahometanos, no tocados por los cambios y tempestades que han rugido alrededor de su tranquilo lugar de descanso, aquellos restos descansan todavía, guardando aquella tierra como hacienda de patrimonio, y anticipando el tiempo cuando en una escala más grande y más prominente la promesa de Dios a Abraham será cumplida...

Capítulo 23

La respuesta del alma al llamamiento divino

Retrocede en tu mente treinta y siete siglos. La suave luz de una puesta de sol oriental cae dulcemente sobre los pastos fértiles regados por el ancho Eufrates; y mientras su resplandor ilumina todas las perspectivas variadas por rebaños, chozas y villas, irradia con una riqueza especial de color la pequeña villa de Harán, fundada cien años antes por Tera, quien viajando hacia el norte desde Ur, se resolvió a no ir más lejos. El anciano sintió profundamente la pérdida de su hijo más joven, y dio su nombre al poblado. Y así con el tiempo fueron construidas casas y fueron rodeadas con un muro al estilo oriental. Allí murió Tera, y de allí se había puesto en camino la caravana por el mandato de Dios para cruzar el terrible desierto, hacia la tierra desconocida de promisión.

Sin embargo una división de la familia -la de Nacor -vivía allí todavía. Bethuel, su hijo, era la cabeza, y en aquella familia en el tiempo de que escribo, había al menos una madre, un hermano llamado Labán y una hija en la primera flor de la belleza femenina: Rebeca.

Es Rebeca quien ocupa el lugar central en la escena pastoril que estamos contemplando. Todos sus primeros años habían sido pasados en aquella vieja villa. Rebeca era una muchacha mañosa, que sabía cocinar sabrosos platos de carne y cuidar los rebaños, como lo hizo su sobrina Raquel en ese mismo sitio en años posteriores, y llevar su cántaro graciosamente balanceado sobre el hombro. Conocía por nombre a toda la gente que vivía en la población, y había oído hablar de sus parientes que antes de su nacimiento habían atravesado el gran desierto, y de quienes apenas se había recibido alguna vaga noticia, por muchos años. Tenía poca idea de la inmensidad de la tierra, y de su lugar en ella; y en sus sueños más extravagantes nunca pensó sino en vivir y morir dentro de los límites de su lugar natal. Con paso elástico, modales modestos, pura de corazón, amable y generosa, con un rostro muy hermoso, como nos dice la historia sagrada, ¡cuán poco se imaginaba que la rueda de la providencia de Dios pronto había de arrebatlarla de su hogar tranquilo y arrojarla al gran mundo exterior que estaba más allá del horizonte de las arenas del desierto!

Una tarde especial un extranjero se detuvo junto al pozo, a orillas de la pequeña población. Llevaba en su comitiva una magnífica caravana, de diez camellos, cada uno ricamente cargado, y todos con trazas de un largo viaje. Allí esperó la pequeña banda como si no supiera qué hacer en seguida. Su líder era probablemente el buen Eleazar, el mayordomo de la casa de Abraham, que había venido allí en una comisión solemne de su amo.

Abraham era ahora avanzado en años. Isaac su hijo tenía cuarenta años de edad, y el anciano anhelaba verle bien casado; y aunque su fe nunca dudaba de que Dios cumpliera su promesa de la simiente, sin embargo tenía deseos de estrechar con sus brazos de anciano el segundo vínculo entre él y su posteridad. Por esto había obligado a su fiel siervo con un juramento doble: en primer lugar que no tomaría una mujer para su hijo de entre las hijas de los cananeos en su derredor, sino de su propia parentela en Harán, y en segundo lugar que nunca sería un cómplice de la vuelta de Isaac a la tierra que había dejado. Este solemne juramento fue iluminado con la declaración del anciano de que el Señor Dios del Cielo, quien le había sacado de la casa de su padre y la tierra de su parentela, enviaría a su ángel delante de él y daría éxito a su misión.

Habiendo llegado al pozo de la ciudad al acercarse la noche -«a la hora de la tarde cuando salen las mujeres a sacar agua»-, el piadoso líder suplicó a Dios que «usara de benevolencia», dirigiéndose al Todopoderoso como el Señor Dios de su amo Abraham y suplicándole que al prosperar su empresa mostrara bondad a su amo. La sencillez y confianza de esta oración son muy hermosas, y son seguramente el reflejo de la piedad que reinaba en aquel extenso campamento establecido en derredor de los pozos de Beerseba, y que era el resultado de los pasos de Abraham tan cercanamente a Dios.

Es nuestro privilegio hablar con Dios acerca de todas las cosas en la vida. Las cosas más minuciosas no son demasiado pequeñas para aquel que enumera los mismos cabellos de nuestras cabezas. No nos conviene pasar ni un día sin suplicarle que use de benevolencia para con nosotros. Haríamos bien de pararnos junto al pozo en la mañana o en la tarde y encomendarnos al Señor, confiando en que Él prospere nuestro camino. Y si esto es cierto de días ordinarios, ¡cuánto más lo es de aquellos días que deciden el destino, que son los puntos de partida de la vida, y en los que se concluyen planes que pueden afectar todos los años siguientes!

No hacemos mal en pedir una señal de Dios, si permitimos que las circunstancias de nuestra vida ordinaria indiquen su voluntad, para que esto se confirme por medio de inspiración interior dada por Él mismo, y para expresar en hechos lo que ya ha sido impreso en nuestra conciencia. No tenemos derecho de pedir señales para gratificar una curiosidad mórbida; pero somos justificados a pedir la coincidencia de la providencia exterior que indica la voluntad de Dios. Fue una inspiración santa y feliz lo que hizo que el piadoso siervo suplicara que la doncella, quien respondió con prontitud cortés a su súplica de que le diera agua, fuese aquella a quien Dios había señalado como esposa para el hijo de su amo; y le sucedió a él como sucederá siempre a los que han aprendido a confiar como niños, que «antes de que hubiera acabado de hablar», su respuesta esperaba a su lado.

No es necesario relatar con detalles todo lo que sucedió: los regalos de pesadas joyas, el reconocimiento reverente de la bondad de Dios al contestar la oración, cuando el hombre inclinó la cabeza y adoró al Señor, la ida rápida para la casa, la admiración de la madre y del hermano de los espléndidos regalos, el relato dado con la respiración entrecortada del encuentro inesperado, la hospitalidad ofrecida por Labán, cuyas ideas de hospitalidad fueron apresuradas por su espera de ganancia y quien habló las palabras de bienvenida con aumentado calor porque vio las ricas cargas de los camellos, la provisión de paja y forraje para los camellos y de agua para los pies de los cansados guías y de alimento para su conductor y la negación a comer hasta que hubiera relatado su encargo y verificado su propósito; la historia relatada con palabras ardientes de la grandeza de Abraham, la narración de la manera maravillosa en que el que hablaba había sido conducido, y Rebeca indicada, la súplica final de que sus parientes usaran de benevolencia y lealtad en el negocio y su consentimiento pronto y sin vacilación que hizo que el anciano siervo se postrara en tierra con santo éxtasis para adorar al Señor...

«He aquí a Rebeca delante de ti; tómala y vete, y sea ella mujer del hijo de tu Señor, como lo tiene ordenado Jehová».

Entonces de sus tesoros sacó alhajas de plata y de oro, y vestidos con que adornar la bella forma de Rebeca; su madre y Labán también recibieron cosas preciosas hasta la satisfacción del deseo de sus corazones: «Y comieron y bebieron él y los hombres que con él venían y pasaron allí la noche».

En el crepúsculo de la mañana siguiente, rehusando toda invitación de esperar más, el mayordomo de Abraham se puso en camino para volver, llevando consigo a Rebeca y su nodriza; y por el fragante aire de la mañana, las bendiciones de aquel pequeño grupo de amantes corazones llegaron a su oído, mientras sentada sobre su camello, envuelta en un ensueño de juvenil esperanza y admiración, oyó la última voz de su hogar: «Y bendijeron a Rebeca diciéndole: *Tú, hermana nuestra, seas madre de miles de millares; y posea tu descendencia la puerta de sus enemigos*».

Así tenemos que omitir los detalles de esta historia, que lleva impresa en ella las señales de inspiración y verdad; baste decir que no hay párrafo superior en este libro por su estilo rico, dulce y plácido. Acaso está lleno de aquellos rasgos de la naturaleza que hacen parientes a todos los hombres y los conmueven a todos igualmente.

Una lección para los que llevan el llamamiento de Dios: saturemos nuestra obra con oración. Como su amo, el siervo no quería dar un sólo paso sin oración. No fue que siempre hablaba en alta voz. Nadie habría sabido que el anciano oraba estando parado allí junto al pozo. Tampoco dictaba arbitrariamente órdenes a Dios; pero echó toda la responsabilidad del negocio sobre Aquel que siempre se había mostrado tan fiel amigo de su amado amo. Tenía que hacer una cosa difícilísima, en la que había muchas posibilidades de fracasar. ¿Era probable que una joven quisiera dejar su hogar para cruzar la vasta extensión de arena en compañía de un completo extranjero, para llegar a ser la esposa de una persona a quien ella nunca había visto?

Nosotros también a veces somos enviados a desempeñar negocios muy difíciles de cumplir. Humanamente hablando, parece probable que nuestra misión fracase: pero los que confían en Dios no tienen la palabra «fracaso» en su vocabulario. Sus corazones son centros desde donde se levanta la oración silenciosa y fragante a la presencia de Dios. Tuvieron éxito donde parecían ser amenazados con una decepción segura. ¡Obrero cristiano! No deberías tu emprender ninguna misión para Dios, ya sea a una sola alma o a una congregación, sin hacer la oración «depárame buen encuentro hoy».

Debemos también pedir dirección a Dios. El mayordomo de Abraham suplicó que la que había sido escogida para esposa estuviera dispuesta a sacar agua para sus camellos. Esto puede ser trivial para algunos; pero era un prueba verdadera para el carácter de una señorita: mostraba una pronta

bondad de corazón, que estaba preparada para traspasar los requisitos de la cortesía convencional. Indicaba una naturaleza en que el soberbio orgullo no tenía lugar.

¿No es un hecho que en semejantes actos triviales e impensados hay un índice seguro de carácter? Con frecuencia los siervos de Dios se equivocan mucho; porque se imponen en las almas, no viviendo dentro de la voluntad de Dios, no procurando saber lo que Él desea, no esperando hasta que Él abra la puerta de la circunstancia a alguna nueva vida.

Nosotros no conocemos siempre el solemne misterio que rodea a cada alma humana, o hasta dónde toda la conciencia espiritual se ha retirado, o la costra gruesa de mundanalidad y descuido que ha cubierto las sensibilidades del ser. Dios es el único que entiende todo esto; y obraríamos sabiamente dejando el caso en sus manos para que Él abra el camino de acceso a la ciudadela del corazón. Podemos estar seguros de que Dios no dejará de ayudarnos, sino que mientras estamos hablando, Él oirá y nos contestará.

Digamos mucho en alabanza de nuestro Maestro. Es hermosa la elocuencia que usa el anciano acerca de su amo. No dice una palabra acerca de sí mismo, ni se alaba en manera alguna, por estar tan absorto en la historia de su amo ausente. ¿No fue esto también característico de los apóstoles, quienes predicaron, no a sí mismos, sino a Cristo Jesús el Señor, y cuyas narraciones son como vidrios incoloros, que no dejan pasar sino la gloria de Él? Es una lástima que nosotros nos impongamos tanto, que los hombres salen hablando de nosotros. Perdámonos en nuestro tema. Y mientras ostentamos las joyas del carácter cristiano en nuestra propia conducta, que sea el tema de nuestro mensaje: «El Señor Jehová ha bendecido en gran manera a nuestro Maestro Cristo, y le ha dado un Nombre que es sobre todo nombre, y le ha alzado a su propia diestra en los lugares celestiales, muy arriba de todo principado y poder y todo nombre que es nombrado: y es digno de recibir poder y riquezas, y fortaleza, y honor, y gloria y bendición».

Y cuando el éxito atiende a tus palabras, no dejes de dar toda la gloria a Aquel de quien ha venido. Aceptemos nosotros también la invitación que le fue ofrecida a la dócil Rebeca. Y si aquella invitación es aceptada, perderemos nuestro nombre, que es *pecador*, por el Nombre de Cristo; seremos ataviados con hermosas alhajas, participaremos de sus riquezas, nos sentaremos con Él sobre su trono y todas las cosas serán nuestras.

¿Dejarás todo para pertenecer a Cristo? ¿Darás tu corazón a tu Amante invisible para ser suyo para siempre? Venid y os pondréis bajo la dirección del bendito Espíritu Santo, que aboga la causa de Cristo, así como hacía el mayordomo de Abraham con la de Isaac; y dejad que Él os conduzca a donde está Jesús. Luego que hayas oído el llamamiento, y recibido las joyas de promesa, que son las arras de tu herencia, debes ir a tu hogar y decir a tus amigos qué grandes cosas el Señor ha hecho por ti.

No debemos aplacarlo ni consultar con carne y sangre. Los hombres, y las circunstancias, quisieran estorbar que comenzáramos la peregrinación. Este es el método de Satanás para romper la unión para siempre. No debe haber tardanza ni pérdida de tiempo...

Ciertamente, el viaje era largo y fatigoso; pero en todo el camino el corazón de la joven Rebeca fue sostenido por lo que le decía el fiel siervo, del hogar a donde se dirigía y del hombre a quien su vida debía ser unida, haciéndole así olvidar el cansado camino: «A quien aunque no le había visto amaba; y en quien, aunque no le veía, se regocijaba».

Sí, ya le amaba y anhelaba verle. Una tarde sucedió el encuentro. Isaac había salido a meditar por la tarde, lamentando tristemente la pérdida de su madre, anticipando ansiosamente la venida de su esposa, y mezclando con todo esto, pensamientos santos. Y cuando levantó la vista y miró a través de los pastos, he aquí, que venían los camellos, y las dos almas jóvenes se unieron en amor. ¡Feliz encuentro, que hizo que Rebeca olvidara todas las fatigas de su viaje, y la pérdida de toda su parentela! ¿No fue también un emblema del momento cuando la obra del Espíritu Santo, nuestro bondadoso Conductor, terminará en la presencia de nuestro Señor, el verdadero esposo de los corazones santos, y veremos su rostro, y estaremos para siempre con Él, no saliendo ya más para siempre?

Ya pasado algún tiempo en aquel hogar silencioso, de nuevo se oyó la charla de voces de niños; y por algunos años, el patriarca Abraham se regocijó con la presencia de sus nietos, a quienes relataría deleitosamente las historias del pasado; especialmente aquella que explicaba cómo su padre, en una ocasión, había subido a la cumbre de Moria, para ser, como si fuera, levantado de la muerte.

Capítulo 24

Agregado a su pueblo

Ningún nombre humano puede compararse con el de Abraham por la extendida reverencia que ha evocado entre todas las razas y en todo tiempo. Así, el judío piadoso esperaba reposar después de la muerte en el seno del Padre Abraham. El hecho de haber descendido de él fue contado por miles como suficiente para asegurarles la entrada del Cielo. Apóstoles tan opuestos como lo eran Pablo y Santiago se unieron en recomendar su ejemplo para imitación de los cristianos primitivos, en un siglo que había visto al mismo Señor Jesús. La Iglesia de la edad media canonizó a Abraham entre todas las celebridades del Antiguo Testamento, no por decreto, sino por consentimiento popular. Los mahometanos devotos reverencian su nombre como segundo al de su profeta ¿Cuál fue el secreto de este extendido renombre? No es porque encabezara uno de los más grandes movimientos de la familia humana; ni tampoco porque manifestara vigor varonil e intelectual; ni porque poseyera grandes riquezas: fue más bien la extraordinaria nobleza y grandeza de su vida religiosa lo que le ha hecho objeto de veneración para todas las generaciones de la humanidad.

En la base del carácter de Abraham había una gran fe: «Abraham creyó a Dios».

Por esa fe dejó su tierra natal y viajó a una que le fue prometida, pero no claramente indicada. En esa fe se sentía capaz de dejar a Lot escoger lo que le pareciera mejor para sí mismo; por estar seguro de que nadie podía hacer mejor para sí mismo que lo que Dios estaba preparado a hacer por aquel que confiaba en Él. En esa fe esperó largos años estando seguro de que Dios le daría el hijo prometido. En esta fe vivió como nómada, morando en tiendas, y no haciendo esfuerzo para volver al país adelantado de donde había salido. En verdad su alma estaba consumida con una expectativa apasionada de la ciudad de Dios. En esa fe estuvo preparado para ofrecer a Isaac y sepultar a Sara.

No debemos suponer que su fe quedó sola. Al contrario, dio mucho fruto porque, si le probamos por aquellos catálogos de los frutos de fe que se dan en el Nuevo Testamento, veremos que él los manifestó cada uno y todos ellos. Tómese, por ejemplo, aquella cadena de gracias vinculadas que se

enumeran en la segunda Epístola del apóstol Pedro, una especie de escalera de oro, extendida a través del abismo entre el Cielo y la Tierra, y uniéndolos. A la fe añadió la virtud y el valor. Qué cosa podría haber sido más valiente que la rapidez con que armó a sus servidores domésticos, o el heroísmo con que con una comitiva de pastores indisciplinados se arrojó sobre las bandas disciplinadas de los asirios, empujándoles delante de sí como el tamo delante del torbellino, y volviendo victorioso a lo largo del valle del Jordán?

Y al valor añadió la ciencia. Durante toda su vida fue un estudiante en el colegio teológico de Dios. Año tras año nuevas revelaciones del carácter y los atributos de Dios fueron recibidas en su alma. Crecía en el conocimiento de Dios y la naturaleza divina, que al principio le había sido una tierra incógnita. Una tierra desconocida se revelaba a su vista; mientras subía por los años en una comunión más cercana con Dios, y desde su cumbre miraba su largura y sus anchuras, sus profundidades y sus alturas, sus océanos, montañas y llanuras.

Y a la ciencia añadió templanza. Por ello es que pudo rechazar la oferta del rey de Sodoma; y refrenó su espíritu en medio de las irritaciones causadas por los pastores de Lot. Los espíritus más fuertes son los que se refrenan con mano más fuerte y que, por lo tanto, pueden hacer cosas en las cuales los hombres más débiles fracasarían. No hay tipo de carácter más espléndido que el del hombre que es dueño de sí, por ser siervo de Dios; y que puede gobernar rectamente a otros porque puede gobernarse bien a sí mismo.

Abraham era también un hombre paciente. Hablando de él, la voz de la inspiración del Nuevo Testamento afirma que esperaba «con paciencia» (He. 6:15). No fue una paciencia ordinaria la que esperó por los largos años, sin murmurar ni quejarse, sino resuelto a perseverar hasta el tiempo de Dios; separado de las fuentes de consuelo y ayuda terrenales, y aquietado, según la manera del salmista, que dijo: «He sosegado y acallado mi alma, como el niño sosegado sobre el pecho de su madre; como el niño destetado es mi alma dentro de mí. ¡Espera, oh Israel, en Jehová, desde ahora y hasta la eternidad!» (Sal. 131: 2 y 3).

Otra de sus características principales fue la piedad: un sentido constante de la presencia de Dios en su vida y un amor y una devoción a Él. En dondequiera que levantara su tienda, su primer cuidado era construir un altar. Siquem, Hebrón, Beerseba, todas éstas vieron este símbolo de reverencia y amor. En todo tiempo de angustia volvía a Dios con la

naturalidad de un hijo a su Padre; y hubo tan santo compañerismo entre el espíritu de él y el de Dios, que fue conocido por todo Oriente como *el amigo de Dios*; un nombre que le pertenece especialmente a él...

A la piedad añadió Abraham amor fraternal. Algunos que son devotos hacia Dios carecen de las cualidades tiernas para los que les están más cercanamente asociados en vínculos de familia. No fue así con Abraham. Estaba lleno de afecto. Bajo el exterior tranquilo y el porte recto del gran jeque, latía un corazón fervoroso y afectuoso. Escúchese aquel clamor apasionado: «¡Ojalá que Ismael viva delante de ti!».

Recuérdese el testimonio de Dios acerca del afecto que tenía para con Isaac: «Tu hijo, tu hijo único, a quien amas». La naturaleza de Abraham, pues, puede compararse a aquellas serranías de grandes montañas, cuyos picachos se levantan sobre la región de las tempestades y conversan con el cielo, mientras sus faldas bajas están cubiertas con bosques y praderas donde se anidan hogares y niños listos que con alegres risas hacen cadenas de flores.

En sus tratos con los hombres pudo ser generoso, franco, dispuesto a pagar el gran precio demandado por la cueva de Macpela sin regatear o quejarse, libre de orgullo mezquino, afable, cortés, capaz de reír alegremente, recto con Dios y, por esto, capaz de arrojar sobre los hombres los rayos de un corazón genial, tranquilo y noble. Todas estas cosas estuvieron en él y abundaron, e hicieron que no estuviese ocioso ni fuese infructuoso, sino que su vocación y elección fuesen seguras; prepararon para él una entrada abundante en el Reino eterno de Dios nuestro Salvador.

Y a los ciento setenta y cinco años, «expiró Abraham y murió en buena vejez, anciano y saciado de días; y fue agregado a su pueblo». No hubo vacilación en su muerte; no se aferró a la vida, se regocijó en irse; y cuando fue llamado por el ángel, el mensajero, sin una lucha, y aún más, con la prontitud de un gozoso consentimiento, su espíritu volvió a Dios quien se lo había dado.

¡Qué bello sinónimo para la muerte! El morir es ir a reunirnos con nuestro pueblo; pasar a un mundo donde está reuniéndose la gran tribu, que recibe con algazara a cada uno que viene saliendo de las sombras. Poca duda tenía ese noble hombre del reconocimiento de los espíritus santos en el mundo venidero. Y es que las afinidades espirituales son para todo tiempo y para la eternidad, y se descubrirán en todos los mundos.

«Y sepultáronlo Isaac e Ismael, sus hijos, en la cueva de Macpela». Había grandes diferencias entre estos dos hermanos. Y sin embargo, todas las diferencias fueron borradas en aquella hora de pesar; y viniendo de sus fortalezas en el desierto rodeado por sus rudos y recios saqueadores, Ismael se unió con el otro hijo de su común Padre, que le había substituido en su herencia, y que era un contraste tan grande con él; pero todas las diferencias fueron allanadas en aquella hora.

Puede ser que muchos antiguos jefes estuvieran reunidos alrededor de la antigua cueva para reunirse en el último acto de respeto del poderoso príncipe que había morado entre ellos por tanto tiempo. En medio de los plañidos de las mujeres, y la endecha que aún hasta el día de hoy habla de dolor por los desaparecidos honrados en las tierras orientales, llevado por una banda de sus fieles servidores, mientras el vasto concurso, de los de su campamento, estando de pie lo miraban todo con reverente silencio, los restos del hombre que había osado a confiar en Dios, costara lo que costara, y que con pasos de peregrino había viajado tantas cansadas leguas, fueron depositados solemnemente al lado de las cenizas de Sara, su fiel mujer. Allí, con toda probabilidad, descansan aún hasta el día de hoy, y allí serán levantados a la venida del Rey.

De materiales que no eran de ninguna manera extraordinarios, Dios construyó un carácter con el que pudo tener compañerismo como con un amigo; y una vida que ha ejercido una influencia profunda sobre todo el tiempo posterior. Ciertamente, Dios puede levantar cualquier cosecha que desea, cuando el suelo del corazón y de la vida le es del todo entregado. ¿Por qué no hemos de cedernos completamente desde ahora a su cultivo divino, rogándole que cumpla en nosotros su beneplácito y la obra de fe con poder? Sólo confiemos plenamente en Él, obedeciéndole cumplidamente; y pasando los años, se verán resultados que darán gloria a Dios en las alturas, mientras nos llenan de alabanzas continuas.

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, léanse los capítulos 12 al 25:8 del libro de Génesis.

El sitio de Ur es todavía materia de discusión. Actualmente la distancia de Carán parece estar más de acuerdo con la narración; ya que el antiguo sitio asignado a Ur no distaba sino la marcha de un día o dos de Carán, y seguramente Tera no habría deshecho su hogar por un viaje tan corto.

En definitiva, la circuncisión nunca había llevado la interpretación con que fue ahora investida, justamente como la inmersión de discípulos nuevos había sido practicada durante mucho tiempo por el Bautista y los judíos, antes de que nuestro Señor se la apropiara y le diera un sentido que abrió en ella profundidades del todo nuevas de significado y hermosura.

Así somos nosotros todos, más o menos dependientes de símbolos o señales, y Abraham y sus hijos no eran excepciones a esta regla, y por eso pareció bien a Dios grabar en la carne de sus hijos un recuerdo y una señal inequívoca de aquella relación santa en la que habían entrado. Una función semejante, en la Iglesia cristiana, es cumplida por la ordenanza del Bautismo de creyentes y la Cena del Señor.